Yevgeny Ivanovich Zamiatin

# NOSOTROS

CLÁSICOS DE HISTORIA 545

# YEVGENY IVANOVICH ZAMIATIN

# NOSOTROS

(1920)

https://classiques.uqam.ca/classiques/
Zamiatine_Eugene/nous_autres/nous_autres.html

Traducción de José Javier Martínez

CLÁSICOS DE HISTORIA 545

# ÍNDICE

## NOTA 1
## Un comunicado. El texto más sabio. Un poema.

Me limito a transcribir, palabra por palabra, lo que publicó esta mañana el *Diario Oficial*:

*La construcción del* Integral *se completará en 120 días. Se acerca una gran fecha histórica: aquella en la que el primer* Integral *emprenderá vuelo hacia el espacio infinito. Hace mil años, nuestros heroicos antepasados redujeron toda la esfera terrestre al poder de un solo Estado. Nos espera una hazaña aún más gloriosa: la integración de la inmensidad del universo mediante el* Integral, *una formidable máquina eléctrica hecha de vidrio y que escupe fuego. A nosotros nos corresponde someter al yugo benéfico de la razón a todos los seres desconocidos, habitantes de otros planetas, que tal vez se encuentren todavía en el estado salvaje de la libertad. Si no entienden que les traemos la felicidad matemática y exacta, nuestro deber es obligarles a ser felices. Pero antes que todas las demás armas, usaremos la de la Palabra.*

*En nombre del Benefactor, se anuncia a los números del Estado Único lo siguiente:*

*Todos aquellos que se sientan capaces están obligados a componer tratados, poemas, proclamas, manifiestos, odas, etc., para celebrar las bellezas y la grandeza del Estado Único.*

*Esta será el primer cargamento que llevará el* Integral.

*¡Viva el Estado Único! Larga vida a los números. ¡Viva el Benefactor!*

Escribo esto con las mejillas ardiendo. Sí, se trata de resolver la grandiosa ecuación del universo. Se trata de enderezar la curva salvaje, de enderezarla a lo largo de una tangente, a lo largo de la asíntota, a lo largo de una recta. Y es que la línea del Estado Único es la línea recta. La línea recta es grande, precisa, sabia, la más sabia de las líneas.

Yo, D-503, el Constructor del *Integral*, soy sólo uno de los matemáticos del Estado Único. Mi pluma, acostumbrada a los números, no puede captar la música de las asonancias y los ritmos. Intentaré describir lo que veo, lo que pienso o, más precisamente, lo que pensamos todos (precisamente: todos nosotros, y *Nosotros* será el título de mis notas). Estas notas serán el producto de nuestra vida, de la vida matemáticamente perfecta del Estado Único. Si es así, ¿no serán un poema en sí mismos, a pesar de mi incapacidad? Ni por un momento lo dudo. Estoy seguro de ello.

Escribo esto con las mejillas ardiendo. Lo que siento es probablemente comparable a lo que siente una mujer cuando, por primera vez, percibe dentro de sí misma las pulsaciones de un nuevo ser, todavía insignificante y ciego. Soy yo y al mismo tiempo no soy yo. Tendré que seguir alimentando esta obra con mi savia y mi sangre durante muchas semanas antes de poder separarme dolorosamente de ella y colocarla a los pies del Estado Único.

Pero estoy preparado, como todo el mundo, o mejor dicho, como casi todos nosotros. Estoy preparado.

## NOTA 2
## El ballet. Armonía cuadrada. La X.

Es primavera. Desde más allá del Muro Verde, desde unas llanuras salvajes y desconocidas, el viento nos trae el polen amarillo y meloso de las flores. Este dulce polen reseca los labios, por lo que has de pasar la lengua por ellos constantemente. Cualquier mujer con la que coincides debe tener los labios dulces (y los hombres, naturalmente, también). Esto difumina un poco el pensamiento lógico.

Pero por otro lado ¡qué cielo más hermoso! Es azul, sin la menor nube (¡qué bárbaros debieron ser los gustos de los antiguos para que sus poetas se inspiraran en esos volúmenes vaporosos, informes e inconstantes, estúpidamente apelmazados!) Prefiero, y estoy seguro de no equivocarme si digo que preferimos y amamos este cielo impecable y estéril. En días como hoy, el mundo entero parece estar fundido en el mismo cristal eterno e impasible del Muro Verde y de todos nuestros edificios. En días como hoy, vislumbras la profundidad azul de las cosas y ves sus asombrosas ecuaciones, que hasta entonces se te habían escapado, incluso para los objetos más familiares y cotidianos.

Aquí tenéis un ejemplo. Esta mañana estuve en las instalaciones en las que se está construyendo el *Integral* y estuve examinando la maquinaria. Ciegas, inconscientes, los engranajes del regulador giraban, los brillantes pistones oscilaban a derecha e izquierda, el péndulo danzaba orgulloso, y el cabezal del torno crujía al ritmo de una maravillosa cantinela. Entonces comprendí toda la música, toda la belleza de este grandioso ballet, inundado de un sol azul claro.

¿Por qué es tan hermoso?, me pregunté. Por lo mismo que es bella una danza. Porque es un movimiento reglado, porque el significado profundo del baile reside precisamente en la obediencia absoluta y estática, en la carencia total de libertad. Si es cierto que nuestros antepasados se entregaban a la danza en los momentos más inspirados de sus vidas (durante los misterios religiosos, en los desfiles militares), es sólo porque el instinto de reglamentar ha existido desde siempre en el hombre. Nosotros, en nuestra vida actual, sólo vislumbramos...

Terminaré más tarde: oigo el aviso de la pantalla. La miro: es O-90, naturalmente. Estará aquí en medio minuto: viene a recogerme para dar un paseo.

¡Querida O! Siempre me pareció que se parecía a su nombre. Está unos diez centímetros por debajo de la norma de estatura, por eso parece tan regordeta. Su boca rosada, que recuerda a una O, se abre levemente para recibir cada una de mis palabras. Tiene un pliegue redondo en las muñecas como lo tienen los niños.

Cuando entró, la rueda de la lógica aún giraba dentro de mí, y su fuerza viva me hizo hablar de la fórmula que acababa de establecer, en la que entrábamos todos, nosotros, las máquinas y la danza.

—Es maravilloso, ¿verdad? —le dije.

—Sí, es maravilloso, es primavera —respondió O-90, con una amplia sonrisa.

Y ya lo veis: ¡es primavera...! ¡Está hablando de la primavera! ¡Mujeres!... Pero me callé.

Abajo, el bulevar estaba a rebosar: con este tiempo, la Hora Personal que sigue al almuerzo se convierte generalmente en un buen momento para dar un paseo complementario. Como de costumbre, la Fábrica de Música hacía sonar el Himno del Estado Único a través de todos sus altavoces. Los números, cientos, miles de números, en *unifos*[1] azulados, con una placa dorada en el

---

1 La palabra *unifos* parece derivar del antiguo *uniforme*.

pecho con la cifra estatal de cada uno, marchaban en filas medidas, de cuatro en cuatro, marcando el paso triunfalmente. Y yo, o mejor dicho, nosotros, formamos una de las innumerables olas de esta poderosa corriente.

A mi izquierda iba O-90 (si uno de mis peludos antepasados de hace mil años escribiera esto, probablemente lo haría con esa ridícula expresión: *mí O-90*); a mi derecha, dos números desconocidos, femenino y masculino.

El cielo maravillosamente azul, los diminutos soles en nuestros pechos, los rostros no oscurecidos por la locura de los pensamientos, todo parecía hecho de una única materia luminosa y alegre. El ritmo metálico resonaba: “tra-ta-tam”. Estos “tra-ta-tam” son los escalones de bronce que brillan bajo el sol y, con cada paso, nos elevamos más arriba, hacia el azul vertiginoso...

De repente, como esta mañana en el Arsenal, volví a comprender todo; fue como si por primera vez en mi vida lo captara todo: las calles impecablemente rectas, los cristales de las calzadas bañados por los rayos, los divinos paralelepípedos de las viviendas transparentes, la armonía cuadrada de las filas de números azulados. Entonces tuve la impresión de que no habían sido generaciones enteras, sino yo, yo mismo, quien había derrotado al viejo Dios y a la vieja Vida, y que era yo quien había construido todo esto. Me sentí como una torre y tenía miedo de mover el codo, por temor a que las paredes, las cúpulas, las máquinas se derrumbaran en pedazos...

Luego salté hacia atrás a través de los siglos. Recordé (sin duda fue una asociación de ideas por contraste) un cuadro del museo. Representaba un bulevar del siglo XX, tan colorido que hacía girar la cabeza, lleno de confusas multitudes de personas, ruedas, animales, carteles, árboles, colores, pájaros... ¡Y se dice que esto realmente existió! Me pareció tan improbable, tan absurdo, que no pude contenerme y me eché a reír.

Inmediatamente, a la derecha, oí risas. Giré mi cabeza hacia ese lado y unos dientes afilados y extraordinariamente blancos golpearon mis ojos. Era la cara de una mujer a la que no conocía.

—Disculpa —dijo—, pero miras todo a tu alrededor con una mirada tan satisfecha como el mítico Dios en el séptimo día de la creación. Me parece que estás seguro de que fuiste tú quien me creó a mí también, y no otra persona. Me halaga mucho eso...

Todo esto lo dijo serenamente, e incluso con cierto respeto (es posible que ella sepa que soy el Constructor del *Integral*). Pero sus ojos y sus cejas parecían una extraña e irritante X que no podía interpretar ni expresar matemáticamente.

Me sentí bastante turbado y, un poco confundido, comencé a explicarle la razón de mi risa.

—Es bastante evidente que este contraste, este abismo insalvable entre los de hoy y los de entonces...

—No, ¿por qué ha de ser insalvable? —qué afilados y blancos son sus dientes, pensé— Se puede tender un puente sobre ese abismo. Pensemos: en aquella época existían tambores, batallones, filas cerradas y, por lo tanto...

—¡Es cierto! —exclamé.

Fue una transmisión de ideas bastante llamativa: expresaba, casi con mis propias palabras, lo que había escrito antes del paseo…

—Mira, nuestras ideas se parecen. Y esto se debe a que nadie es “uno”, sino “uno entre”, “uno de”. Somos tan parecidos...

—¿Estás seguro? —dijo ella.

Vi sus cejas levantadas hacia las sienes, formando un ángulo agudo, como las patas superiores de la X. Algo preocupado, miré a la derecha e izquierda...

La desconocida, I-330 (sólo entonces advertí su número), estaba a mi derecha, esbelta, ágil, flexible como un látigo; y a mi izquierda O, totalmente distinta, todo curvas, con el pliegue carnoso

que tienen los niños en las muñecas. En el otro extremo de nuestro grupo había una figura masculina, parecida a la letra S y como doblada sobre sí misma. ¡Todos éramos diferentes!

A mi derecha I-330 advirtió mi mirada preocupada y dijo con un suspiro:

—Sí... ¡ay!

No lo discuto, era muy cierto, pero había algo en su cara o en su cabeza... Así que le respondí en un tono rígido que no era habitual en mí:

—No hay ningún "¡ay!" que valga. La ciencia está en desarrollo y es bastante obvio que, si no inmediatamente, al menos dentro de ciento cincuenta años, todos seremos iguales...

—Hasta en las narices...

—Sí, hasta en las narices —exclamé—. Ya que ahora todavía hay motivos para envidiar unas u otras. Yo tengo una nariz redonda, mientras que otro tiene una nariz que parece...

—Reconozco que tu nariz es incluso un poco clásica, como solían decir. Pero tus manos... No, veámoslas, muestra tus manos...

No soporto que nadie mire mis manos: están cubiertas de pelo, peludas del todo, por algún atavismo absurdo. Extendí la mano y dije, en el tono más indiferente de que fui capaz:

—Son manos de mono.

Ella miró mi mano, luego mi cara.

—No, resultan muy apropiadas.

Me midió con sus ojos de forma calculadora. Las patas de la X todavía estaban dibujadas en el ángulo de sus cejas.

—Está inscrito a mi nombre —gritó alegremente la boca rosada de O-90.

Hice una mueca. Esto, en realidad, era bastante inapropiado. Esta querida O... Cómo decirlo... la velocidad de su lengua está mal regulada. Su lengua supera desgraciadamente en rapidez a su reflexión.

En el término del bulevar, la campana de la Torre del Acumulador sonó apagadamente a las cinco. Acabó la hora personal. I-330 se marchó con el número masculino con forma de S. Éste tiene un rostro respetable y, ahora me doy cuenta, no es un desconocido para mí. Lo conocí en algún lugar, no recuerdo dónde.

Al despedirse, I-330 me sonrió enigmáticamente:

—¡Debes venir pasado mañana al Auditorio 112!

Me encogí de hombros:

—Si me convocan a este auditorio...

—Te convocarán —dijo ella con total seguridad.

Esta mujer me causó una sensación tan desagradable como una cifra irracional e irreducible en una ecuación. Me alegré de quedarme solo con mi querida O-90.

Caminamos del brazo durante cuatro manzanas. Al cabo, ella tenía que marchar a la derecha y yo a la izquierda.

—Me habría gustado ir a tu casa hoy, y cerrar las cortinas, ahora mismo…

Habló con timidez, alzando hacia mí sus redondos ojos de un azul líquido.

Ella es así. ¿Qué podría decirle? Vino a verme ayer y sabe tan bien como yo que nuestra próxima cita sexual no está prevista hasta pasado mañana. Este es otro caso en el que la lengua se adelanta a sus pensamientos, así como la chispa a veces puede saltar demasiado pronto en un motor (a veces con gran perjuicio para su funcionamiento).

Al despedirme besé dos, no, tres veces los párpados que protegen sus maravillosos ojos azules, a los que no enturbia ninguna nube.

## NOTA 3
## La chaqueta. El Muro. Las reglas.

Al revisar lo que escribí ayer, me doy cuenta de que mis descripciones no son lo suficientemente claras. Ciertamente bastan para cualquiera de nosotros, los números, pero pueden ser insuficientes para vosotros, desconocidos a quienes el *Integral* llevará mis notas y que sólo han leído en el libro de la civilización hasta donde se detuvieron nuestros antepasados hace dos mil años. Quizás ni siquiera conozcáis cosas tan básicas como las Reglas Horarias, las Horas Personales, la Norma Materna, el Muro Verde, el Benefactor. Me resulta grato y a la vez complicado tratar de todo esto. Es como si un escritor del pasado, digamos del siglo XX, se hubiera visto obligado a explicar en sus novelas qué es una “chaqueta”, un “apartamento”, una “esposa”. Si su novela se tradujera para los salvajes, no podríamos evitar una nota a pie de página sobre la palabra “chaqueta”.

Estoy seguro de que el salvaje, tras considerar el objeto “chaqueta”, se diría: “¿Para qué sirve? Es sólo una molestia.” Pensarás lo mismo cuando te diga que, desde la Guerra de los Doscientos Años, ninguno de nosotros ha cruzado el Muro Verde.

Pero queridos lectores, reflexionad un poco, todo es muy sencillo:la historia de la humanidad, hasta donde sabemos, no es más que la historia de la transición de una vida nómada a una vida cada vez más sedentaria. ¿No se sigue de ello que la forma de vida más sedentaria (la nuestra) es al mismo tiempo la más perfecta? Los hombres sólo viajaron de un extremo al otro del mundo en tiempos prehistóricos, en la época de las naciones, de las guerras, del comercio y del descubrimiento de las dos Américas. ¿Quién necesita hacer algo parecido ahora mismo?

Soy muy consciente de que la costumbre de esta vida sedentaria no se adquirió sin dificultad ni repentinamente. Cuando en la Guerra de los Doscientos Años todas las vías de comunicación fueron destruidas y cubiertas de hierba, vivir en ciudades separadas unas de otras por grandes extensiones verdes parecía al principio muy incómodo. ¿Pero más tarde?

Cuando el hombre perdió su cola de mono, no supo cómo espantar las moscas sin su ayuda; y sin embargo, ahora mismo, ¿puedes imaginarte con una cola? O si lo prefieres, ¿te imaginas en la calle desnudo, sin chaqueta, por más que a veces te incomode? A mí me ocurre lo mismo: no puedo imaginarme la Ciudad sin la Muralla Verde, no puedo imaginar una vida sin la indumentaria numerada que establecen las Reglas.

Las Reglas... Pegadas en la pared de mi habitación, sus números purpúreos sobre fondo dorado me miran con un aire al mismo tiempo severo y tierno. Involuntariamente me recuerdan las imágenes sagradas que tenían en sus casas hace mucho tiempo, y me dan ganas de componer versos u oraciones, que es lo mismo. ¡Ah! ¿Por qué no soy poeta para cantaros como merecéis, oh Reglas, corazón y pulso del Estado Único?

Todos nosotros, y quizá vosotros también, leímos cuando éramos niños en la escuela, el más grande de todos los monumentos literarios antiguos que han llegado hasta nosotros: la “Guía de los ferrocarriles”. Colocada junto a las Reglas parecerá que emparejas carbones y diamantes. Ambos están hechos del mismo material, carbono, pero las Reglas, como los diamantes, son transparentes y eternos. ¡Cómo brillan!

Recorrer la antigua “Guía de Ferrocarriles” nos agotaría. Las Reglas Horarias, al contrario, han convertido a cada uno de nosotros en un héroe épico movido por ruedas de acero. Cada mañana, con precisión mecánica, a la misma hora y minuto, millones de nosotros nos levantamos como un solo número. A la misma hora y minuto, millones de nosotros comenzamos nuestro trabajo

y lo terminamos con el mismo equipo. Fundidos en un solo cuerpo con millones de manos, llevamos la cuchara a la boca en el segundo fijado por las Reglas. Todos a la vez salimos a pasear, vamos al auditorio, realizamos los ejercicios de Taylor, nos entregamos al sueño...

Permitidme ser franco: aún no hemos resuelto el problema de la felicidad de una manera absoluta. Dos veces al día, en las horas fijadas por las Reglas, de 16 a 17 y de 21 a 22, nuestro poderoso y único organismo se divide en células separadas. Estas son las Horas Personales. Durante ese tiempo, algunos cierran silenciosamente las cortinas de sus habitaciones, otros caminan tranquilamente por el bulevar al ritmo de la música de marcha, y otros están sentados ante sus mesas, como yo en este momento.

Quizá me llaméis idealista y fantasioso, pero tengo la profunda convicción de que, tarde o temprano, también encontraremos un lugar para estas horas en la tabla general, y que un día, los 86.400 segundos de cada día estarán prefijados en las Reglas Horarias.

He tenido la oportunidad de leer y escuchar muchas historias increíbles sobre la época en que los hombres aún vivían en libertad, es decir, en un estado desorganizado y salvaje. Lo que siempre me ha parecido más inverosímil es esto: ¿cómo pudo el gobierno de aquella época, primitivo como era, permitir que la gente viviera sin una ley análoga a nuestras Reglas, sin paseos obligatorios, sin tener horas exactas fijas para el descanso? La gente se levantaba y se iba a la cama cuando le apetecía, y algunos historiadores incluso afirman que las calles estaban iluminadas toda la noche y que había gente paseando durante toda ella.

No lo puedo comprender. Por muy confundida que estuviera su razón, la gente no podía dejar de advertir que tal vida significaba la muerte de todos, un lento suicidio que avanzaba día a día. El Estado, por sentido de humanidad, había prohibido el asesinato de un solo individuo, pero no había prohibido el asesinato gradual de millones de individuos. Era criminal matar a una persona, es decir, disminuir la suma de vidas humanas en cincuenta años, pero no era criminal disminuir la suma de vidas humanas en cincuenta millones de años. Resulta ridículo. Cualquiera de nuestros niños de diez años puede comprender este problema de moral matemática en treinta segundos, mientras que todos sus Kant juntos no podrían: ninguno de ellos había pensado jamás en establecer un sistema de ética científica basado en las operaciones de la aritmética.

¿No es absurdo que el gobierno de entonces, teniendo el descaro de llamarse así, haya dejado la vida sexual sin control? Cualquiera, cuando quisiera... Era una vida absolutamente acientífica y bestial. La gente producía hijos a ciegas, como animales. ¿No es extraordinario que, mientras practicaban la jardinería, la avicultura, la piscicultura (sabemos por fuentes fidedignas que conocían estas ciencias), no supieran subir lógicamente hasta el último peldaño de esta escalera: el cuidado de los niños? Nunca pensaron en lo que llamamos las Normas Maternas y Paternas.

Lo que acabo de escribir es tan improbable y tan ridículo que temo, lectores desconocidos, que me toméis por un chocarrero de mal gusto. Puede que penséis que sólo estoy tratando de burlarme de ti afirmando insensateces con un tono serio. Pero yo soy incapaz de bromear, porque en cada broma la mentira juega un papel oculto. Por otra parte, la ciencia del Estado Único no puede equivocarse. ¿Cómo se podría hablar de lógica gubernamental cuando la gente vivía en el estado de libertad en el que están inmersos los animales, los monos y el ganado? ¿Qué se puede sacar de ellos cuando aún hoy se oye de vez en cuando un cierto eco simiesco?

Pero afortunadamente esto sucede en raras ocasiones y con escasos efectos. Resulta fácil ponerles remedio sin detener el funcionamiento eterno de toda la Máquina. Para sustituir la llave torcida, tenemos la mano hábil y poderosa del Benefactor, tenemos el ojo experimentado de los Guardianes...

Por cierto, recuerdo haber visto varias veces al número con silueta de S que conocí ayer saliendo de la Oficina de los Guardianes. Esto explica el respeto instintivo que le mostré y mi vergüenza cuando esa extraña I-330, en su presencia... Hay que reconocer que esta número...

Suena la sirena para acostarse, son las diez y media. Hasta mañana.

## NOTA 4
## El salvaje y el barómetro. Epilepsia.

Hasta ahora todo me parecía claro (ciertamente tengo predilección por la palabra “claro”), pero hoy no lo comprendo.

En primer lugar, me citaron efectivamente al Auditorio 112, tal como me había dicho I, aunque la probabilidad era sólo de 500 en 10 millones, es decir 1 en 20.000 (500 es el número de auditorios, 10 millones es el conjunto de números). A continuación... Pero procedamos con orden.

El auditorio es una enorme cúpula de cristal a través de la cual brilla el sol. En su interior, ordenadas en filas concéntricas, una multitud de cabezas, que se asemejan a esferas rosadas. Miré a mi alrededor con el corazón palpitante, preguntándome si podría vislumbrar, entre las olas de *unifos* azules, la media luna rosada: los queridos labios de O. Vislumbré unos dientes extraordinariamente blancos y agudos, como aquellos... Pero no, no era ella. A última hora de la tarde, a las nueve, O debía venir a visitarme, y mi deseo de verla era bastante natural.

A una señal, nos levantamos para cantar el Himno del Estado Único. En el escenario apareció el ingenioso fonolector, que brillaba con su altavoz dorado.

*Números, nuestros arqueólogos han desenterrado un libro del siglo XX. Un autor irónico cuenta la historia del salvaje y el barómetro. Un salvaje había notado que llovía cada vez que el barómetro bajaba...* (un salvaje cubierto de plumas aparece en la pantalla, y extrae el mercurio del barómetro, con las consiguientes risas). *Os reís, pero ¿no creéis que el europeo de aquella época era mucho más risible? Al igual que el salvaje, quería “lluvia”, pero permanecía quieto frente al barómetro como un cobarde. El salvaje, al menos, era mucho más audaz y poseía cierta lógica; aunque bárbaro, había sido capaz de ver la relación entre causa y efecto. Al vaciar el depósito de mercurio, dio un primer paso en el gran camino que, desde...*

En ese momento (escribo sin ocultar nada, repito) me volví como inmune al influjo vigorizante que brotaba del altavoz. Me parecía que había acudido en vano, lo que resultaba bastante extraño, ¿cómo no iba a asistir, si había sido convocado?); todo me resultaba inane, como una cáscara vacía. Apenas pude prestar atención cuando el fonógrafo pasó al tema principal: nuestra música, su composición matemática (las matemáticas son la causa y la música el efecto). Describió un dispositivo recientemente inventado: el musicómetro.

*Al girar esta palanca, cualquiera de ustedes puede producir hasta tres sonatas por hora. Comparen esta facilidad con el esfuerzo que sus antepasados tuvieron que hacer para lograr el mismo resultado. Sólo podían componer sumergiéndose en un estado patológico de “inspiración”, una forma determinada de epilepsia. Aquí tienen un ejemplo muy divertido de lo que obtuvieron: una pieza de Scriabin, del siglo XX. Esta caja negra* (se descorrió una cortina en el escenario, revelando un instrumento antiguo), *esta caja negra se llamaba “piano”...*

No recuerdo el resto, probablemente porque… lo diré sin rodeos, porque I-330 se acercó al “piano”, y probablemente me llamó la atención su inesperada aparición en el escenario.

Llevaba el fantástico ropaje de una época pasada: su cuerpo estaba comprimido en un vestido negro que resaltaba vívidamente la blancura de hombros y pecho. Con su respiración surgió una cálida sombra entre sus senos. Y sus blancos dientes deslumbrantes...

Con una sonrisa irónica, se sentó y comenzó a tocar. La música era como la época en que se compuso: salvaje, nerviosa, confusa, carente de cualquier razón mecánica. Los que me rodeaban se rieron y seguramente tenían razón. Sólo unos pocos… pero ¿por qué también yo...?

...Sí, la epilepsia es una enfermedad mental, un sufrimiento. Al principio suave y lento, la punzada se hace cada vez más profunda. Y, lentamente, el sol. Este no es nuestro sol azul cristalino cuya luz uniforme brilla a través de muros y techos de vidrio; no, es un sol salvaje, destructivo y abrasador que lo reduce todo a pedazos...

El número sentado a mi derecha giró la cabeza hacia mí y comenzó a reírse disimuladamente. Recuerdo muy bien haber visto una microscópica burbuja de saliva estallar en sus labios. Esta pequeña burbuja me devolvió el sentido. Volví a ser yo mismo. Como todo el mundo, sólo escuché el vano sonido de las cuerdas y me eché a reír. Todo volvió a ser fácil y sencillo. Este ingenioso fonocaptor nos ha proporcionado una imagen muy vivida de aquella época salvaje.

Así pues, con qué placer escuché nuestra música actual, de la cual reprodujeron después un fragmento para mostrar el contraste. Eran escalas cristalinas, cromáticas, que se fusionaban y se separaban en series infinitas, los acordes sintéticos de las fórmulas de Taylor y Maclaurin, las cadencias del teorema de Pitágoras, las graves melodías de los movimientos oscilatorios, los acordes, cortados por las líneas de Frauenhofer, del análisis espectral de los planetas... ¡Qué grandiosa e inflexible regularidad! Y qué lastimosa parecía, en comparación con esta música, la de los antiguos, absolutamente libre y sin límites, salvo por su fantasía salvaje...

Salimos del auditorio, como de costumbre, en grupos de cuatro. El número en forma de S pasó a mi lado y le saludé respetuosamente.

La querido O debía llegar una hora más tarde. Sentí una dulce emoción.

Al llegar a casa, corrí a la administración, le mostré a la encargada mi billete rosa y entonces recibí permiso para cerrar las cortinas. Sólo tenemos este derecho en los días sexuales. Por lo general, entre nuestros muros transparentes, como tejidos de aire reluciente, vivimos siempre ante todos, bañados por la luz, pues no tenemos nada que ocultar. Además, esta forma de vida facilita la fatigosa tarea del Benefactor. De lo contrario, no sabemos qué podría pasar. Tal vez las opacas viviendas de los antiguos engendraron en ellos su miserable psicología encerrada: “Mi casa es mi castillo”. Podrían habérselo pensado un poco más.

A las diez cerré las cortinas, y en ese mismo instante entró la sonriente O, un poco sin aliento. Me ofreció su pequeña boca rosada y su billete del mismo color. Arranqué el talón del billete y no pude separarme de la boca rosada durante un buen rato: hasta las 22:15.

Luego le enseñé mi diario y le hablé, creo que muy bien, de la belleza del cuadrado, del cubo, de la línea recta. Ella escuchaba con su aire rosáceo y encantador, y una lágrima, luego otra, luego una tercera, cayeron sobre la página abierta (era la página 7). Las letras se mezclaron y me vi obligado a volver a copiar el pasaje.

—Querido D, si tan solo tú quisieras, si tú…

Bueno, ¿qué pasaría si...? Otra vez la misma historia: quiere un hijo. A menos que tal vez, algo nuevo, concerniente a... concerniente a lo otro... Aunque... Pero no, eso sería absurdo.

## NOTA 5
## El cuadrado. Los dominadores del mundo. Una función agradable y útil.

Una vez más, querido lector desconocido, hablo como si fueras... bueno, como si fueras mi viejo amigo R-13, el conocido poeta de gruesos labios. Y vosotros, habitantes de la Luna, de Venus, de Marte, de Mercurio, ¡quién sabe lo que sois y dónde estáis!

Imaginemos un cuadrado, vivo, admirable, que se viera obligado a hablar de sí mismo, de su vida. Lo último que se le ocurriría decir es que sus cuatro ángulos son iguales, ni siquiera se da cuenta, es tan familiar, tan cotidiano. Soy como este cuadrado todo el tiempo. El billete rosa y todo lo que está conectado con ello es, para mí, lo que la igualdad de sus ángulos es para el cuadrado, pero para usted es quizás aún más oscuro que el binomio de Newton.

Uno de los sabios de la antigüedad, tal vez por casualidad, hizo una afirmación inteligente: "El amor y el hambre gobiernan el mundo". Por lo tanto, para gobernar el mundo, el hombre debe dominar a estos dos dominadores. Nuestros antepasados sufrieron para vencer al hambre; me refiero a la Guerra de los Doscientos Años, la guerra entre la ciudad y el campo. Los campesinos salvajes, sin duda por prejuicios religiosos[2], estaban muy apegados a su "pan".

Sin embargo, la comida sintetizada a partir del petróleo que consumimos actualmente fue inventada treinta y cinco años antes de la fundación del Estado Único, lo que tuvo el efecto de reducir la población del planeta a dos décimas partes de lo que había sido. La faz de la tierra, limpia de una inmundicia milenaria, adquirió un resplandor notable y los sobrevivientes saborearon la felicidad en los palacios del Estado Único.

¿No es obvio que la dicha y la envidia son sólo el numerador y el denominador de esa fracción que llamamos felicidad? ¿Qué sentido tendrían los innumerables sacrificios de la Guerra de los Doscientos Años si todavía existiera la envidia? A pesar de ello, en cierta medida todavía existe, pues todavía existen narices "redondas" y narices "clásicas" (de esto hablamos durante el paseo); Algunas personas tienen gran éxito en el amor, otras no tienen éxito.

Habiendo derrotado al hambre (que, algebráicamente, nos asegura la totalidad de los bienes físicos), el Estado Único emprendió una campaña contra el otro dominador del mundo, contra el Amor. Este elemento fue finalmente superado, es decir, fue organizado, matematizado y, hace unos novecientos años, se proclamó nuestra "Lex Sexualis": Cualquier número tiene derecho a utilizar cualquier otro número con fines sexuales.

El resto es sólo cuestión de técnica. Cada uno es examinado cuidadosamente en los laboratorios de la Oficina del Sexo. Se determina con precisión la cantidad de hormonas en tu sangre y se elabora un cuadro de días sexuales para ti. Luego haces una solicitud en la que declaras que quieres utilizar tal número o tales números. Te dan un pequeño talonario rosa con billetes, y eso es todo.

Está claro que los motivos para envidiar al prójimo han desaparecido. El denominador de la fracción de felicidad se canceló y la fracción se volvió infinita. Lo que para los antiguos era una fuente inagotable de tragedias insulsas, lo hemos transformado en una función armoniosa y gratamente útil para el organismo. Lo mismo ocurre con el sueño, el trabajo físico, la dieta, etc. Veis cómo la gran fuerza de la razón purifica todo lo que toca. ¡Oh, lectores desconocidos, si reconocierais esta fuerza sublime, si aprendierais a seguirla hasta el final!

---

2 Esta palabra se ha conservado en nuestra lengua sólo como metáfora poética: desconocemos la fórmula química de este compuesto.

Es extraño: hoy pienso en las cumbres más altas de la historia de la humanidad, respiro mentalmente el aire purísimo de la montaña y, sin embargo, en el fondo, me siento turbado, dentro de un laberinto, y oprimido por una X. ¿Será por mis piernas peludas, porque las tuve mucho tiempo ante de mis ojos? No me gusta hablar de ellas, no me gustan, son los vestigios de una época salvaje. ¿Y también los hay en mi interior?

Quería tachar todos estos pensamientos porque van más allá del alcance de mi capítulo, pero lo he pensado y no borraré nada. Que mi diario, como un sismógrafo sensible, dé la curva de mis más insignificantes vacilaciones cerebrales... Sucede que son precisamente estas oscilaciones las que sirven de señales precursoras...

Esta frase es ciertamente absurda, debería ser eliminada, porque hemos canalizado todas las fuerzas del universo y una catástrofe es imposible.

Ahora todo está perfectamente claro para mí, la extraña sensación que experimento se debe a mi parecido con el cuadrado, del que hablé al principio. No hay X en mí, no puede ser, pero temo que X permanezca en vosotros, lectores desconocidos. Espero que no me juzguéis con demasiada dureza; comprenderéis que para mí es más difícil escribir que para cualquier otro autor en toda la historia de la humanidad. Algunos escribieron para sus contemporáneos, otros para sus descendientes, pero nadie escribió jamás para sus lejanos y salvajes predecesores...

## NOTA 6
## La oportunidad. El maldito "está claro". Las 24 horas.

Repito: me he impuesto la obligación de escribir sin ocultar nada. Por eso, por doloroso que sea para mí, debo señalar aquí que, evidentemente, incluso entre nosotros la materialización, la cristalización de la vida no está todavía completa y que todavía es necesario dar algunos pasos para llegar al ideal. El ideal, es claro, se alcanzará cuando ya no acontezca nada. Desgraciadamente... Por ejemplo, hoy he leído en el *Diario Oficial* que la Fiesta de la Justicia se celebrará dentro de dos días, en la Plaza del Cubo. ¡Así pues, alguien ha perturbado una vez más el funcionamiento de la gran Máquina del Estado, se ha producido una vez más un acontecimiento imprevisible, incalificable!

A mí también me ha ocurrido algo. A decir verdad, fue durante la Hora Personal, es decir, durante el tiempo especialmente dedicado a los imprevistos, pero aún así...

Alrededor de las cuatro, exactamente diez minutos antes de las cuatro, estaba en casa. De repente el teléfono me llamó:

—¿D-503? —preguntó una voz de mujer.

—Sí.

—¿Estás libre?

—Sí.

—Soy yo, I-330. Voy corriendo a tu casa e iremos a la Casa Antigua. ¿De acuerdo?

¡I-330!... Esto me irrita, me causa rechazo, casi me asusta. Pero precisamente por eso asentí.

Cinco minutos después estábamos en el aeroplano. El cielo mostraba un azul de mayo, y el sol, como un aeroplano dorado, parecía perseguirnos zumbando, siempre a la misma distancia.

Ante nosotros se extendía una nube blanca, torpe y regordeta como un Cupido a la antigua usanza, lo que me resultaba molesto. La ventana anterior estaba abierta, el viento me resecaba los labios, de vez en cuando pasaba involuntariamente la lengua por ellos, y pensaba constantemente en mi acompañante.

A lo lejos, al otro lado del Muro, vimos manchas verdes oscuras que nos hicieron estremecer. Luego descendimos como por una pendiente pronunciada y nos encontramos ante la Casa Antigua.

Todo este edificio cerrado, extraño y destartalado está protegido por una bóveda de cristal sin la cual se habría derrumbado hace mucho tiempo. En la puerta siempre hay una anciana, toda arrugada; sus labios se abren entre pliegues y grietas, y su boca parece haberse atrofiado y cerrado; parece bastante improbable que pueda hablar. Y sin embargo, dice:

—Hola, hijitos, ¿habéis venido a ver mi casita? —dijo, y sus arrugas se estremecieron y se dispusieron convergentes, lo que lo que le dio un curioso aspecto.

—Sí, abuela, teníamos ganas de volver —le dijo I, lo que pareció gustarle.

—¡Ah, qué bromista! Ya lo sé, lo sé. Bueno, podéis ir solos. Yo me quedaré aquí, tomando el sol.

¡Vaya! Parece que mi acompañante viene por aquí a menudo. Algo me resultaba molesto, y deseaba tranquilizarme. Probablemente la causa era aquella nube que irrumpía en el plácido cielo de mayo.

—Quiero mucho a esa anciana —dijo I mientras subíamos una escalera amplia y oscura.

—¿Por qué?

—No lo sé. Quizás por su expresión, quizás por nada, así como así.

Me encogí de hombros. Ella continuó, apenas sonriendo, quizás sin sonreír en absoluto:

—Me siento muy culpable. Está claro que no se debe amar “porque sí”, sino “por alguna razón”. Todos los elementos deben estar...

—Está claro —empecé, pero inmediatamente me di cuenta de que había dejado escapar la palabra “claro” y miré a mi acompañante para ver si se había dado cuenta o no.

Ella miró al suelo, con los párpados caídos como cortinajes.

De repente me vino a la cabeza un pensamiento. Hacia las 22, en el bulevar, entre las viviendas muy iluminadas, hay otras que están a oscuras, con las cortinas corridas. Y allí, detrás de esas cortinas... ¿Qué está pasando detrás de sus cortinas? ¿Por qué me llamó hoy?, ¿por qué vinimos aquí?, ¿qué está ocurriendo?

Abrí una puerta pesada, que se resistía y rechinaba, y nos encontramos en una habitación oscura y desordenada; lo que antes se consideraba una vivienda. Había un revoltijo salvaje de colores y formas, todo desorganizado, desequilibrado, como lo era su música. Y, entre este desorden, ese extraño instrumento musical: un “piano”. Percibí un techo blanco, paredes azul oscuro, marcos rojos, verdes, naranjas, bronce verduzco, candelabros, una estatua de Buda, muebles retorcidos como por un ataque epiléptico. Resultaba imposible reducir tanta confusión a una ecuación satisfactoria.

Yo apenas podía soportar semejante caos, pero mi pareja parecía ser mucho más resistente.

—Eso es lo que más me gusta —dijo; pero se detuvo de pronto y se sonrió con una expresión mordaz—. En realidad es la más fea de las viviendas de antes...

—O, más exactamente, de todos sus Estados —le corregí—. Había entonces miles de Estados microscópicos, constantemente en guerra, despiadados como...

—Sí, por supuesto —dijo muy seria.

Vimos una habitación con camas pequeñas para niños (en aquella época los niños también eran propiedad privada), luego otras habitaciones con espejos brillantes, enormes armarios, sofás multicolores, un enorme hogar, una gran cama de caoba. El vidrio, nuestro admirable vidrio, transparente y eterno, sólo se utilizaba, miserable y frágil, para las ventanas.

—Y pensar —dijo— que aquí nos se amaban “porque sí”, se enfrentaban, se atormentaban... —volvieron a descender los cortinajes de sus párpados—, ¡qué gasto caótico y absurdo de energía humana! ¿No te parece?

Parecía que hablaba para mí, leyendo mis pensamientos. Sin embargo, su sonrisa aún dibujaba esa molesta X. Tras sus caídas cortinas ocurría algo, no sé exactamente qué, pero me hizo perder la paciencia. Me hubiera gustado hablar con ella, alcanzarla, pero tuve que darle la razón, no podía hacer otra cosa.

Nos detuvimos frente al espejo y sólo vi sus ojos. Pensé que el hombre está constituido de manera tan estúpida como estas “viviendas” antiguas: las cabezas de las personas son opacas y sólo tienen como ventanas los ojos. Ella pareció adivinar lo que estaba pensando y se dio la vuelta, como diciendo: “Bueno, aquí están mis ojos...”

Tenía dos ventanas oscuras frente a mí, con una vida desconocida tras ellas. Yo solo vi el fuego, pero sabía que dentro humeaba una hogar, donde también había unas figuras, parecidas...

Me descubrí allí un “otro yo”, pero uno que no se parecía en nada a mí; esto se debía obviamente a la influencia opresiva del entorno en el que estábamos. Me sentí atrapado en esta jaula bárbara, atrapado en el torbellino salvaje de la vida del pasado, y tenía miedo.

—Oye —dijo I—, ve a la habitación de al lado un momento.

Su voz venía desde muy dentro, más allá de las ventanas oscuras de sus ojos, tras las que humeaba una chimenea.

Pasé a la habitación de al lado y me senté. El busto asimétrico y sonriente de un antiguo poeta, creo que Pushkin, se encontraba en un estante contra la pared. Me miró directamente a los ojos.

"¿Por qué sonríe con tanta sabiduría? ¿Por qué todo esto? —pensé—. ¿Por qué estoy aquí? No me sorprende sentirme incómodo. Esta mujer extraña e incitante ¿a qué está jugando?"

Oí, en la habitación contigua, la puerta de un armario cerrándose y el crujido de la seda. Apenas pude contenerme para no acudir allí. Quería reprenderle con duras palabras.

Entró luciendo un vestido corto de color amarillo brillante, como los que solían usar hace tanto tiempo, un sombrero negro y medias del mismo color. Estas eran muy largas y llegaban mucho más arriba de las rodillas, el vestido de seda ligera era escotado, revelando una sombra entre los pechos.

—Oye, quieres hacerte la original, eso está claro, pero...

—Sí —interrumpió—, quiero ser original, es decir, distinguirme de los demás. Ser original es destruir la igualdad... Lo que en el lenguaje idiota de los antiguos se llamaba "ser peculiar", hoy sólo es el cumplimiento de un deber. Porque...

—Sí, sí, exactamente —exclamé—, pero no hace falta, no hace falta...

Se acercó al busto del poeta de nariz respingona, luego bajó los párpados sobre el fuego salvaje de sus ojos y dijo en tono serio algo razonable, quizás para tranquilizarme:

—¿No te parece sorprendente que la gente del pasado pudiera soportar esto? No sólo lo toleraron sino que se sometieron. Qué espíritus tan esclavos, ¿no te parece?

—Está claro, es decir, yo quería…

¡Otra vez ese maldito "está claro!", pensé.

—Sí, lo entiendo. Pero en el fondo eran déspotas más poderosos que sus reyes coronados. ¿Por qué no los aislaron, por qué no los exterminaron? Nosotros...

—Sí, por supuesto —empecé, pero ella se echó a reír, todo su cuerpo flexible como una fusta, dominado por aquella fuerte risa.

Recuerdo que yo temblaba, y estuve a punto de perder la cabeza... Debería haber hecho algo, cualquier cosa. Abrí mecánicamente mi placa dorada y miré la hora. Eran las diecisiete menos diez.

—¿No crees que ya es hora? —se lo dije lo más educadamente posible.

—¿Qué pasaría si te pidiera que te quedaras aquí conmigo?

—Pero... ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? Tengo que estar en el auditorio en diez minutos...

—Todos los números deben asistir a las clases de arte y ciencias —dijo ella imitando mi voz. Levantó los párpados, las cortinas se abrieron: a través de las ventanas se veía el hogar encendido —. Conozco a un médico en el consultorio; me tiene registrada. Si se lo pido, te dará un certificado que acredite que has estado enfermo. ¿Qué te parece?

Finalmente entendí a dónde me llevaba todo este juego:

—¡Qué dices! Sabes que, como cualquier número responsable, debería ir inmediatamente a la Oficina de los Guardianes y...

—¿Y qué harás realmente? —seguía viendo su sonrisa irónica— Tengo muchísima curiosidad por saber si irás a la Oficina de los Guardianes o no.

—¿Seguro que te quedas? —le pregunté con dureza, con mi mano en el pomo de la puerta, que era metálico; "como mi voz", pensé.

—¿Puedes esperar un minuto más?

Fue al teléfono y llamó a un número que ya no recuerdo, muy agitada.

—Te esperaré en la Casa Antigua. Sí, sí, estoy sola... —dijo.

Giré lentamente el pomo de la puerta:

—¿Me permites tomar el aeroplano?

—Oh, sí, claro, por favor...

La anciana dormitaba en el umbral, al sol, como una planta.

Sorprendentemente, su boca parecía estar cerrada para siempre, pero...

—Y tu... ¿cómo puedo decirlo...? ¿Se queda sola?

—Sí.

Cerró la boca de nuevo y asintió. Su cerebro debilitado comprendió obviamente lo absurdo de la conducta de aquella mujer y el riesgo que corría.

Llegué al cursillo a las cinco en punto. Comprendí entonces que le había mentido a la anciana: no estaba sola. Quizás era el hecho de que sin darme cuenta le había mentido a la anciana lo que me atormentaba y me impedía escuchar. No, no estaba sola, eso era todo.

A las veintiuna y media tenía una hora libre. Podría haber ido a la Oficina de Guardianes y prestar declaración, pero estaba demasiado cansado después de toda esa estupidez. Además, el plazo es de cuarenta y ocho horas: puedo ir mañana, todavía tengo por delante veinticuatro horas.

# NOTA 7
## La pestaña. Taylor. El beleño y las campanillas.

Es de noche; verde, naranja, azul. Veo un piano rojo, un vestido amarillo limón y un Buda de bronce que de repente abre los ojos. De ellos fluye una savia que me recuerda al vestido amarillo. El espejo está cubierto de pequeñas gotas, y la cama grande está empapada, y también las camas de los niños; y pronto yo mismo... Un temor dulce y mortal se apodera de mí...

Me despierto; la luz es un sosiego azulado. El cristal de las paredes brilla, al igual que los sillones de cristal y la mesa. Me tranquilizo, mi corazón deja de palpitar alocadamente. ¡La savia, el Buda, todo esto es absurdo! Está claro que estoy enfermo: antes no soñaba nunca. Parece que soñar era lo más común y normal entre los antiguos. No es de extrañar que toda su vida fuera un horrible carrusel: verde, naranja, Buda, la savia. Ahora sabemos que los sueños son un signo de enfermedad mental grave. ¿Será mi cerebro, ese mecanismo regulado como un cronómetro, brillante, sin una mota de polvo...? Sí, así es, siento un cuerpo extraño allí. Es como una minúscula pestaña en un ojo: ya no te sientes vivir, sólo notas la pestaña en tu ojo, y es imposible olvidarla ni por un segundo...

Sobre mi cabeza suena el despertador, nítido y claro: son las siete, tengo que levantarme. Es como si estuviera rodeado de espejos: veo otros *yos* a través de las paredes, con mi habitación, mi ropa, mis movimientos, repetidos mil veces. Te hace sentir bien, vemos que somos parte de una unidad enorme y poderosa. Y es tan bello: ¡ni un gesto, ni una curva, ni un movimiento desperdiciado!

Ciertamente, Taylor fue el más brillante de los antiguos. Es cierto, a pesar de todo, que no supo llevar su idea hasta el final y extender su sistema a toda la vida, a cada paso, a cada movimiento. No logró integrar las veinticuatro horas del día en su sistema. ¿Cómo pudieron escribir bibliotecas enteras sobre un tal Kant y apenas reparar en Taylor, ese profeta que fue capaz de mirar diez siglos hacia adelante?

Acabo el desayuno. Se interpreta el Himno del Estado Único. En orden, de cuatro en cuatro, nos dirigimos a los ascensores. El zumbido de los motores es apenas perceptible y pronto descendemos, con un ligero sobresalto en el corazón...

Y entonces, de nuevo me viene a la cabeza ese sueño absurdo, y otras sensaciones medio escondidas. Es que ayer, en el aeroplano, también descendimos, y también nos agitamos cuando se detuvo. Por otra parte, todo ha terminado: hice bien en ser tan decidido y brusco con ella.

El vagón del ferrocarril subterráneo me lleva al lugar donde el vasto cuerpo elegante del *Integral*, todavía inmóvil, aún no espiritualizado por el fuego, brilla bajo el sol. Cerrando los ojos, sueño con fórmulas, calculo mentalmente una vez más qué velocidad inicial se necesitará para arrancarlo del suelo. Cada fracción de segundo su masa cambiará, gracias al combustible explosivo, y eso me conducía a una ecuación trascendental muy complicada.

Percibo dentro del sueño que alguien en este mundo material acaba de sentarse a mi lado, me empuja ligeramente y dice:

—¡Disculpe!

Abro los ojos y, en primer lugar (por asociación de ideas con el *Integral*), me imagino precipitarme en el espacio. Es una cabeza que da la sensación de moverse porque a los lados tiene dos alas rosas: las orejas. Luego veo una espalda arqueada en forma de S.

Siento algo desagradable tras los muros de mi mundo algebraico —otra vez la pestaña en el ojo— e intuyo la fatalidad de encontrarlo hoy...

—No es nada —respondí con una sonrisa a mi vecino, saludándolo. Leo en su placa S-4711, y entiendo por qué, desde el primer momento, la había asociado con esta letra: era el efecto de una sensación visual no registrada por la conciencia. Sus ojos brillan como dos punzones afilados que giran rápidamente y se clavan más profundamente en ti. Me parece que penetrarán hasta el fondo y verán lo que no me atrevo a reconocerme a mí mismo...

La pestaña de repente se vuelve explicable: S es un Guardián y lo más sencillo sería, sin demora, decírselo enseguida...

—Verás, ayer fui a la Casa Antigua… —mi voz tiene un sonido extraño, ronco y apagado, intento carraspear.

—Bueno, perfecto. Esto puede proporcionarnos reflexiones muy interesantes.

—Sí, pero ¿sabes?, yo no estaba solo, acompañaba a la número I-330, y entonces...

—¿I-330? Me alegro por ti, es una mujer muy interesante y llena de talento. Tiene muchos admiradores.

Pero, quizás esté registrado con ella... No, no puedo hablarle de esto. Le contesto:

—Sí, creo que sí. Tiene muchos —sonrío más amplia, más estúpidamente, y pienso que esta sonrisa me desnuda, me deja al descubierto...

Después de llegar al fondo, los punzones vuelven a recogerse en sus ojos. Me dedica una sonrisa ambigua, asiente con la cabeza en señal de despedida y se dirige hacia la salida.

Me escondo detrás de un periódico (me parece que todo el mundo me mira) y lo que leo es tan extraordinario que me olvido de todo, de los punzones y de la pestaña. Sólo hay unas pocas líneas:

*Según información fidedigna, se han descubierto rastros de una organización que hasta ahora ha eludido la investigación. Esta organización tiene como objetivo liberar a la humanidad del yugo benéfico del Estado.*

¡Liberar a la humanidad! Es extraordinario cómo resisten los instintos criminales del hombre. Lo digo a sabiendas: criminales. La libertad y el crimen están tan estrechamente relacionados como, si se quiere, el movimiento de un aeroplano y su velocidad. Si la velocidad del aeroplano es cero, éste permanece inmóvil, y si la libertad del hombre es cero, no comete delitos. La única manera de liberar a un hombre del crimen es liberarlo de la libertad. Y apenas lo hemos logrado (apenas es la palabra adecuada cuando uno piensa en la edad del mundo), cuando unos cuantos espíritus miserables y retrógrados...

No, no entiendo por qué no fui inmediatamente a la Oficina del Guardián, ayer. He de acudir sin falta hoy, en cuanto sean las 16 horas.

Salgo a las dieciséis y diez y, enseguida, me encuentro con O, en la primera curva. Este encuentro la sumerge en un entusiasmo rosado.

Tiene una mente sencilla llena de sentido común; me comprenderá y me ayudará… Pero no necesito ninguna ayuda: mi decisión es firme.

Los altavoces de la Factoría Musical vuelven a reproducir el himno del Estado Único: siempre el mismo himno, todos los días. Hay un encanto inexplicable en esta repetición diaria.

—Vamos a dar un paseo —me dice.

Sus ojos redondos me miran, abiertos de par en par; entro por esas ventanas azules sin encontrarme con nada: en su interior no hay nada inútil ni extraño.

—No, no vamos a dar un paseo. Necesito ir…

Le explico adónde, y para mi sorpresa, veo que el círculo rosado de su boca se transforma en una media luna, con las puntas hacia abajo, como si estuviera tragando vinagre. Estallé:

—Vosotras, las números, estáis llenas de prejuicios incurables. Sois absolutamente incapaces de pensar de forma abstracta. Disculpa, pero eso me parece una estupidez.

—Vas a ver a los espías... ¡Vaya! Y yo que en cambio recogí para ti un ramillete de lirios silvestres en el Jardín Botánico...

¿Por qué ese “y yo”, por qué ese “en cambio”? ¡Así son las mujeres! Reconozco que, irritado, acepto su ramillete de diminutos lirios del valle, y le contesto:

—Bueno, observa tus flores. Huelen bien, ¿verdad? Así que, apliquemos un poco de lógica. Huelen bien, pero no se puede saber por el olor, por el concepto mismo del olor, si es bueno o malo. No puedes hacer eso ¿verdad? Hay un olor a lirios y hay un olor a beleño: eso hace dos olores. Había espías en el estado antiguo, y hay espías en el nuestro... Sí, espías, no tengo miedo a las palabras. Una cosa está clara: los espías de antes eran como el beleño, los nuestros como los lirios. ¡Sí, como el lirio de los valles!

La media luna rosa tiembla. Exclamo aún más fuerte:

—¡Sí, como el lirio de los valles! Y no es un asunto para reírse en absoluto.

Las esferas lisas y redondas de las cabezas con las que nos cruzamos se giran extrañadas. O me toma suavemente de la mano.

—Estás muy raro hoy, ¿no estarás enfermo?

Pienso en mi sueño, el vestido amarillo, el Buda... Comprendo que tengo que ir al consultorio médico.

—Sí, estoy enfermo —le digo alegremente (era una contradicción inexplicable: no había motivo para alegrarse).

—Entonces necesitas ir al médico de inmediato. Sabes que tu deber es estar bien, no debería tener que decírtelo.

—Pero sí, querida O, tienes razón, toda la razón.

No voy a ir a la Oficina del Guardián, no me da tiempo, tengo que ir al Consultorio Médico; allí me retuvieron hasta las diecisiete.

Por la noche O vino a verme (daba igual, la Oficina del Guardián está cerrada por la noche). Las cortinas no se cerraron. Trabajamos problemas de un viejo libro de matemáticas: purifica y calma la mente. O estaba sentada, inclinada sobre el cuaderno, con la cabeza apoyada en el hombro izquierdo; expresaba su concentración empujando su lengua contra su mejilla. Era completamente infantil, encantador del todo, y me sentí bien, simple, exacto...

Luego se fue dejándome solo. Respiré profundamente dos veces (es muy útil antes de irse a dormir) y de repente noté un olor inesperado, que asociaba con algo muy desagradable... Lo encontré rápidamente: el pequeño ramillete estaba escondido en mi cama. De repente, todo volvió a la superficie. Fue realmente una falta de tacto por su parte dejármelo...

En fin, no he ido al Guardián. Pero ¿es culpa mía? ¿Tengo la culpa de estar enfermo?

## NOTA 8
## Una raíz imaginaria. R-13. El triángulo.

Hace mucho tiempo, cuando estaba en la escuela, me encontré por primera vez con la raíz de menos uno. Lo recuerdo muy claramente. Estaba en una habitación redonda y luminosa, entre cientos de escolares, con Pliapa, nuestro profesor autómata de matemáticas. Pliapa era su apodo. Estaba ya bastante desgastado, se le aflojaban los tornillos, y cuando el alumno al que le tocaba lo enchufaba, el altavoz siempre hacía “Plia, plia, plia...” antes de empezar la lección. Una vez dio una conferencia sobre números imaginarios. Recuerdo que entristecido, afirmándome con los codos sobre la mesa, grité:

—¡No quiero la raíz de menos uno, lleváosla!

Esa raíz imaginaria creció dentro de mí como un parásito. Me estaba carcomiendo y no había forma de que pudiera deshacerme de ella.

Aquí está de nuevo hoy. Revisé mis notas y me di cuenta de que me había estado jugando una mala pasada, que me había mentido a mí mismo para no verla. Mi enfermedad y todo lo demás no existe, debería haberme presentado allí. Hace ocho días habría podido ir allí sin dudarlo. Entonces, ¿por qué?

Hoy, por ejemplo, exactamente a las dieciséis y diez, me paré frente al brillante muro de cristal. Ante mí brillaban, como un sol, las letras doradas: “Oficina del Guardián”. A través de las paredes, vi una larga fila de *unifos* de color gris azulado. Los rostros brillaban como lámparas en una iglesia antigua. Habían venido a realizar un acto sublime: traicionar y sacrificar en el altar del Estado Único a sus amados padres, a sus amigos, a ellos mismos. Quería correr hacia ellos, pero no pude, mis pies se sentían como si estuvieran soldados a las placas de vidrio. Me quedé allí, mirando...

—Oye, matemático, ¿en qué estás pensando?

Me estremecí. Unos ojos negros, chispeantes por la risa, me miraban fijamente; labios gruesos, como los de un negro... Era el poeta R-13, mi viejo amigo, que estaba acompañado por la muy rosada O.

Me volví agitado, y creo que si no me hubieran interrumpido, finalmente habría entrado en la Oficina del Guardián, y habría arrancado esa raíz imaginaria soldada a mi carne.

—No pienso en nada, pero si te parece, estaba admirando algo —dije con cierta brusquedad.

—Por supuesto. Deberías haber sido poeta y no matemático. Vente con nosotros, con los poetas. Si lo deseas puedo organizarlo en un instante...

R-13 no callaría ni aunque se estuviera ahogando. Las palabras brotan de sus gruesos labios. Dice “poetas” y es como una fuente.

—Siempre he servido y siempre serviré a la ciencia —dije frunciendo el ceño. No me gustan los chistes y no los entiendo. R-13 tiene la mala costumbre de bromear.

—¿Y qué pasa con la ciencia? Vuestra ciencia no es más que una forma de cobardía. Digas lo que digas, quieres aprisionar el infinito con un muro y tienes miedo de mirar al otro lado de ese muro. Si miraras cerrarías los ojos.

—Los muros son los cimientos de todo… —comencé. R-13 saltó como un surtidor, y O rió, toda redonda y rosa.

Agité mi mano y pensé: reíd, no me importa. Tenía algo más en mente, la necesidad de olvidar, ahogar esa maldita raíz de menos uno.

—¿Sabéis? Podríamos ir a mi casa a resolver algunos problemas —recordaba la hora tranquila que pasé ayer con O, ¿quizás hoy también...?

O miró a R. Luego me miró y sus mejillas se sonrojaron con el tierno y enloquecedor rosa de nuestros billetes.

—Hoy... estoy apuntada con él —dijo señalando a R—, y por la noche está ocupado, así que...

Los labios húmedos e hinchados de R chasquearon:

—Bueno, media hora nos basta ¿verdad O? No soy muy aficionado a sus problemas. Mejor vamos a mi casa y hablamos.

Me resultaba doloroso permanecer sólo conmigo mismo, o mejor dicho, con ese nuevo yo, ese extraño que por una extraña coincidencia tenía el mismo número que yo: D-503. Por eso acepté la propuesta de R. Lo cierto es que R no es preciso y exacto. ¡Tiene una lógica extraña! Pero, a pesar de todo, somos amigos. No en vano hace tres años elegimos juntos a esta simpática O, toda sonrosada. Nos unió más que nuestros años escolares.

En la vivienda de R, todo es como en casa: las mesas, los sillones, el escritorio, el armario, la cama. Pero tan pronto como entró, R movió un sillón, luego otro, las superficies se fusionaron, todo perdió su disposición prevista, todo se volvió no euclidiano. R no había cambiado: en el sistema de Taylor y en matemáticas, siempre había sido el último.

Hablamos del viejo Pliapa, de cómo cuando éramos niños nos gustaba pegar pequeñas notas de agradecimiento en sus patas de cristal porque nos gustaba. Hablamos del Profesor de Religión[3]. Hablaba extraordinariamente fuerte, como si arreciara el viento a través de su altavoz, y solíamos gritar los textos que nos había citado. El travieso R-13 una vez metió una bola de papel maché en el altavoz, de modo que cada palabra que salía iba acompañada de un trozo de papel; R-13 fue castigado porque lo que había hecho era obviamente muy malo. Pero todos nos reímos con ganas, y, lo admito, yo también.

—¿Y si hubiera sido de carne y hueso, como los de antes? ¿Qué habría salido de sus labios?

El sol brillaba por todas partes, a través del techo, a través de las paredes. Venía de arriba, de los lados y se reflejaba desde abajo. O estaba sentada en el regazo de R, y el sol hacía brillar sus ojos. Me emocioné; de algún modo, la raíz de menos uno se alejó, quedó en silencio y ya no alentó.

—Entonces, ¿cómo está tu *Integral*? ¿Estará pronto listo para ir y llevar la buena noticia a los habitantes de los planetas? Date prisa, porque si no, los poetas produciremos tantos tratados que, con su peso, tu obra maestra no podrá despegar. Escribimos todos los días, de ocho a once…

R-13 meneó la cabeza y se rascó el cuero cabelludo. Tenía una cabeza cuadrada, como un pequeño tronco. Me animé:

—Así que también escribes para el *Integral*. Dime qué has hecho hoy, por ejemplo.

—Hoy no escribí nada. Estaba ocupado con otra cosa.

—¿Con qué?

R frunció el ceño:

—Ah, si insistes te lo diré: con un juicio. He puesto un proceso en verso. Un idiota, uno de los nuestros, estuvimos juntos dos años, declaró un día: “Soy un genio, estoy por encima de la ley”, y soltó otras cosas por el estilo.

Los labios gruesos se fruncieron y sus ojos perdieron su brillo. R-13 se levantó, se giró para apoyarse en la pared. Me pareció como un pequeño baúl bien cerrado y pensé: ¿Qué ocurre ahí dentro? El silencio era asimétrico y doloroso. No sabía exactamente qué estaba pasando, pero sentí algo...

3 En la clase de religión no aprendimos, claro está, los diez mandamientos de nuestros antepasados, sino las leyes del Estado Único.

—Menos mal que los tiempos antediluvianos de Shakespeare y Dostoievski ya han concluido —dije deliberadamente en voz muy alta.

R se dio la vuelta y las palabras volvieron a salir a borbotones de su boca, pero el brillo había desaparecido de sus ojos.

—Sí, mi querido matemático, es una alegría, una verdadera alegría. Representamos la feliz media aritmética. Como dirías, integramos desde el cero hasta el infinito, desde el cretino hasta Shakespeare... ¿No te parece?

No sé por qué, me pareció completamente fuera de lugar, pero de repente me acordé de I-330 y de su voz. Un cierto hilo extremadamente fino le unía con R. La raíz de menos uno comenzó a torturarme de nuevo, abrí mi placa, eran las diecisiete treinta y cinco, les quedaban cuarenta y cinco minutos para su billete rosa.

—Ya es hora…

Besé a O, estreché la mano de R y me dirigí al ascensor.

Al llegar al otro lado de la avenida, miré a mi alrededor. Aquí y allá, en las masas de vidrio atravesadas por el sol, había celdas de color gris azulado con cortinas corridas y opacas que formaban manchas. Eran las células de la felicidad rítmica y taylorizada. Encontré la celda de R-13 en el séptimo piso: ya estaba bajando las cortinas.

Querida O... Querido R... También hay (no sé por qué escribí “también”, pero la palabra está escrita, la dejo) también hay algo que no comprendo plenamente. Pero a pesar de todo, R, O y yo formamos un triángulo, no isósceles, estoy de acuerdo, pero un triángulo al fin y al cabo. Somos, dicho con el idioma de nuestros antepasados, que vosotros, habitantes de otros planetas, quizá entendéis, somos una familia. Y es bueno a veces descansar un poco, aislarse de todo en este triángulo simple y sólido...

## NOTA 9
## La liturgia. Yambos y troqueos. La mano de hierro fundido.

El día es claro y triunfante. Es uno de esos días que te hacen olvidar tus debilidades, tus imprecisiones, tus enfermedades. Todo se vuelve cristalino, inflexible, eterno, como nuestro nuevo Vidrio...

En la Plaza del Cubo se dispusieron sesenta y seis círculos concéntricos: las gradas. En estas sesenta y seis filas, el resplandor de los rostros y el azul de los ojos reflejaban el brillo del cielo, a menos que fuera el brillo del Estado Único. Los labios de las mujeres eran rojos como flores. Filas de niños, como suaves guirnaldas, se apiñaban alrededor del centro. Reinaba una calma profunda, severa, excelsa...

Según los documentos que han llegado hasta nosotros, los antiguos experimentaban emociones similares durante sus “servicios religiosos”. Pero ellos servían a un Dios desconocido y absurdo, mientras que nosotros servimos a un Dios sensato y perfectamente conocido. Su Dios no les dio más que preocupaciones eternas, mientras que el nuestro nos ha dado la verdad absoluta: nos ha librado de todas las preocupaciones. Su Dios no había encontrado nada mejor que ofrecerse a sí mismo en sacrificio, no sabemos por qué, mientras que nosotros traemos al nuestro, al Estado Único, un sacrificio pacífico, considerado y razonable. Ciertamente, esta conmemoración de la Guerra de los Doscientos Años es realmente una liturgia triunfante que muestra la gloria del Estado Único, la grandiosa victoria obtenida por todos sobre uno, por el conjunto sobre la unidad...

Esta unidad se encontraba en los escalones del Cubo, plenamente iluminada por la luz del sol. Era un número de cara pálida, mejor dicho, de una cara sin color, transparente, y sus labios también tenían apariencia de cristal. Sólo brillaban sus ojos negros. Parecían abismos abiertos sobre un mundo agitado, del que ahora estaba a sólo unos minutos de distancia. La placa dorada con su número ya le había sido retirada y sus manos estaban atadas con una cinta púrpura.

Esta era una antigua costumbre, probablemente explicada por el hecho de que en el pasado todo esto no se hacía en nombre del Estado Único y, en consecuencia, los condenados sentían que tenían derecho a resistir, por lo que sus manos debían ser cargadas con pesadas cadenas.

Arriba, en el Cubo, cerca de la Máquina, estaba aquel al que llamamos el Benefactor. Desde donde yo estaba, desde abajo, no se podía distinguir su rostro, sólo se apreciaba que estaba como delineado por líneas severas y rectas que le daban un aire de grandeza. Pero, por otro lado, sus manos... A veces sucede que, en las fotografías, las manos se ven enormes, porque estaban demasiado cerca del objetivo; atraen la mirada y lo obstruyen todo. Las manos del Benefactor son pesadas, son de piedra, y su peso lo soportan las rodillas, sobre las que descansan...

Una de aquellas manos se levantó lentamente, en un gesto severo. Inmediatamente un número se levantó de las gradas y se acercó al Cubo. Era uno de los poetas del Estado, que por un destino afortunado había sido elegido para coronar este festival con sus versos. Yambos divinos de sonidos metálicos resonaron por encima de las gradas, explicitando la vida del criminal de labios de vidrio que estaba allí, en las escaleras, esperando la consecuencia lógica de sus locuras.

*¡Fuego! Las casas se tambalean sobre sus cimientos y, salpicando el cielo con su oro líquido, se desmoronan y se derrumban. Los árboles verdes se retuercen, su savia se pierde: no son más que esqueletos de cruces negras. Pero apareció Prometeo* (es decir, evidentemente, nosotros):

*Él unió el fuego al acero, a la máquina.*
*Y encadenó el caos en la ley.*

*Todo es nuevo, todo está hecho de acero: el sol, los árboles, la gente. Pero un necio liberó al fuego de sus cadenas, y todo se derrumba nuevamente...*

Desgraciadamente, tengo mala memoria para los versos. Sólo recuerdo una cosa: que era imposible encontrar imágenes más bellas y más positivas.

El Benefactor hizo otro gesto lento y pesado: un segundo poeta apareció en la escalera del Cubo. Me llené de sorpresa: ¡Es imposible! Pero definitivamente es él, con sus grandes labios africanos... ¿Por qué no me dijo que este honor... Sus labios temblaban, y había una razón para ello: el encontrarse cara a cara con el Benefactor, frente a toda la asamblea de Guardianes... Pero aún así, preocuparse de esa manera...

Los troqueos se precipitaron, veloces, afilados como hachas, narrando un crimen inaudito: un poema sacrílego, donde el Benefactor era tratado como... No, mi mano no podría escribir estas palabras.

R-13 bajó muy pálido y volvió a sentarse sin mirar a nadie; no esperaba esa timidez de él. Cerca de él vi una figura triangular, negra y puntiaguda, que inmediatamente perdí de vista: mis ojos y los de todos se dirigieron hacia la Máquina. La mano sobrehumana hizo un tercer gesto definitivo. El criminal, conducido como por un viento invisible, subió lentamente un escalón, luego dos, y pronto dio el último paso de su vida. Tenía la cara vuelta hacia el cielo, la cabeza echada hacia atrás y estaba viviendo sus últimos momentos.

Lentamente, como el destino, el Benefactor se acercó a la Máquina y colocó su enorme mano sobre la palanca... No se oía el más leve crujido, ni el más leve aliento, todas las miradas estaban fijas en aquella mano... ¡Qué embriaguez sentirse instrumento, fruto de cientos de miles de voluntades! ¡Qué noble destino el suyo!

Fue un segundo inconmensurable. La mano cayó hacia atrás después de conectar la corriente. Una cuchilla eléctrica destelló con un resplandor agudo e insoportable, y se escuchó un crujido en los tubos de la Máquina. El cuerpo dislocado se cubrió con un humo ligero y brillante y luego comenzó a derretirse y licuarse con una velocidad fantástica. No quedaba nada más que un charco de agua químicamente pura que, un momento antes, había hecho latir tumultuosamente su corazón...

Todo esto era evidente y bien conocido por cada uno de nosotros: la disociación de la materia, la división de los átomos del cuerpo humano. Sin embargo, siempre parecía un milagro, era como un símbolo del poder sobrehumano del Benefactor.

Junto a él estaban diez números femeninos, con el rostro ardiente y los labios separados por la emoción, como flores agitadas por el viento. Siguiendo la costumbre, estas diez mujeres adornaron el *unifo* del Benefactor, todavía manchado de salpicaduras, con flores. Descendió con paso majestuoso, pasó lentamente entre las gradas, seguido por las ramas rosas de los brazos femeninos y por la tempestad de nuestros vítores. También saludamos con nuestros gritos a los Guardianes que, invisibles, perdidos entre nuestras filas, asistían a la celebración. ¿Los había previsto la imaginación del viejo profeta cuando hablaba de los “ángeles de la guarda” asignados a cada uno de nosotros?

Ciertamente, algo de la antigua religión, algo purificador, como tormenta y tempestad, reinaba sobre esta fiesta. Tú que lees estas líneas, espero que conozcas momentos similares, y te compadezco si no es así.

## NOTA 10
## La carta. La membrana. Mi yo peludo.

El día de ayer fue para mí como el papel a través del cual los químicos filtran sus soluciones. Todas las partículas suspendidas en un líquido, todo lo superfluo, quedan detenidas por este papel. Esta mañana me levanté limpio y transparente.

Abajo, en el pasillo, la número de control estaba sentada tras su mesa. Anotó los nombres de los que salían y la hora de salida. Su nombre es U-... Prefiero no mencionar su número porque tengo miedo de escribir cosas desagradables sobre ella. En el fondo es una mujer muy respetable de cierta edad. Lo único que no me gusta de ella es que tiene las mejillas un poco caídas, como las branquias de un pez, pero ¿qué importancia tiene esto?

Chirrió su pluma y vi mi nombre en la página con una mancha de tinta al lado.

Estaba a punto de llamar su atención sobre esta mancha cuando ella levantó bruscamente la cabeza y dijo, regalándome una pequeña sonrisa que también parecía llena de tinta:

—Hay una carta para ti, sí, querido amigo, has recibido una carta.

Yo sabía que ella había leído esa carta, que todavía tenía que pasar por la Oficina del Guardián (después de todo, es inútil explicar algo tan natural), y que no la recibiría antes del mediodía. Sin embargo, esa sonrisa me molestó, la gota de tinta perturbó mi yo recién depurado. Luego, en la dársena donde se construía el *Integral*, no podía concentrarme e incluso me equivoqué una vez en mis cálculos, algo que nunca me había sucedido antes.

Al mediodía volví a ver las branquias de color marrón rosado y la sonrisita de la controladora, que finalmente me entregó la carta. No la leí inmediatamente, sino que la guardé en el bolsillo y subí a mi habitación lo más rápido que pude. Abrí la carta, la hojeé y me senté... Era un papel oficial que me decía que I-330 me había registrado para ella y que tenía que presentarme en su casa ese mismo día a las nueve en punto. Se adjuntaba la dirección.

No puede ser, después de lo que pasó, después de haberle mostrado mi opinión tan claramente, ¡es increíble! Además, no sabe si fui a la Oficina del Guardián. ¿Cómo iba a entererarse de que estuve enfermo?... No lo sabía... Y a pesar de todo...

Una dinamo giraba y zumbaba dentro de mi cabeza. Pienso en el Buda, en el vestido amarillo, en la media luna rosa... Y entonces, la gota que colma el vaso: O quería venir a verme, y sabía que no se creería nada de todo esto. ¿Y cómo iba a creerlo? Que yo no tuve nada que ver, que no lo deseaba... Iba a ser necesaria una explicación difícil, absolutamente ilógica... No, todo menos eso. Todo se arreglaría automáticamente, decidí enviarle una copia de esta comunicación.

Rápidamente guardé el papel en mi bolsillo y vi mi fea mano con pinta de mono. Recordé cómo ella había tomado mi mano mientras caminábamos y la miró. ¿Qué quiere ella?

Dieron las veintiuno menos cuarto. La noche era plácida y todo era del color de cristal. No de nuestro cristal, sino de un cristal frágil, que formaba una fina cáscara bajo la cual todo giraba, se precipitaba, zumbaba... No me habría sorprendido si las cúpulas de los auditorios se hubieran alzado en lentas y redondas bocanadas de humo, o si la luna nos hubiera enviado una sonrisa de tinta, como la mujer detrás de su mesita esta mañana, o como si todas las cortinas estuvieran corridas en todas las casas...

Me sentí extraño. Mis costillas eran como barras de hierro y me oprimían el corazón. Me faltaba el aire, estaba acobardado cuando me hallé frente a una puerta de vidrio con los números dorados: I-330. Ella, de espaldas, escribía. Entré y le dije:

—Toma… —le entregué la nota rosa—. He venido porque hoy he recibido esta carta.

—¡Qué puntual eres! ¿Puedes esperar un minuto? Siéntate y en seguido estoy contigo.

Volvió a mirar la carta y me pregunté qué estaría pensando detrás de sus párpados entrecerrados. ¿Qué me iba a decir, qué iba a hacer? ¿Cómo podía saberlo, cómo podía calcularlo, si venía de esa tierra salvaje de sueños inciertos?

La miré en silencio y aún sentía la presión de mis costillas de hierro, que me asfixiaban...

Cuando habla, su rostro es como una rueda que gira a toda velocidad, cuyos radios no se ven. En este momento, la rueda está detenida.

Sus cejas oscuras, levantadas hacia las sienes, formaban un ángulo agudo y burlón, mientras que dos arrugas profundas, desde la nariz hasta las comisuras de la boca, formaban una segunda cresta dirigida hacia arriba. Estos dos ángulos parecían contradecirse y formaban esa desagradable y molesta X que marcaba su rostro con una cruz.

La rueda empezó a girar, los radios se confundieron...

—No fuiste a la Oficina del Guardián, ¿verdad?

—Estuve... estuve enfermo, no pude.

—¿Sí? Eso es lo que pensé: algo debió impedirte hacerlo —una sonrisa reveló sus afilados dientes—. Pero ahora estás bajo mi poder. Recuerda: “Cualquier número que no haya hecho su declaración a la Oficina antes de cuarenta y ocho horas será considerado...”

Mi corazón latía tan fuerte que las barras de hierro se deformaron. Si no hubiera estado sentado... Me sentía como un niño al que han pillado haciendo una estupidez. Permanecí callado. Estaba atrapado en una red sin saber qué decir.

I se levantó y se estiró perezosamente. Presionó un botón y las cortinas descendieron. Me aislé del mundo, solo con ella.

Ella estaba entonces tras de mí, cerca del armario. Su uniforme crujió y luego cayó. Al oírlo recordé, no, más bien pasó por mi cabeza durante una centésima de segundo...

Un día tuve que calcular la curva de un nuevo tipo de membrana de calle. (Estas membranas, artísticamente decoradas, registran constantemente para la Oficina del Guardián todas las conversaciones callejeras.) Entonces pensé que esa membrana pequeña, rosada y temblorosa, era un ser extraño compuesto de un solo órgano: el oído. Pues bien, yo me había convertido en una membrana así.

Los chasquidos hicieron clic en su cuello, en su pecho, más abajo. La seda artificial crujió sobre sus hombros, sobre sus rodillas, sobre el suelo de madera. Sentí (y estaba más seguro que si lo hubiera visto) que un pie caía sobre el montón de seda, luego el otro. La cama iba a crujir...

La membrana que yo era tembló y registró el silencio. No, los violentos latidos del corazón contra las barras de hierro, seguidos de pausas interminables. La oí pensar por un segundo, detrás de mí.

Luego se abrió la puerta del armario, se cerró, y después seda, seda...

—¡Bueno, ya está bien.

Me di la vuelta. Vestía una bata ligera de color azafrán, que parecía de tiempos pasados. Pero era peor que si no hubiera llevado nada. A través de la fina tela se apreciaban dos puntos rosáceos, dos brasas bajo las cenizas, así como dos rodillas redondas y tiernas...

Estaba sentada en un sillón bajo, ante una pequeña mesa cuadrada. Frente a ella había una botella que contenía un líquido verdoso y dos copas pequeñas con tallo alto. En la comisura de su boca, por el momento, humeaba un pequeño tubo de papel que contenía esa antigua sustancia cuyo nombre he olvidado.

La membrana aún temblaba, y mi martillo interior golpeaba el acero al rojo vivo. Conté cuidadosamente cada golpe, preguntándome qué pasaría si ella también los oía.

I-330 fumaba, mirándome con calma, y casualmente dejó caer la ceniza de su cigarrillo... sobre mi nota rosa.

Le pregunté con la mayor frialdad posible:

—Mira, en realidad me pregunto por qué me has registrado y por qué me has hecho venir.

Fingió no oírme, llenó un pequeño vaso con el contenido de la botella y lo vació:

—Está delicioso, ¿quieres un poco?

Entendí: era alcohol. Lo que había visto la víspera volvió a mí como un relámpago: la mano de piedra del Benefactor, el fulgor insoportable del rayo y, sobre el Cubo, el otro, con la cabeza echada hacia atrás y el cuerpo derrumbado. Me estremecí.

—Escucha —dije—, tú sabes que el Estado Único es despiadado con cualquiera que se envenene con nicotina y especialmente con alcohol...

Las cejas oscuras formaban otro ángulo obtuso a medida que se elevaban hacia las sienes.

—Es mejor destruir a unos pocos rápidamente —me contestó—que permitir que muchos se destruyan a sí mismos. Esto evita la degeneración, etc. Es cierto hasta el punto de resultar indecente.

—Sí, es la pura verdad.

—No deberíamos permitir que estas pandillas de pequeñas verdades desnudas y calvas deambulen por las calles. Imagínense que mi fiel adorador S, a quien por cierto tú conoces, se despojara de todas sus mentiras y apareciera en público en su forma natural... Sería divertidísimo.

Se rió, pero yo vi claramente el doloroso triángulo de dos pliegues que iba desde la nariz hasta las comisuras de la boca. Esto me hizo comprender que la figura retorcida y encorvada con orejas como alas la había sostenido en sus brazos, a ella, así que... ¡Oh! Describo los sentimientos anormales que experimenté entonces, pero ahora me doy cuenta de que todo esto es bastante natural: S, como cualquier número, tiene derecho al placer, y sería injusto... Es obvio.

Mi compañera se rió un buen rato con un extraño aire. Luego me miró largamente, clavándome sus ojos.

—La razón principal es que me siento completamente a gusto contigo. Eres tan amable. Seguro que no se te ocurrirá ir a decirle a la Oficina que bebo licores y fumo. Te pondrás enfermo, estarás ocupado o te justificarás con cualquier otra razón. Y acabarás bebiendo conmigo un poco de este veneno encantador...

Se expresaba cínica y burlonamente. Noté que comenzaba a odiarla otra vez. O mejor dicho no, no comenzaba. Siempre la había odiado.

I tragó todo el veneno verde que había vertido en su copa, se levantó y dio unos pasos para detenerse detrás de mi sillón. El rosa de su piel se transparentaba a través de su vestido amarillo.

Sentí sus brazos alrededor de mi cuello, sus labios contra los míos; se metieron muy hondo, fue horrible... Juro que no me lo esperaba para nada, quizá porque... no pude hacerlo decentemente, ahora me doy cuenta muy bien de eso. No quería desearlo...

Sus labios, insoportablemente dulces (creo que era por el licor), me vertían bocanadas de veneno ardiente... más y más, más y más... Sentí que me arrancaban de la tierra y me convertía en un planeta independiente, rodando furiosamente hacia abajo, cada vez más abajo, siguiendo una órbita incalculable...

Sólo puedo relatar a grandes rasgos lo que ocurrió después, e incluso utilizando analogías más o menos exactas...

Nunca antes me había dado cuenta, pero así son las cosas. En resumidas cuentas, nosotros en la tierra caminamos sobre un mar de fuego purpúreo y burbujeante, oculto en las entrañas de la

tierra. Nunca pensamos en ello. Pero si la cáscara bajo nuestros pies se convirtiera en vidrio, veríamos este fuego.

Yo era de vidrio y vi lo que había dentro de mí.

Me desdoblé. Primero estaba lo que yo solía ser, D-503, el número D-503, y luego había otro... Antes, este último sólo mostraba sus patas peludas fuera de su caparazón de vez en cuando, pero ahora se mostraba por completo, su caparazón se agrietaba...

Me aferré con todas mis fuerzas, como un náufrago, a los brazos del sillón y pregunté, para poder escuchar a mi primer yo:

—¿De dónde has sacado este... este veneno?

—Oh, de un médico, de mis amigos...

—¿De quién? —y mi otro yo saltó y gritó:— ¡No lo permito! No quiero que haya nadie contigo, mataré a quien sea... Porque soy todo... todo...

Vi cómo ese otro yo la agarraba bruscamente con sus peludas patas y desgarraba la fina seda que ocultaba su pecho, en el que hundió los dientes; lo recuerdo muy bien: eran sus dientes.

No sé cómo, pero se me escapó. Tenía la espalda apoyada contra el armario, la cabeza inclinada y los ojos cubiertos por aquella maldita e impenetrable cortina. Ella me escuchaba.

Recuerdo estar en el suelo, sujetando sus piernas y besando sus rodillas. Le supliqué:

—Enseguida… Ahora… Enseguida.

Ella mostró sus afilados dientes y el ángulo burlón de sus cejas, luego se inclinó y me quitó la placa.

—¡Sí, sí, querida! —le dije desabrochándome el *unifo*.

I, sin decir palabra, acercó la placa a mis ojos: vi que eran las 22:25 horas.

Me quedé de piedra. Sabía el precio de estar en la calle después de las 22 horas. Toda mi locura se desvaneció de repente, volví a ser yo mismo. Una cosa era segura: la odiaba, la aborrecía.

Sin decir adiós ni mirar atrás, salí corriendo de la habitación. Mientras corría, me puse mi placa lo mejor que pude y bajé por la escalera de incendios; tenía miedo de encontrarme con alguien en la escalera principal. Finalmente me encontré en el bulevar desierto.

Todo estaba en su lugar. Simple, habitual, ordenado: las casas de cristal, brillantes, el cielo de cristal, pálido, y la noche, inmóvil y verdosa. Bajo ese cristal tranquilo y fresco, algo impetuoso, morado y peludo galopaba en silencio, yo corrí desatado, con el temor de llegar tarde.

Sentí que la placa que había colocado apresuradamente se desprendía y chocaba contra el vidrio de la acera. Cuando me agaché para recogerlo, oí, en ese segundo de calma, los pasos de alguien detrás de mí. Me giré y vi algo pequeño y curvo doblar la esquina. Al menos eso es lo que me pareció.

Corrí a toda velocidad mientras oía el viento silbando en mis oídos. Cuando me detuve en el umbral de mi casa, eran las veintidós y veintinueve. Escuché, no había nadie detrás. Todo fue una alucinación absurda, efecto del veneno.

La noche fue una tortura para mí... Mi cama se elevaba, caía y volvía a alzarse. Estaba flotando en una sinusoide. Pensé: por la noche, el número ha de dormir, es tan obligatorio como trabajar durante el día. No dormir por la noche es un delito... Y sin embargo, no lo logré.

Estoy corriendo hacia mi perdición. Ya no estoy en condiciones de cumplir con mis deberes hacia el Estado Único. Yo...

# NOTA 11
## ...No, no puedo, no habrá título, ¡qué lástima!

Es de noche y hay una ligera niebla. El cielo está cubierto de un tejido dorado y lechoso. No podemos ver qué hay arriba. Los antiguos sabían que allí habitaba su Dios, escéptico y sombrío. Nosotros sabemos que sólo existe la nada azul, cristalina, desnuda, inocente. Ahora ya no sé qué hay en lo alto, he aprendido demasiado. Saber con certeza y sin culpa es fe. Tenía una fuerte confianza en mí mismo, creía que me conocía, cuando de repente...

Estoy frente a un espejo y, por primera vez en mi vida me veo clara, distinta, conscientemente, y me miro con asombro, como si fuera otra persona. Allí está: sus cejas fruncidas y negras, dibujadas en línea recta, en el medio tiene una especie de cicatriz, una arruga vertical, no recuerdo si la tenía antes. Sus ojos son de color gris acero, rodeados por el insomnio. Detrás de esos ojos de acero... Parece que nunca supe qué había al otro lado, que parece al mismo tiempo tan cerca e infinitamente lejos. Me miro, lo miro y sé que ese extraño de cejas rectas me es desconocido. Lo he conocido por primera vez. Mi verdadero yo no es él.

No, acabemos. Todo esto es una tontería. Todos estos sentimientos son delirantes, fruto del envenenamiento de ayer... ¿El bocado de veneno verde o la mera presencia del mismo? No importa. Describo esto sólo para mostrar cómo la razón humana, por exacta y penetrante que sea, puede errar y errar extrañamente. Esta razón, que ha conseguido hacer digerible ese infinito mismo, tan aterrador para los antiguos...

La pantalla me avisa de la llegada de R-13. Menos mal, porque si me hubiera quedado solo, habría...

*Veinte minutos después.*

En este papel, en un mundo bidimensional, las líneas se suceden, pero en un mundo tridimensional... pierdo la noción de los números: veinte minutos pueden contener 200 o 200.000.

¡Es una locura, sopesar cada palabra con calma, con calma, contar lo que me pasó con R! Es como si estuvieras sentado con las piernas cruzadas en un sillón cerca de tu propia cama y observaras con curiosidad cómo tú mismo te retuerces en esa cama.

Cuando llegó R-13, estaba completamente tranquilo y normal. Comencé a hablar con entusiasmo del modo magnífico en que había versificado la condena, y le dije que aquel orate había sido condenado y aniquilado sobre todo por sus rimas.

—Si me pidieran elaborar un resumen esquemático de la Máquina del Benefactor, seguramente introduciría, de una forma u otra, tus admirables versos —le dije para concluir.

Vi que sus ojos se turbaban, que sus labios se volvían grises. Le pregunté:

—¿Qué te pasa?

—Es que... Es que ya estoy harto: sólo me hablan de eso, es la misma canción en todos lados. Ya no lo quiero oír más, ya está bien.

Se quedó en silencio, se rascó la cabeza, ese pequeño baúl con su contenido incomprensible y extraño. Callamos.

Pero encontró algo en su baúl, lo sacó, lo desdobló y sus ojos se iluminaron con una sonrisa. Se puso en pie y me dijo:

—Estoy componiendo algo para tu obra maestra, el *Integral*.

Volvió a ser como antes, y de sus labios brotaban las palabras como de una fuente.

—Sabes —la “s” sonó como un chapoteo—, la vieja leyenda del paraíso somos nosotros, resulta muy actual. Ya verás. A los dos habitantes del paraíso se les ofreció una opción: felicidad sin libertad o libertad sin felicidad; no había otra solución. Estos idiotas eligieron la libertad y, naturalmente, anhelaron cadenas durante siglos. Esta era la miseria humana: la gente anhelaba cadenas. Y ahora acabamos de encontrar la manera de hacer que el mundo vuelva a ser feliz... Ya verás. El viejo Dios y nosotros estamos en la misma mesa, uno al lado del otro. Sí, ayudamos a Dios a derrotar finalmente al diablo; fue el diablo quien llevó a los hombres a violar la prohibición divina y a probar esta libertad maldita; él es la astuta serpiente. Pero lo aplastamos con un pequeño golpe en el talón: *crack*. Y el paraíso regresó, volvimos a ser simples e inocentes como Adán y Eva. Todas esas complicaciones en torno al bien y al mal desaparecieron; todo es muy simple, celestial, infantil. El Benefactor, el Cubo, la Máquina, la Campana Neumática, los Guardianes, todo está bien. Todo es grandioso, magnífico, noble, elevado, cristalino y puro. Porque protege nuestra limitación, es decir, nuestra felicidad. Los antiguos, en nuestro lugar, se pondrían a razonar, a comparar y a devanarse los sesos: “¿Es moral, es inmoral…?” Éste es el asunto de mi poema en pocas palabras: ¡es celestial! Y su estilo es austero... ya lo verás. Sólo un fragmento ¿eh?

Sí, pensé. Y yo que le critiqué por su exterior absurdo y asimétrico..., pero tiene una mente notablemente ordenada. Por eso está tan próximo a mí (hablo de mi primer yo, el verdadero yo, el otro, el actual, es solo una enfermedad).

R, que pareció leer estos pensamientos en mi frente, me tomó de los hombros y se echó a reír:

—Tú eres Adán y, hablando de Eva… —metió la mano en el bolsillo, sacó un pequeño cuaderno y lo hojeó—. Pasado mañana... No: en tres días, O te dará un pequeño billete rosa. Entonces, ¿todo sigue igual? Quieres que ella...

—¡Claro que sí!

—Bueno, te lo diré yo mismo, porque ella, ya ves, está avergonzada. Te lo explicaré. Conmigo se sitúa en terreno oficial, lo hace por el billete rosa, pero contigo... Y ni siquiera nos has dicho que ha entrado un cuarto lado en nuestro triángulo. ¿Quién es? ¡Dímelo!

Algo se removió dentro de mí. Recordé el susurro de la seda, la botella verde, los labios... De repente, sin saber por qué, solté (¡ojalá me hubiera contenido!):

—Dime, ¿alguna vez has probado el alcohol o la nicotina?

R frunció los labios y me miró. Escuché muy claramente su pensamiento: “Es mi amigo, mi amigo, y a pesar de todo...” Respondió:

—Bueno... en realidad no. Pero conocí a una mujer...

—¡I! —exclamé.

—¿Cómo...? ¿Estás con ella también?

Se reía a carcajadas, se ahogaba, estaba a punto de reventar… Mi espejo estaba colgado de tal manera que uno sólo podía verse desde el otro lado de la mesa; desde la silla en la que estaba sólo podía ver mi frente y mis cejas. Y de repente mi verdadero yo vio en el espejo un fruncirse de cejas y lanzó un grito salvaje y horrible.

—¿Qué significa “también”? ¿Qué significa “también”? Exijo...

Sus labios negros se separaron, sus ojos se abrieron... Mi verdadero yo se aferró fuertemente al otro yo salvaje, peludo y jadeante. Le digo a R:

—Te pido perdón, en nombre del Benefactor. Estoy enfermo del todo, ya no puedo dormir. No entiendo qué me pasa...

Los labios gruesos sonrieron:

—Sí, sí, lo entiendo perfectamente. Lo sé todo... al menos en teoría. ¡Adiós!

Cuando llegó a la puerta, se dio la vuelta y regresó para dejar un libro sobre la mesa.

—Esta es mi última obra. Te la traje a propósito y casi la olvido. Adiós.

Con esta despedida R se marchó.

Me quedé solo, o mejor dicho, solo con mi otro "yo". Estaba en el sillón con las piernas cruzadas, mirando con curiosidad la forma en que mi otro yo se retorcía en la cama.

¿Cómo es posible que durante tres años R, O y yo hemos vivido tan amigablemente, y que ahora una sola palabra acerca de I... Pensaba que toda esa locura del amor, de los celos, se encontraba tan solo en esos tontos libros del pasado... Lo más extraño es que me ocurra a mí, que siempre he sido tan sólo ecuaciones, fórmulas, cifras; y de repente ya no entiendo nada. Iré a casa de R a explicarle que...

No, no iré, ni mañana ni pasado mañana. Ya no iré. No puedo, no quiero ver más a ese número. Se acabó, nuestro triángulo se ha roto.

Estoy solo, es de noche y hay una ligera niebla. El cielo está cubierto por una fina tela lechosa y dorada. Querría saber qué hay ahí arriba... y quién soy, y cuánto valgo...

## NOTA 12
## La limitación del infinito. El ángel. Reflexiones sobre la poesía.

Me parece que me siento mejor, que me estoy recuperando. Dormí muy bien. Ya no tenía sueños ni esas mórbidas alucinaciones. Mañana O vendrá a verme; todo será simple, regular y delimitado como un círculo. No me da miedo la palabra "limitado". El trabajo de la facultad suprema del hombre, la razón, se dedica precisamente a la continua limitación de lo infinito y a su división en porciones convenientes y fácilmente digeribles, llamadas diferenciales. Aquí reside la divina belleza de mi tarea: las matemáticas. Es precisamente esta belleza la que las mujeres no comprenden. Este último pensamiento es, además, fruto de una asociación fortuita.

Pensé en todo esto mientras oía el sonido rítmico de las ruedas del ferrocarril subterráneo. Y al mismo tiempo leía los versos que R me había traído el día anterior. En un momento determinado sentí que alguien tras de mí se inclinaba cautelosamente y miraba la página abierta. Vi con el rabillo del ojo, sin girarme, unas orejas desplegadas como alas, un cuerpo curvado como una "S"... Era él. No quise molestarle y fingí no verlo. Cómo llegó allí, no tenía ni idea. No estaba cuando entré.

Este insignificante incidente tuvo en mí una excelente influencia, casi diría que me fortaleció. Es muy agradable sentir detrás de ti la mirada penetrante de una persona que te protege amorosamente contra el más mínimo error, contra el más mínimo paso en falso. Puede que esto suene un poco sentimental, pero siempre pienso en la misma analogía: los ángeles de la guarda de los antiguos. Es sorprendente cuántas cosas soñaron nuestros antepasados, que nosotros hemos llevado a cabo.

En el momento en que sentí al ángel de la guarda a mis espaldas, estaba disfrutando de un soneto titulado *Felicidad*. No creo equivocarme al decir que se trata de una pieza extraordinaria tanto por su belleza como por la profundidad de ideas. Aquí están los primeros cuatro versos:

Eternos amantes, de dos en dos,
siempre unidos en la pasión del cuatro,
Los inseparables, de dos en dos,
Son los mayores amantes del mundo...

El resto es del mismo género, es un himno a la sabia y eterna felicidad de la tabla de multiplicar.

Todo verdadero poeta es infaliblemente un Cristóbal Colón. América existió durante siglos antes de Colón; pero este último supo cómo encontrarla. Lo mismo ocurre con la tabla de multiplicar. Había existido durante siglos antes de R-13, pero sólo él sabía cómo encontrar un nuevo Eldorado en este bosque virgen. ¿Existe la felicidad perfecta e inmaculada en algún otro lugar que no sea este maravilloso mundo? El acero se oxida, el viejo Dios creó al hombre antiguo, es decir una criatura falible, por lo tanto él mismo se equivocó. La tabla de multiplicar es más sabia, más absoluta que el buen y viejo Dios. Nunca, esto es así, la tabla nunca se equivoca. No hay nada más feliz que los números que viven bajo las leyes eternas y ordenadas de la tabla de multiplicar. Nunca hay ninguna duda ni ningún error. Esta verdad es única y el verdadero camino hacia ella también es único; la verdad es "cuatro", y el camino verdadero es "dos por dos". ¿No sería absurdo si estas dos figuras, feliz e idealmente multiplicadas entre sí, comenzaran a pensar en una especie de libertad, es decir, de culpa? Es un axioma para mí que R-13 ha sido capaz de captar el fundamento, la base de...

Sentí una vez más, primero en mi cabeza, luego en mi oreja izquierda, el suave y cálido aliento del ángel de la guarda. Seguramente había notado que el libro estaba cerrado sobre mi

regazo y que mis ideas estaban lejos. Bueno, estaba listo para abrirle las páginas de mi cerebro. Da mucha paz y alegría. Recuerdo que me di vuelta y lo miré fijamente a los ojos, como pidiéndole que leyera en mí. Pero no entendía, o no quería entender, y no me preguntó nada... Me quedé solo y sólo me quedaba contarles todo esto a ustedes, lectores desconocidos que hoy son tan queridos para mí, tan cercanos y tan inaccesibles como él lo era hace un momento.

Mi recorrido mental consintió en ir de la parte al todo, siendo la parte R-13, y el todo nuestro Instituto de Poetas y Escritores Estatales. ¿Cómo es posible que todo el absurdo de la literatura y la poesía de los antiguos no les saltara a la vista? La inmensa y grandiosa fuerza de la Palabra fue utilizada en vano. Es curioso: cada uno escribía lo que le venía a la cabeza. Era tan ridículo y absurdo como haber dejado que el mar golpeara inútilmente las orillas durante las veinticuatro horas del día, de modo que los millones de kilogramos de olas sólo sirvieran para alimentar los sentimientos de los amantes. Hemos extraído electricidad del rugido furioso del mar y hemos transformado a esta bestia espumosa en un animal doméstico. El otrora salvaje elemento de la poesía también ha sido domesticado y sometido. La poesía ya no es el arrullo imperdonable de un ruiseñor, es una fuerza estatal, un servicio útil. ¿Podríamos, en nuestras escuelas, amar las cuatro operaciones aritméticas con tanta sinceridad y ternura sin nuestras célebres *Reglas Matemáticos*? ¿Y qué decir de las “espinas”, esa imagen clásica para designar a los Guardianes, espinas de la rosa, encargados de proteger a la delicada flor del Estado del tacto grosero de manos brutales? ¿Qué corazón de piedra permanecería indiferente al oír los labios inocentes de los niños balbucear como una oración:

Un niño travieso quiso tomar la rosa,
y la acerada espina le pinchó la mano,
el pequeño truhán se quejó
y se volvió llorando a su casa.

¡Y las *Odas Diarias al Benefactor*! ¿Quién, después de leerlas, no se inclinará religiosamente ante el sacrificio de este Número entre los Números? ¡Y el terrible *Flores rojas de las condenas judiciales*! ¡Y el libro de cabecera: *Estrofas sobre Higiene Sexual*!

La vida, en toda su complejidad y belleza, está fijada para la eternidad en el oro de las palabras. Los poetas ya no habitan el empíreo; han descendido a la tierra y avanzan con nosotros de la mano, al son de la marcha severa de la Fábrica de Música. Su lira es el frotar matutino de los cepillos de dientes eléctricos, el estruendoso crepitar de las chispas en la Máquina del Benefactor, el eco grandioso del Himno al Estado Único, el sonido íntimo de los jarrones de cristal nocturnos, el susurro de las cortinas al correrse, las voces alegres de los últimos libros de cocina... y los murmullos apenas perceptibles de las membranas de la calle.

Nuestros dioses están aquí, en la tierra, con nosotros, en la oficina, en la cocina, en el Arsenal, en la sala. Los dioses se han vuelto como nosotros, *ergo*, nos hemos vuelto como dioses. Y vamos a vosotros, lectores planetarios desconocidos, para hacer vuestra vida divinamente razonable y precisa, como la nuestra...

## NOTA 13
## La niebla. Tuteo. Un incidente totalmente absurdo.

Me despierto al amanecer y veo un firmamento sólido y rosado. Todo es bueno y redondo. Esta noche vendrá O. Sin duda ya estoy curado. Me quedé dormido con una sonrisa en la cara.

Suena el timbre de la mañana. Me levanto y todo parece diferente: la niebla se vislumbra a través de los cristales del techo y de las paredes. Nubarrones cada vez más pesados y difusos, flotan por todas partes y ya no hay frontera entre la tierra y el cielo. Todo revolotea, se deshace, se desploma y no tenemos nada a lo que aferrarnos. Ya no hay casas, sus paredes de cristal se disuelven en la niebla como cristales de sal en el agua. Por la acera y en las casas, pasan figuras oscuras como partículas suspendidas en una solución lechosa y delirante. Están colgados por todas partes, abajo, y hasta el décimo piso. Parece el humo de un incendio que arde en silencio.

A las once cuarenta y cinco en punto (había mirado la hora a propósito para aferrarme a las cifras, para salvarme con las cifras), antes de salir para mi trabajo material, de acuerdo con las Reglas Horarias, volví a casa. Tan pronto como llegué oí sonar el teléfono, y una voz que parecía una aguja larga hundiéndose lentamente en mi corazón dijo:

—¡Hola! ¿Estás en casa? Perfecto. Espérame en la esquina. ¡Nos vamos luego... ya verás!

—Sabes perfectamente que ahora me voy a trabajar.

—Sabes perfectamente que harás lo que yo te diga. Adiós, hasta dentro de dos minutos...

La esperé en la esquina. Tenía que explicarle que yo estaba a las órdenes del Estado Único y no a las suyas. “¡Harás lo que yo te diga!” Tenía una confianza en sí misma tremenda, se notaba en su voz.

*Unifos* grises, que parecían tejidos por la niebla, flotaron cerca de mí por un segundo y luego se disolvieron en silencio. No apartaba la vista del reloj: me había convertido en un tembloroso segundero. Pasaron ocho, diez minutos... Eran las doce menos tres, las doce menos dos… Se acabó, llegaré tarde. Como la odiaba. Tendría que demostrarle...

De pronto, en la esquina, surgió una mancha de sangre en la niebla: era el tajo de un cuchillo, eran sus labios.

—Creo que te hice esperar. En cualquier caso, no importa, ya ha pasado tu hora.

En cualquier caso, era cierto; mi hora había pasado.

Me quedé mirando sus labios en silencio. Las mujeres no son más que labios, todas ellas son labios. Algunos los tienen de color rosa, redondos y flexibles, lo que les forma un anillo, una suave defensa contra el mundo entero. En cambio, los suyos acababan de abrirse con un cuchillo y aún manaba la sangre caliente.

Ella apoyó su hombro contra mí y nos convertimos en uno, ella fluía hacia mí. Lo sabía, así tenía que ser. Lo sabía en cada nervio, en cada cabello, en cada latido, lo suficientemente suave como para doler.

Hay tanta alegría en someterse a lo que debe ser. Un trozo de hierro probablemente experimenta el mismo placer cuando se ve obligado, por una ley precisa e ineludible, a soldarse a un imán. Lo mismo ocurre con una piedra lanzada al aire que, tras dudar un segundo, cae de cabeza al suelo. Lo mismo le sucede al hombre, después de la agonía, cuando exhala su último aliento.

Recuerdo haber sonreído despistado, y decir:

—Hay mucha niebla.

—¿Te gusta la niebla?

Ese “tú” de antaño, ya olvidado, ese “tú” de amo a esclavo, me penetraba lentamente, como un punto. Sí, soy un esclavo y así debe ser, es bueno...

—Sí, eso es bueno… —pensé en voz alta.

Pero luego le respondí:

—Odio la niebla, le tengo miedo.

—Entonces tú la amas. La temes porque es más fuerte que tú, la odias porque le tienes miedo y la amas porque no puedes doblegarla a tu voluntad. Sólo se puede amar lo indomable.

Sí, pensé, es cierto, es precisamente porque...

Caminamos uno al lado del otro, como si fuésemos uno solo. En algún lugar, lejos, en la niebla, el sol cantaba imperceptiblemente e inundaba todo de rojo y oro. El mundo entero era como una inmensa mujer, y nosotros aún no habíamos nacido, estábamos todavía en su vientre donde madurábamos alegremente. Me parecía claro, indudable, que todo era mío, el sol, la niebla, ese color rosa-oro, todo era para mí...

No pregunté a dónde íbamos. No me importaba, sólo tenía que caminar, ir, madurar, llenarme de todo lo que nos rodeaba... Se detuvo frente a una puerta:

—Es aquí —dijo—. Por suerte hoy está de turno aquel de quien te hablé en la Casa Antigua.

A lo lejos, guardando con celo la fuerza que germinaba en mi interior, leí un cartel: “Consultorio Médico”, y comprendí todo.

Entramos en una habitación de cristal, llena de niebla dorada. Frascos, botellas de colores, probetas, chispas azuladas en tubos.

Había allí un hombre extremadamente delgado que parecía recortado en papel. Por dondequiera que se girara, nunca se le veía excepto de perfil: una hoja brillante y afilada era su nariz y unas tijeras eran sus labios.

No escuché lo que le dijo. Miré su sonrisa y me sentí sonreír sin restricciones, felizmente. Los labios de las tijeras brillaron y el médico dijo:

—Claro que lo entiendo. Es una enfermedad muy peligrosa, no conozco ninguna más peligrosa...

Se echó a reír, y rápidamente escribió algo con su mano de papel y le entregó la hoja a I; luego llenó una segunda hoja y me la entregó.

Se trataba de certificados que en los que constaba que estábamos enfermos y no podíamos ir a trabajar. Estaba robando mi trabajo al Estado Único, era un ladrón y responsable ante la Máquina Benefactora. Pero me resultó indiferente y distante, como si lo hubiera leído en algún libro... Tomé la hoja sin dudarlo un segundo. Todo mi ser, mis ojos, mis labios, mis manos sabían que tenía que ser así.

Abordamos el aeroplano en un rincón medio desierto del garaje. I tomó nuevamente la iniciativa, colocó la flecha en la palabra “adelante” y nos elevamos. Todo quedó atrás, la niebla rosa dorada, el sol, el perfil afilado del médico, de repente tan querido y tan cercano. Antes todo gravitaba alrededor del sol, ahora, lo sabía, todo gravitaba alrededor de mí, lentamente, santamente, con los ojos medio cerrados...

Encontramos a la anciana con la boca cerrada y arrugada frente a la puerta de la Casa Antigua. Sus labios ciertamente habían permanecido cerrados durante los últimos días y ahora se abrieron por primera vez, con una sonrisa.

—¡Ah, ah, bromista, te cansa trabajar como le ocurre a todo el mundo! Eso está bien, si ocurre algo os avisaré rápidamente.

La puerta pesada y opaca se cerró con un crujido. Inmediatamente mi corazón se abrió de par en par y dolorosamente. Sus labios eran míos, bebí, bebí, luego me aparté y miré en silencio sus inmensos ojos. Otra vez...

En la oscuridad de la habitación se podía distinguir una túnica de colores cambiantes, azul, azafrán, verde oscuro, la sonrisa dorada de Buda, la gran cama de caoba, el brillo de los espejos. Comprendí el sueño que había tenido: todo estaba empapado de una savia rosa dorada que iba a desbordarse y salpicarnos...

Había llegado el momento, la abracé, sometiéndome a la ley precisa e inmutable, la que suelda el hierro al imán. Ya no había billete rosa, ya no había cálculos, ya no había un Estado, y yo tampoco existía. Sólo había dientes apretados y tiernamente puntiagudos, ojos muy abiertos que me miraban y a través de los cuales yo penetraba profundamente, cada vez más profundamente. El silencio sólo era roto por las gotas de agua que parecían caer en el fregadero desde kilómetros de distancia. Yo era el universo entero. Siglos, eras, pasaron entre cada gota...

Después de ponerme el *unifo*, me incliné sobre ella para mirarla y absorberla una última vez.

—Lo sabía, yo te reconocí —dijo muy suavemente.

Se pasó la mano por la cara, hizo un gesto como para deshacerse de algo, se levantó rápidamente, se puso el *unifo* y retomó su mordaz sonrisa habitual.

—Bueno, ángel caído, ¿acabas de perderte? No, no tengas miedo. Vamos, adiós. Regresarás tú solo.

Abrió la puerta del armario de luna y, mirándome en el espejo, esperó. Obedecí y salí. Apenas había cruzado el umbral cuando sentí la necesidad de sentir su espalda contra la mía, sólo su espalda, aunque sólo fuese un segundo.

Corrí a la habitación donde se suponía que ella debía estar abotonándose el *unifo* frente al espejo, entré y me detuve. Vi el llavero colgando del armario, pero ya no estaba. Pero no pudo salir porque no había otra salida; y aún así, ella no estaba allí. Busqué por todas partes e incluso abrí el armario para palpar los coloridos vestidos de antaño. No había nadie...

Es muy embarazoso para mí, lectores planetarios, contarles acerca de este evento absolutamente increíble. Pero ¿qué puedo hacer, si todo ocurrió exactamente así? ¿No ha estado este día entero lleno de hechos increíbles, similares a los de la antigua enfermedad del sueño? Siendo así, un absurdo más o menos no supone ninguna diferencia. Además, estoy seguro de que tarde o temprano conseguiré encerrar toda esta aventura en un silogismo. Esto me tranquiliza y espero que a vosotros también os tranquilice.

¡Ya he tenido suficiente! ¡Si supieseis lo harto que estoy!

## NOTA 14
## “Mío”. Es imposible. Suelo de madera frío.

Sólo pienso en lo que pasó ayer. Estuve ocupado durante toda la Hora Personal antes de la noche y no pude escribir nada. Pero todo está como grabado en mí, especialmente, no sé por qué, este suelo de madera insoportablemente frío...

Por la tarde O tenía que venir a verme, era su día. Bajé a pedirle un permiso para las cortinas a la número del control.

—¿Qué te ocurre? —me preguntó—. Se te ve...

—Sí, yo... estoy enfermo.

En el fondo era cierto, definitivamente estaba enfermo. Todo esto, no era más que una enfermedad. Me acordé del certificado y metí la mano en el bolsillo. Estaba allí, crujiendo bajo mis dedos. Así que, todo, en efecto...

Entregué el papel a la número del control y sentí que me ardían las mejillas. Sin levantar la vista, la vi mirándome con asombro.

Eran las 21:30. En la habitación de la izquierda, las cortinas estaban corridas. En el de la derecha vi al vecino inclinado sobre un libro. Tiene calvas en la cabeza y su frente es una enorme parábola amarilla. Caminé de un lado a otro, torturado por el pensamiento de qué iba a hacer con O después de todo lo que había sucedido. A la derecha sentí unas miradas dirigidas hacia mí; vi claramente arrugas en una frente, hileras de líneas amarillas, indescifrables. No sé por qué, pero me pareció que estas líneas me preocupaban.

A las diez menos cuarto, un alegre torbellino entró en mi habitación, y pronto sentí alrededor de mi cuello el sólido anillo de dos brazos rosados. Luego el abrazo se fue aflojando y finalmente cesó por completo: los brazos cayeron hacia atrás.

—Ya no eres como antes, ya no eres mío.

—Esa es una palabra bárbara: “mío”. Nunca he estado...

Tropecé, se me ocurrió que antes no había estado, era cierto, pero ahora... ahora ya no vivía en nuestro mundo razonable, sino en un mundo antiguo y morboso, en el mundo de la raíz de menos uno.

Las cortinas se cerraron. Al lado derecho de la pared, el vecino dejó caer su libro al suelo y vi, a través del estrecho hueco entre la cortina y el suelo, una mano amarilla recogió el libro. Quería aferrarme a esa mano con todas mis fuerzas...

—Pensé en encontrarte hoy durante el paseo. Tengo tanto que contarte...

Querida O, estaba muy pálida. Su boca rosada formaba una media luna con las puntas hacia abajo... No podía contarle todo lo que había sucedido, aunque solo fuera para evitar convertirla en cómplice de mis crímenes. Sabía, sin embargo, que no tendría fuerzas para ir al consultorio médico. Pero no fue nada, ya pasaría. No valía la pena hablar de ello. Olvidemos todo eso y lo demás.

O estaba acostada. La besé lentamente y besé el ingenuo pliegue de su muñeca. Sus ojos azules estaban cerrados y la media luna rosa volvía a florecer lentamente. La besé por todas partes.

De repente me sentí vacío e impotente. No pude, fue imposible. Mis labios se congelaron...

La media luna rosa tembló, se ennegreció y se retorció. O se echó encima la colcha y se envolvió en ella, con la cara en la almohada...

Me senté en el suelo, al lado de la cama. ¡Qué suelo tan frío! No dije nada. Un frío doloroso subió cada vez más alto. Probablemente sea el mismo frío silencioso que reina allí arriba, en los espacios interplanetarios azules y mudos.

—Verás, no quise… —murmuré—. Con todas mis fuerzas he intentado...

Era la verdad, mi verdadero yo se negaba. Pero siempre era lo mismo ¿cómo decírselo? ¿Cómo podría explicarle que ahora el hierro rechazaba esa ley inevitable del imán?

Levantó la cabeza de la almohada y dijo, sin abrir los ojos:

—¡Vete, vete!

Por sus lágrimas sólo escuché “e-e-e-e”. Este insignificante detalle se hundió en mi memoria.

Estremecido de frío, salí al pasillo y apreté mi frente contra el frío cristal. Al otro lado se adivinaba un vapor apenas perceptible que descendería durante la noche y lo inundaría todo.

O pasó a mi lado en silencio, dirigiéndose hacia el ascensor; cerró la puerta de golpe.

—¡Espera! —grité. Tenía miedo.

Pero el zumbido del ascensor ya se perdía hacia abajo...

I me había hecho perder a R, acababa de hacerme perder a O, pero a pesar de todo...

## NOTA 15
## La campana. El mar como un espejo. Debo arder para siempre.

Apenas había llegado a la dársena donde se estaba construyendo el *Integral* cuando el Segundo Constructor vino a verme. Su rostro era como siempre: redondo, blanco, de barro, como un plato; Cuando habla, parece que te está presentando algo delicioso en su cara.

—Ayer, cuando estuviste enfermo, se produjo un incidente.

—¿Qué pasó?

—Ya habíamos terminado, había sonado el timbre, cuando uno de nosotros, al salir, descubrió a un individuo sin número. No sé cómo pudo entrar. Lo llevaron al Operatorio. Allí le harán decir cómo y por qué vino aquí.

Tenía una sonrisa encantadora...

En el Operatorio trabajan nuestros mejores y más experimentados médicos, bajo la dirección del propio Benefactor. Utilizan diversos instrumentos y en particular la famosa Campana Neumática. En realidad, es la aplicación de un experimento de la vieja escuela. Colocamos un ratón debajo de una campana de cristal y enrarecemos el aire de la campana mediante una bomba... Ya sabéis el resto. Sin embargo, nuestra campana neumática es obviamente mucho más sofisticada: se utilizan diferentes gases. Ya no se trata de un juego con un animal pequeño e indefenso. Nuestro objetivo es más noble: es la protección del Estado Único, es decir, la felicidad de millones de seres. Hace cinco siglos, cuando los trabajos en el Operatorio apenas arrancaban, hubo necios que los compararon con la antigua Inquisición; pero es tan absurdo como poner al mismo nivel al cirujano que realiza la traqueotomía y al salteador de caminos. Tal vez ambos tienen el mismo cuchillo, con el que realizan la misma operación: abren una garganta. Sin embargo, el primero es un benefactor, el otro un criminal, uno está marcado con un signo más, el otro con un signo menos...

Todo esto es muy claro, se entiende en un segundo, con un solo movimiento de nuestra máquina lógica… Pero de pronto las ruedas dentadas tropezaron con un pequeño valor negativo: recordé cómo se balanceaba el llavero en la puerta del armario, cuya puerta, obviamente, acababa de cerrarse de golpe, e I ya no estaba en la habitación; había desaparecido. Esto no podía asimilarlo la máquina. No era un sueño, pues aún sentía ese dolor leve en el hombro derecho, en el que I se había apoyado en la niebla: “¿Te gusta la niebla?” me había preguntado. “Sí, me gusta la niebla... Me gusta todo y todo está bien.”

—Está bien —repetí en voz alta.

—¿Está todo bien? —los ojos de loza del Segundo Constructor se abrieron de par en par—. ¿Qué tiene de bueno? Si este individuo sin número ha podido colarse aquí, debe haber otros muchos iguales en todas partes, alrededor del *Integral*; están aquí...

—Pero ¿quiénes?

—¿Quién sabe? Pero los presiento, ¿sabes? Todo el tiempo!

—¿Has oído hablar de una nueva operación que sirve para suprimir la imaginación? —había oído hablar de esto unos días antes.

—Sí, ¿y qué tiene que ver?

—Bueno, si yo fuera tú, iría y me haría esa operación.

Algo ácido, como un limón, apareció en el plato. La más remota alusión a su imaginación problemática parecía un insulto para este pobre chico... Por otra parte, hace una semana yo me

habría ofendido igual. Ahora, no, porque sé que la tengo: estoy enfermo. Es una enfermedad extraordinaria, porque no quiero curarme. La enfermedad no significa nada para mí, eso es todo.

Accedimos al *Integral* por la escalera de vidrio...

Los lectores de estas notas, quienes quiera que sean, conocen el sol: si alguna vez han estado enfermos como yo lo estuve entonces, saben lo que es el sol de la mañana, lo que puede ser. Viste este oro rosa, transparente y cálido. El aire en sí es ligeramente rosado y está empapado de sangre solar. Todo está vivo, las piedras están vivas y blandas, el hierro está vivo y caliente. La gente está llena de vida y sonrisas. Puede ser que en una hora todo desaparezca y fluya la sangre rosada, pero mientras tanto todo vive.

Algo parecía vibrar en los flancos de vidrio del *Integral*. Lo adivino meditando sobre su grandioso y terrible futuro, sobre la pesada carga de felicidad inevitable que os llevará allá arriba, a vosotros, desconocidos, a vosotros que buscáis eternamente sin encontrar nada. Estáis próximos a descubrir que pronto seréis inevitablemente felices.

El fuselaje del *Integral* está casi terminado. Es un elegante elipsoide, fundido en nuestro cristal, en este cristal eterno como el oro y flexible como el acero. Están acabando de soldar sus travesaños transversales, y de instalar el depósito para su gigantesco propulsor. Cada tres segundos, la poderosa cola del *Integral* lanzará llamas y gases al inmenso espacio y la nave se sumergirá en los espacios planetarios, un Tamerlán del fuego de la felicidad.

Abajo la gente giraba, se inclinaba y se levantaba al mismo tiempo, con gestos rápidos y rítmicos, de acuerdo con el sistema de Taylor. Parecían los pistones de alguna enorme máquina. En sus manos parpadeaban tubos que disparaban llamas azules. Utilizando fuego, cortaron y soldaron los bloques de vidrio. Sobre raíles de cristal se movían lentamente monstruos de cristal transparente: eran grúas que como si fuesen hombres giraban sumisamente, se agachaban y volcaban sus cargas en las entrañas del *Integral*. Todas estas cosas eran una sola: las máquinas perfectas, parecidas a hombres, y los hombres perfectos, parecidos a máquinas. Era una belleza vibrante, una armonía, una música... Rápidamente bajé hacia ellos.

Permanecí en medio de ellos, hombro con hombro, soldado a ellos, atrapado por su ritmo de acero... Vi sus movimientos mesurados, sus mejillas púrpuras y redondas, sus frentes puras de todo pensamiento, como espejos. Nadé en este mar como un espejo, descansé...

Uno de ellos se giró, con mucha calma, y me dijo:

—Entonces, ¿te sientes mejor hoy?

—¿Por qué mejor?

—No te vimos ayer y pensamos que tenías algo grave... —Su frente brillaba, al igual que su sonrisa infantil e inocente.

La sangre me subió a la cara. No pude mentir ante esos ojos y me quedé en silencio, ahogándome...

Una cara de loza, toda blanca y brillante, apareció por una abertura.

—¡Oye, D-503! ¿Puedes venir? Hay un marco que...

Sin esperar a que acabase, subí corriendo las escaleras y me fui vergonzosamente. No tuve fuerzas para levantar la vista, aunque me deslumbraban los escalones brillantes. Pensé con desesperación que, como criminal, éste ya no era mi lugar. Ya no pude adoptar este ritmo mecánico. Ya no podía nadar en ese mar en calma como un espejo. Sólo tuve que arder para siempre, luchar, buscar un pequeño rincón donde ocultar mis ojos, hasta que...

En algún momento, una chispa helada me atravesará. Por mí no me importa, pero será necesario que ella, que ella también...

Salí a la cubierta a través de una escotilla y me detuve. Ya no sabía a dónde debía ir ni por qué. Levanté la cabeza, el sol cansado arrojaba humo turbio. El *Integral* yacía a mis pies, gris como

el cristal, sin vida. La sangre rosada había desaparecido. Comprendí que todo esto era imaginación, que todo era como antes y, al mismo tiempo, comprendí...

—Entonces, D-503, ¿te has quedado sordo? Te llamo y no me escuchas ¿qué pasa?

Era el Segundo Constructor gritándome al oído. Debió haber estado haciéndolo durante mucho tiempo.

¿Qué me ocurría? Había perdido la dirección. El motor rugía a toda velocidad, el aeroplano vibraba y aceleraba, pero yo había perdido el control y no sabía hacia dónde íbamos: hacia abajo, para luego estrellarnos contra el suelo, o hacia arriba, hacia el sol, hacia el fuego...

## NOTA 16
## Amarillo. La sombra bidimensional. Un alma incurable.

Llevo varios días sin escribir nada, no sé exactamente cuántos: todos los días son iguales. Siempre del mismo color: amarillos, como arena seca y recalentada en la que no crece nada: ni una mota de sombra, ni una gota de agua.

No puedo olvidarme de I, y desde el día en que desapareció misteriosamente en la vieja casa, sólo la he visto una vez, paseando, hace quizá dos, tres o cuatro días, no lo sé. Pasó como un rayo, llenando el mundo vacío y amarillo por un segundo. Vi con ella al tipo con forma de S que le daba el brazo, al médico de papel, y a un cuarto personaje del que sólo recuerdo sus dedos. Eran extremadamente delgados, blancos, largos y brotaban de las mangas de su uniforme como un haz de rayos. I levantó el brazo y me hizo un gesto; luego se inclinó sobre la cabeza de S hacia el hombre de los dedos blancos. Escuché la palabra *Integral*, los cuatro se giraron hacia mí y luego desaparecieron en el mar gris azulado, y el camino se volvió amarillo y seco nuevamente.

Esta noche tenía un billete rosa. Me paré frente al marcador y le rogué con ternura y odio que me avisara y me mostrara los números I-330 en su marco blanco. Salí al pasillo con cada zumbido del ascensor. Todas las cortinas de alrededor estaban bajadas, pero la mía no.

Ella no vino.

...Y quizá ahora mismo, a las 22 horas, como el otro día, con los ojos cerrados, apoya el hombro en alguien y, como el otro día, pregunta: “¿Te gusta?” ¿Quién será? ¿El hombre de los dedos finos, o R, el de los labios grandes que salpican, o S?...

¿Por qué he estado oyendo detrás de mí todos estos días sus pasos chapoteando, como si estuvieran caminando sobre charcos? ¿Por qué me siguieron como una sombra alargada? Está delante de mí, detrás de mí, a mis costados, esta sombra bidimensional de color gris azulado. Pasamos sobre ella, caminamos sobre ella, y siempre está ahí, cerca de mí, inevitable, unida por un hilo invisible. ¿Quizás yo sea ese enlace? A menos que los Guardianes ya lo sepan...

Si te dijeran que tu padre te ve todo el tiempo ¿lo entenderías? Experimentarías sensaciones extrañas: tus brazos te parecerían extraños, te molestarían. A menudo me encuentro balanceándolos de una manera absurda, sin seguir el ritmo de las piernas. O quiero darme la vuelta y no puedo, siento el cuello congelado. Empiezo a correr con todas mis fuerzas y siento detrás de mi espalda una sombra que corre más rápido que yo. No puedo escapar de él.

En casa, en mi habitación, por fin estoy solo. Pero hay algo más: el teléfono. Descuelgo el auricular: “¡Sí, número I-330, por favor!” Y, una vez más, oigo un ruido débil, pasos en el pasillo, frente a la puerta de su dormitorio, luego silencio... Tiro el auricular, no puedo soportarlo más... “Voy a verla.”

Eso es lo que hice ayer. Corrí hasta allí y durante una hora, de cuatro a cinco, caminé alrededor de la casa donde ella vive. Los números pasaban en filas frente a mí, escuché sus miles de pasos, y me sonaban como un leviatán de mil pies que caminara como un pato. Me sentí solo, arrojado por la tormenta a una isla deshabitada, y seguí buscando con mis ojos fijos en las olas oscuras.

Va a salir de algún sitio... Voy a ver el ángulo agudo y burlón de sus cejas, alzadas hacia las sienes, así como las ventanas oscuras de sus ojos, tras las que humea una chimenea y pasan sombras... Voy a presentarme ante ella y le diré como tal cosa: “Debes saberlo, no puedo vivir de ti...”

De pronto se hizo el silencio. Atendí a la música ambiental y comprendí: eran más de las cinco, todos se habían ido y sólo quedaba yo: me había retrasado. A mi alrededor, un desierto de cristal teñido por un sol amarillo. Vi reflejadas en la superficie del cristal paredes brillantes, que parecían suspendidas con los pies en el aire, yo mismo estaba suspendido, boca abajo, ridículo.

“Debo ir inmediatamente, ahora mismo, al consultorio médico... Pero quizás sea mejor quedarme aquí, esperar tranquilamente a que venga alguien, a que me lleven al Operatorio y terminar todo de una vez.”

Oí un ligero ruido y vi la sombra dos veces retorcida. Sentí, sin verlos, dos punzones azules de acero hundiéndose en mí. Sonrío con mis últimas fuerzas y digo, por decir algo:

—Necesito ir al consultorio médico.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Me quedé en silencio, cubierto de vergüenza, sintiéndome cabeza abajo, colgando de mis pies.

—Sígueme —dijo con severidad.

Obedezco, balanceando mis inútiles brazos extraños. No podía mirar hacia arriba y caminaba constantemente en un mundo extraño e invertido. Las máquinas tenían la espalda en el aire, la gente estaba pegada al techo por los pies y abajo, el cielo estaba pavimentado con el grueso cristal de la calzada. Recuerdo que pensé que lo más angustioso fue tener que mirarlo todo al revés por última vez. Pero no pude levantar la vista.

Nos detuvimos. Había que subir unos escalones.

“Un paso más y veré las siluetas de los médicos con batas blancas, la inmensa Campana…”

Con gran dificultad, como si tirarán de mí con un gancho, logré por fin apartar la vista del suelo, y las letras doradas “Médico” saltaron hacia mí. Por qué me había traído aquí y no al Operatorio, por qué me habían perdonado, ni siquiera lo pensé. Salté los escalones, cerré la puerta de golpe tras de mí y me tranquilicé. Me parecía que no había respirado desde la mañana, que mi corazón no había palpitado una sola vez.

Había dos médicos, uno bajito, de piernas retorcidas y mirada hosca, y el otro muy delgado, con labios afilados y una nariz como una cuchilla... Definitivamente era él.

Corrí hacia él como a un pariente, directo a la punta de su nariz, y le conté sobre mi insomnio, mis sueños, las sombras, el mar amarillo. Sus labios afilados brillaron y sonrieron...

—Esto no va bien. Se te ha formado un alma.

¿Un alma? ¡Qué palabra tan extraña y olvidada hace tanto tiempo!

—¿Es... muy serio? —tartamudeé.

—Incurable —dijo cortante.

—Pero ¿qué es un alma? Realmente no me doy cuenta...

—¿Cómo te lo explico?... ¿Eres matemático?

—Sí.

—Supongamos una superficie plana, este espejo por ejemplo. Parpadeamos para evitar que el sol se refleje en nuestros ojos. También puedes ver en él la luz de un tubo eléctrico. Mira, la sombra de un aeroplano acaba de pasar sobre su superficie. Todo esto permanece sólo un segundo en el espejo. Supongamos ahora que el fuego ablanda esta superficie impenetrable y que las cosas ya no se deslizan, sino que quedan profundamente incrustadas en este espejo, detrás del cual, siendo niños, tantas veces buscamos con curiosidad ver qué podía haber oculto. Esta superficie habría generado un volumen, un cuerpo, un mundo. Tenemos dentro de nosotros un espejo en el que se deslizan el sol, el torbellino del aeroplano, tus labios temblorosos y los labios de otra... Este espejo frío refleja, devuelve, mientras el tuyo, ahora, guarda registro de todo y para siempre. Un día viste

una leve arruga en la cara de alguien: todavía la tienes en ti; oíste en algún lugar una gota de agua cayendo en el silencio, la oyes de nuevo ahora...

—Sí, es eso exactamente —dije, agarrándole la mano—. En el silencio oí las gotas de agua cayendo lentamente del grifo sobre el lavabo y supe que sería para siempre. ¿Pero por qué de repente tengo alma? No la tenía y luego, de pronto... ¿Por qué nadie la tiene, y yo...?

Apreté con más fuerza su delgada mano, temeroso de perder ese salvavidas.

—¿Por qué? ¿Y por qué no tenemos plumas ni alas, sólo omóplatos, que servirían de soporte a las alas? Porque ya no las necesitamos; tenemos la aerodinámica, y las alas sólo serían una molestia. Las alas son para volar, pero ya no necesitamos volar; hemos alcanzado la meta. ¿No es cierto?

Asentí confundido. Me miró y soltó una risa metálica. El otro, con piernas retorcidas, lo oyó y vino pesadamente desde su despacho. Sus ojos fulgurantes nos atravesaron al otro médico y a mí.

—¿Qué ocurre? ¿Que tiene un alma? ¿Un alma, dices? Si esto continúa así, acabaremos con una epidemia. Te lo había dicho —exclamó—. Te dije que deberíamos erradicar la imaginación a todo el mundo sin excepción. Sólo la cirugía puede ayudar en estos casos...

Se puso unas lentes de rayos X enormes, dio vueltas a mi alrededor durante un largo rato y examinó con cuidado mi cerebro a través de los huesos de mi cráneo, mientras tomaba notas en un cuaderno.

—Es sumamente curioso. Oye —me miró fijamente a los ojos—, ¿no consentirías en que te operaran? Sería beneficioso para el Estado Único y nos permitiría prevenir una epidemia. Si no tienes ninguna razón especial...

Es probable que en el pasado hubiera dicho: “Sí, estoy listo” sin dudarlo, pero esta vez me quedé callado. Dirigí una mirada suplicante al delgado perfil del otro médico, que le contestó:

—La cuestión es que el número D-503 es el constructor del *Integral*, y estoy seguro de que eso sería un problema...

—¡Vaya! —dijo el otro, y se volvió a su despacho.

Nos quedamos solos. Su mano de papel descansaba suavemente sobre la mía, su perfil se inclinaba hacia mí y dijo en voz baja:

—Te cuento un secreto: esto no sólo te ocurre a ti. Mi colega no se equivoca al hablar de una epidemia. Recuerda, ¿no has notado algo parecido en alguien más?

Me miró con insistencia. ¿A quién se refiere? ¿A quien?

—Escucha... —me levanté de mi silla.

Pero empezó a hablar de otra cosa, con una voz profunda y metálica:

—Para el insomnio y los sueños, te aconsejo esto: camina lo máximo posible. Empieza mañana y da un paseo a primera hora de la mañana... por ejemplo, a la Casa Antigua.

Me atravesó de nuevo con su mirada, sonriendo muy sutilmente. Creí ver claramente, envuelto en el fino forro de esa sonrisa, un mensaje, un nombre... A menos que fuera mi imaginación. Esperé a que me diera el justificante de baja por enfermedad para hoy y mañana, apreté sus dedos con fuerza sin decir palabra y salí corriendo.

Mi corazón se aligera, y veloz como un aeroplano, me lleva a las alturas. Sé que mañana… me espera una gran dicha. Pero, ¿cuál?

## NOTA 17
## A través del Muro Verde. He muerto. El corredor.

Estoy totalmente perplejo. Ayer, justo cuando creía haber descifrado todas las X, y todo parecía haber concluido, surgieron unas incógnitas nuevas en mi ecuación.

El origen de las coordenadas de toda esta historia es sin duda la Casa Antigua. Este es el punto desde donde parten los ejes X, Y y Z, sobre los que, desde hace algún tiempo, se construye todo mi mundo.

Caminé a lo largo del eje X, marcado por el bulevar 59, hacia el origen de las coordenadas. Lo ocurrido el día anterior se arremolinaba en mi interior como un torbellino multicolor: las casas y las personas volcadas, mis manos que ya no parecían mías, las cuchillas relucientes, las gotas cayendo en el lavabo con un ruido agudo. Todo esto se arremolinaba dolorosamente bajo la suave superficie donde yace el “alma”.

Para cumplir con las prescripciones del médico, elegí deliberadamente un camino que no seguía la hipotenusa, sino los dos catetos del ángulo recto. Había llegado al segundo lado: un camino en forma de arco que discurría a lo largo del Muro Verde. Desde el océano infinito que se extendía más allá del Muro, una ola salvaje, hecha de raíces, flores y ramas, se elevó hacia mí; temí que se desplomara y me aplastara, y entonces el mecanismo preciso que soy se transformaría en...

Afortunadamente, entre el océano verde y salvaje y yo, estaba el Muro. ¡Cuán grande es la sabiduría divina de los muros y de los obstáculos! Éste es quizás el mayor de todos los descubrimientos. El hombre sólo dejó de ser animal el día que construyó el primer muro. Sólo dejamos de ser salvajes cuando construimos el Muro Verde, y gracias a él nuestras máquinas, nuestro mundo perfecto, quedó aislado y protegido del mundo irracional e informe de los árboles, los pájaros, los animales...

A través de la pared de cristal, un estúpido animal me miraba con expresión aburrida. Sus ojos amarillos repetían insistentemente algo incomprensible. Nos miramos durante largo rato, con los ojos encontrados, esos conductos que llevan de un mundo superficial a otro, interior. Un pensamiento cruzó mi mente: ¿Y si esta bestia de ojos amarillos, en su inmundo y absurdo amontonamiento de hojas, en su indeterminada vida, fuera más feliz que nosotros?

Agité la mano, los ojos amarillos parpadearon, retrocedieron y desaparecieron entre el follaje.

Pobre animal, ¿no es absurdo pensar que podría ser más feliz que nosotros? Puede que sea más feliz que yo, sí, pero yo soy una excepción, estoy enfermo.

Desde lejos vi las paredes de color rojo oscuro de la Casa Antigua y la boca amable de la guardesa. Corrí hacia ella.

—¿Está ella ahí?

La boca se abrió lentamente.

—¿A quién te refieres?

—¿A quién? Pues a I, naturalmente... Vinimos el otro día en aeroplano...

—Ah, sí, ya recuerdo.

Los rayos en torno a su boca y los que fulguraban, astutos, alrededor de sus ojos amarillos me perforaron...

—Pues sí, está aquí. Llegó hace poco.

Noté, a los pies de la anciana, un arbusto plateado de ajenjo amargo. (El patio de la Casa Antigua es también un museo, cuidadosamente conservado en su aspecto histórico.) Esta planta parecía extender una de sus ramas hacia la anciana, que la acarició con la mano. El sol dibujaba trazos dorados en su delantal. En un instante, yo, el sol, la anciana, el ajenjo, los ojos amarillos, todo nos convertimos en uno. Estábamos fuertemente unidos por no sé qué arterias en las que fluía la misma sangre impetuosa y soberbia...

Ahora me avergüenza decir lo siguiente, pero he decidido ser franco hasta el final. Allí estaba: me incliné y besé la boca suave y musgosa. La anciana se limpió riendo...

Corrí por las habitaciones familiares y resonantes, me sumergí en la penumbra, para ir, no sé por qué, al dormitorio; Mientras ponía mi mano en el pomo de la puerta, de repente pensé: ¿Y si no está sola? Me detuve a escuchar, pero solo oí mi corazón latiendo en algún lugar a mi alrededor, no dentro de mí.

Entré. La cama ancha estaba intacta. Allí estaba todavía el mismo armario de luna y, en la cerradura, la llave con su antiguo aro. No había nadie en la habitación.

Llamé en voz baja:

—I, ¿estás ahí? —y suavizando aun más la voz, conteniendo la respiración, como si ya estuviera de rodillas ante ella—: ¡Eres tan hermosa!

Silencio absoluto. Sólo el agua fluía, apresurada, en el blanco lavabo. Ese ruido me resultó desagradable y cerré con fuerza el grifo antes de salir.

Ella no estaba allí, eso estaba claro, por lo tanto debía estar en otra habitación.

Bajé por la escalera ancha y oscura, intenté abrir una puerta, una segunda, una tercera, pero todo estaba cerrado, excepto la puerta de *nuestro apartamento*, donde no había nadie...

A pesar de todo di la vuelta, sin saber por qué, despacio. El calzado me parecía de plomo. Recuerdo claramente que pensé: “Es un error creer que la fuerza de atracción es constante. Por lo tanto, todas mis fórmulas...”

Un ruido repentino: abajo, una puerta se cerró de golpe y alguien caminó rápidamente sobre las losas. Volví a ser ligero, extremadamente ligero. Me arrojé contra la barandilla, me incliné y expresé todos mis sentimientos en un solo grito:

—¿Eres tú?

Me quedé en silencio: abajo, claramente recortada en el cuadrado de la ventana, apareció la cabeza de S, con las orejas desplegadas.

En un instante comprendí la única verdad que se imponía, desnuda, sin razonamientos superfluos: por nada del mundo debía encontrarme S aquí.

De puntillas y apoyándome contra la pared, subí sigilosamente las escaleras hasta la única habitación abierta.

Me detuve ante la puerta un momento. S subía pesadamente, acercándose. ¡Ojalá no haga ruido la puerta! Lo intenté, pero era de madera: crujió y chirrió.

Entré y vi el torbellino verde, rojo y amarillo del Buda, y me situé frente al armario de luna, en la que vislumbré mi rostro pálido, mis ojos preocupados, mis labios...

S pasó junto al Buda verde y amarillo y llegó a la puerta del dormitorio...

Así la llave que se balanceaba en su aro. Algo indefinido se impuso dentro de mí, incompleto, sin premisas; era tan sólo el fragmento de una conclusión: “El otro día, yo...” Abrí rápidamente el armario, me deslicé dentro, en la oscuridad, y cerré la puerta tras de mí. Di un paso y el suelo cedió bajo mis pies, y descendió lentamente, como sin fuerzas... mis ojos se oscurecieron y morí.

Más tarde, cuando tuve que describir todos estos extraños sucesos, busqué en mi memoria, busqué en libros y comprendí: estaba entonces en un estado de muerte temporal, bien conocido por

los antiguos que lo llamaban *desmayo*, y hasta donde sé, completamente desconocido entre nosotros.

No sé cuánto tiempo estuve muerto, probablemente entre cinco y diez segundos como máximo. Cuando me reanimé abrí los ojos y sentí que descendía cada vez más, sumido en la oscuridad. Extendí la mano para agarrarme a algo y me raspé contra las ásperas paredes entre las que descendía. Mis dedos sangraban: estaba claro que todo esto no era un mero producto de mi enfermiza imaginación, pero ¿qué era?

Podía oír mi respiración entrecortada y temblorosa. Pasó un minuto, luego dos, tres: seguía bajando. Finalmente sentí un choque: el suelo que había estado cediendo bajo mis pies ahora se había detenido. A tientas en la oscuridad, encontré un pomo: lo giré y una puerta se abrió, revelando una luz turbia. Tras de mí vi una pequeña plataforma cuadrada que se elevaba rápidamente. Quise volver, pero ya era demasiado tarde. Me quedé aislado, ¿dónde? No lo sabía.

Penetré en un corredor en el que reinaba un silencio pesado. Bajo las bóvedas parpadeaba y centelleaba una pequeña lámpara. Este corredor me recordaba a los túneles de nuestros ferrocarriles subterráneos, pero era mucho más estrecho, y no estaba hecho de cristal sino de materiales arcaicos. Recordaba a los pasajes subterráneos por donde, al parecer, la gente escapaba durante la Guerra de los Doscientos Años...

Caminé, creo, unos veinte minutos. Después de girar a la derecha, el pasillo se hizo más ancho y las lámparas más brillantes. Escuché un zumbido turbio; tenían que producirlo o máquinas funcionando o gentes conversando. Llegué a una pesada puerta opaca.

Golpeé una vez, luego otra más fuerte. Los ruidos detrás de la puerta se pararon, algo se cerró de golpe y la puerta se abrió lentamente...

El médico muy delgado con la nariz afilada estaba frente a mí. No sé quién quedó más sorprendido.

—¿Tú? ¿Aquí? —sus facciones expresaban asombro y temor.

Yo había olvidado todas las palabras humanas, y permanecí en silencio, con los ojos muy abiertos; no entendía en absoluto lo que me decía. Probablemente quería que me fuera porque rápidamente me empujó, con sus manos parecidas al papel, hasta el final del iluminado corredor.

—Permíteme... Quería... Pensé que ella, I-330... —conseguí finalmente articular.

—Quédese aquí —dijo el médico y desapareció.

Así que, finalmente, ella estaba allí, muy cerca. No me importaba que pudiera ser este lugar. Recordé su usual seda azafrán, su sonrisa mordaz, sus ojos con las cortinas bajadas... Mis labios, mis manos, mis rodillas, todo yo temblaba. Se me ocurrió una idea estúpida: “Las vibraciones son sonido. Este temblor debe ser sonoro, ¿por qué no lo oímos?”

I llegó, con los ojos abiertos de par en par; me sumergí en ellos...

—No pude aguantar más. ¿Dónde has estado? ¿Por qué desapareciste?

No aparté la mirada ni un segundo y hablé como en un delirio, atropellado, sin orden; quizá sólo estaba pensando.

—Una sombra estaba detrás de mí... Caí muerto en el armario... El médico de papel me dijo que tenía un alma incurable, debo caminar...

—¿Un alma incurable? ¡Mi pobre amigo!

Me roció con su risa: todo mi delirio me abandonó. Su risa explotaba por todas partes. ¡Qué bien estaba!

El médico salió por un rincón.

—¿Y bien? —se detuvo a su lado.

—No pasa nada. Te lo cuento luego. Casualmente... Diles que vuelvo en quince minutos.

Ella aguardó hasta que el médico se marchó. La puerta se cerró de golpe. Entonces, lentamente, muy lentamente, sentí que perforaba mi corazón con una aguja afilada y suave. I se apoyó contra mí y nos fusionamos en un solo ser...

No recuerdo a dónde fuimos en la oscuridad. Subimos unas escaleras interminables, en silencio. No la veía, pero sabía que ella caminaba conmigo, como yo, con los ojos cerrados, la cabeza inclinada y los labios apretados. Escuché la música de mi temblor imperceptible.

Me encontré en uno de los incontables rincones del patio de la Casa Antigua. Había una cerca de tierra. Pudimos ver los límites desnudos y los dientes amarillentos de un muro desmoronado. I abrió los ojos y me dijo:

—Pasado mañana, a las dieciséis —y se fue.

¿Realmente ocurrió todo esto? No lo sé. Lo averiguaré pasado mañana. Sólo tengo una prueba física: tengo arrancada la piel de las puntas de tres dedos de mi mano derecha; pero esta mañana, en el *Integral*, el Segundo Constructor me aseguró que me había visto tocar la piedra de afilar con esos mismos dedos. Al fin y al cabo es posible, es muy probable, pero no sé nada, absolutamente nada.

## NOTA 18
## Lógica en ruinas. Heridas y esparadrapo. Nunca más.

Ayer, apenas me acosté, caí en un sueño profundo, como un barco sobrecargado que se hunde. Me encontré en una masa de agua verde y gris que se movía en silencio. Poco a poco volví desde el fondo a la superficie y abrí los ojos en algún lugar, en medio del abismo. Estaba en mi habitación: la mañana todavía era verde y tranquila. Un reflejo de luz procedente del espejo del armario golpeó mis ojos, y me iba a impedir el cumplimiento estricto del horario establecido por las Reglas. Lo mejor sería abrir el armario, pero estoy como atrapado en una telaraña, y tengo los ojos llenos de hebras; no tengo fuerzas para levantarme...

A pesar de todo, me levanté, abrí la puerta y vi, emergiendo de un montón de ropa, ¡a la mismísima I, enteramente rosada! Estoy tan acostumbrado a lo improbable que, si recuerdo bien, no me sorprendí en absoluto y no pregunté nada. Rápidamente entré en el armario, cerrando de golpe la puerta tras de mí, y, ciego y jadeante, me uní ansiosamente a ella. Todavía puedo ver, porque a través de una grieta en la puerta, un penetrante rayo de sol irrumpe en el suelo del armario. Aquella cruel y brillante hoja cayó sobre el cuello desnudo y vuelto hacia arriba de I... Esta visión fue tan horrible que no pude evitar gritar y... Abrí los ojos una vez más.

Yo estaba en mi habitación, la mañana todavía era verde y tranquila. Un rayo de sol se reflejaba en el armario. Estaba en mi cama. Todo había sido un sueño. Mi corazón latía con violencia; me duelen los dedos y las rodillas. Así que, realmente había sucedido todo, no había ninguna duda al respecto. Ya no podía distinguir entre el sueño y la realidad. Cantidades irracionales pasaban a través del espacio tridimensional sólido, y en lugar de superficies lisas y duras, sólo había formas retorcidas y peludas a mi alrededor.

Todavía tenía tiempo antes de que sonara el timbre. Me quedé allí acostado y una cadena de lógica extremadamente rara se desarrolló en mi mente.

En nuestro mundo superficial, cada ecuación corresponde a una curva o a un sólido. Nunca hemos visto un cuerpo que corresponda a fórmulas irracionales, por ejemplo, a mi raíz de menos uno. Pero lo terrible es que realmente existen, aunque invisibles. Deben existir porque en matemáticas sus fantásticas y torcidas sombras pasan ante nosotros como en una pantalla: las matemáticas y la muerte nunca se equivocan ni bromean. Y si en nuestro mundo no las vemos, seguramente hay un vasto mundo para ellas en algún lugar, al otro lado.

Me levanté, sin aguardar al timbre, y comencé dar vueltas por la habitación. Mis matemáticas, que hasta entonces habían sido como una isla firme e inquebrantable en mi agitada vida, también se estaban desintegrando, derivando, arremolinándose.

¿Qué significa esta absurda “alma”, tan real como mi *unifo* o mis zapatos, aunque no los pueda ver, guardados como están en el armario? Si los zapatos no son una enfermedad, ¿por qué el “alma” sí lo es?

Estaba buscando una solución a estos argumentos absurdos y lógicos a la vez, pero no pude encontrarla. Eran tierras bárbaras, tan desconocidas y terribles como las que se extienden más allá del Muro Verde, y pobladas como ellas por criaturas extraordinarias, que hablaban sin palabras. Creí ver, a través de un cristal grueso, esta raíz de menos uno, infinitamente grande y a la vez infinitamente pequeña, con forma de escorpión, con su signo menos, una picadura oculta que siempre sentí... Quizás era simplemente mi “alma”, similar al legendario escorpión de los antiguos, que se picó voluntariamente...

Sonó el timbre, era de día. Todos mis pensamientos, sin morir ni desaparecer, quedaron ocultos por la luz del día, del mismo modo que los objetos visibles, sin morir, quedan ocultos por la oscuridad de la noche. Una ligera niebla parpadeaba en mi cabeza. A través de esta niebla vislumbré largas mesas de cristal alrededor de las cuales cabezas esféricas masticaban en silencio y al mismo tiempo. A lo lejos, a través de la niebla, sonaba un metrónomo. Empecé a contar mecánicamente hasta quince, con los demás. Eran los quince movimientos de masticación reglamentarios para cada bocado. Luego, mecánicamente, marcando el ritmo, todos bajamos y yo escribí mi nombre en el libro de salidas, como los demás. A pesar de todo, me sentía como si llevara una vida aparte, sola, protegida por un blando muro que absorbía el ruido y detrás del cual estaba mi mundo...

Pero si este mundo es especial para mí ¿por qué hablo de él en estas notas? ¿Qué hacen aquí estos “sueños” absurdos, estos armarios, estos pasillos interminables? Difícilmente me veo escribiendo, al mismo tiempo que un poema regular y severo en alabanza del Estado Único, alguna novela fantástica o algo por el estilo. ¡Ojalá fuese realmente sólo una novela y no mi vida actual, llena de caídas y de raíces de menos uno!

Y quizás todo es para bien. Es probable que vosotros, lectores desconocidos, seáis niños ante nosotros. Fuimos criados por el Estado Único, por lo que hemos alcanzado las más altas alturas que el hombre puede alcanzar. Y, como niños, tragaréis toda la amargura que os ofrezco, si está cuidadosamente recubierta con el espeso jarabe de la aventura...

*Por la tarde.*

Probablemente conozcas la sensación que se tiene al ascender a toda velocidad en un aeroplano como en una espiral azul y con las ventanas abiertas; el viento silba en tu cara, ya no ves la tierra, que olvidas y que parece tan lejana como Saturno, Júpiter o Venus. Ahora siento un torbellino similar. Me olvido de la tierra, así como de la encantadora y rosada O. Pero la tierra no deja de existir, y tarde o temprano tendré que aterrizar. Temo el día en que esté escrito su nombre en mi Tabla de Sexo: O-90...

Esta noche la tierra distante me lo recordó.

Como sinceramente deseo curarme, sigo estrictamente las instrucciones del médico. Estuve vagando durante dos horas y ocho minutos por los bulevares, entonces desiertos. De acuerdo con las Reglas, todos estaban en el auditorio, sólo yo, separado de los demás, permanecía en soledad... Era, en verdad, un espectáculo antinatural: imaginen un dedo separado de la mano, del todo, que corría a pequeños saltos, doblado en dos, por una acera de cristal. Este dedo soy yo. Lo más extraño, lo más antinatural, es que este dedo no quiere en absoluto estar en la mano, con los demás, quiere estar, o solo, o... No tengo nada más que ocultar: o con ella, con la otra, vaciarme enteramente en ella a través de nuestros brazos entrelazados...

Regresé a casa cuando el sol se puso. La ceniza rosada de la tarde caía sobre los vidrios de las paredes, sobre la punta dorada de la Torre del Acumulador, sobre las voces y las sonrisas de los números que se encuentran. ¿No es extraño que los rayos del sol poniente nos lleguen con el mismo ángulo que los del sol naciente y que sin embargo todo parezca completamente diferente? El tono rosado de la tarde es muy tranquilo, aunque un poco amargo, y el de la mañana es sonoro y brillante.

Abajo, en el vestíbulo, la controladora U cogió una carta de una pila de sobres cubiertos de ceniza rosada y me la entregó. Ya lo dije en otra ocasión, U es una mujer respetable y estoy seguro de que tiene los mejores sentimientos hacia mí. Pero, a pesar de todo, cada vez que veo sus mejillas caídas, como branquias de pez...

Mientras me entregaba esta carta con su mano huesuda, suspiró. Este suspiro apenas movió la cortina que me separaba del mundo. Me quedé completamente absorto en la carta que temblaba en mis manos y que, no tenía ninguna duda, era de I.

Suspiró por segunda vez, tan deliberadamente subrayado que levanté la vista y vi una tierna sonrisa, turbia y acariciadora, cruzar sus branquias y aparecer a través de las persianas modestamente cerradas de sus ojos.

—¡Pobre amigo! —Dejó escapar un suspiro triplemente subrayado y señaló la carta con un gesto apenas perceptible. Era evidente que conocía el contenido, como exigía su deber.

—Y eso... ¿por qué?

—¡Vaya! Te conozco mejor que tú mismo. Te he estado observando durante mucho tiempo y veo claramente que necesitas a alguien contigo que haya estudiado la vida extensamente...

Me sentí completamente acariciada por su sonrisa.

Fue un apósito para las heridas que esta carta estaba a punto de abrir en mí. Finalmente, a través de las castas persianas, declaró en voz muy baja:

—Lo pensaré, amigo, lo pensaré. No te preocupes, si me siento con fuerzas...

¡Gran Benefactor! ¿Estoy condenado? ¿Se refiere a eso...?

Mis ojos quedaron cegados por miles de sinusoides, la carta saltó en mis manos. Me acerqué a la luz. El sol se ponía y caía por todas partes, sobre mí, sobre el suelo, sobre mis manos, sobre la carta, como una triste ceniza rosa oscura, cada vez más espesa.

Abrí el sobre y busqué la firma. Inmediatamente se abrió una herida; La letra no era de I, sino de O. Otra herida: en la parte inferior de la hoja, en una esquina derecha, había una mancha sucia, el rastro de una... No soporto las manchas. Ya sean manchas de tinta o... es lo mismo. Sé que en el pasado esto habría sido simplemente desagradable a la vista. Era sólo una pequeña mancha gris, como una nube, y todo a su alrededor se volvió azul plomizo. A menos que fuera mi "alma". Por cierto, aquí está esta carta:

*Sabes, o quizás no lo sabes, no puedo expresarlo bien, pero no importa, sabes que sin ti no tendré un solo día, una sola mañana, ni una sola primavera. R es sólo... además, a ti no te importa. En cualquier caso, le estoy muy agradecido: sin él, no sé qué habría sido de mí en estos últimos días, los cuales me han parecido diez o veinte años. Me figuro que mi habitación no es cuadrada, sino redonda, y estoy dando vueltas constantemente en ella, todo es siempre igual, y no hay salida a ninguna parte.*

*No puedo estar sin ti, porque te amo, y no debería vivir contigo, porque te amo. Veo y comprendo bien que nadie en el mundo te interesa excepto ella, la otra, y, por tanto comprendes que si te amo debería...*

*Intentaré recomponerme en dos o tres días, para que renazca algo parecido a la antigua O-90, aunque sea remotamente, y entonces iré a verte. Te diré yo misma que anularé el billete con tu nombre, y eso te hará sentir más ligero, te sentirás mejor. Esta será la última vez. Adiós.*

"Esta será la última vez", pensé, sí, seguro que será mejor, tiene razón. Pero entonces ¿por qué...?

# NOTA 19
## Un infinitesimal de tercer orden.
## Bajo la frente. Sobre el parapeto.

El otro día, en aquel extraño corredor de lámparas turbias... o mejor dicho, más tarde, cuando estábamos en un rincón apartado del viejo patio, me dijo: “pasado mañana”. Y ese “día después de mañana” ha llegado y se marcha, alado. Nuestro *Integral* también tiene alas ahora. La instalación del motor está completa y lo probamos hoy en el banco de pruebas. ¡Qué salvas tan poderosas y grandiosas! Cada una resonó en mis oídos en honor a ella, la única, en honor al día de hoy.

En el momento de la primera explosión se hallaban unos diez números curiosos bajo el escape del motor. No quedó nada de ellos, solo pequeños fragmentos y un poco de ceniza. Con orgullo dejo constancia aquí que el ritmo de nuestro trabajo no se detuvo ni un segundo, nadie se inmutó y nosotros y nuestros tornos continuamos nuestros movimientos rectilíneos y curvilíneos con la misma precisión como si nada hubiera pasado. ¿Y qué pasó realmente? Diez números son apenas una cien millonésima parte de la masa del Estado Único, prácticamente un infinitesimal de tercer orden. Sólo los antiguos conocían, fruto de una profunda ignorancia de la aritmética, la piedad que hoy nos parece ridícula.

Ahora me parece ridículo haber soñado ayer (y lo he registré en estas notas) con una miserable manchita, una mancha. Otra vez este “reblandecimiento de la superficie” que debería ser dura como el diamante, como nuestras paredes.

Son las cuatro en punto. No fui al paseo complementario, porque I podría venir enseguida, cuando todo resplandece con el sol...

Estoy casi solo en casa. Veo a través de las paredes de cristal, a lo lejos, a la derecha, a la izquierda y abajo, las habitaciones desiertas suspendidas en el vacío y reflejándose unas en otras como espejos. Una fina sombra gris se eleva por la escalera azulada, apenas resaltada por el sol. Oigo pasos, miro a través de la puerta y veo en una cara el esbozo de una sonrisa; pero los pasos prosiguen, y luego los oigo alejarse...

El marcador me avisa. Corro hacia su estrecho marco blanco y veo un número desconocido, masculino ya que comenzaba con una consonante. El ascensor zumba y se detiene. Delante de mí veo una frente inclinada sobre los ojos, como la visera de una gorra... Causa una impresión extraña, parece que habla desde ahí, desde debajo de la frente.

—Una carta de ella para ti —dice con el ceño fruncido—. Quiere que hagas todo como dice la carta.

Vigila a su alrededor, desde debajo de su frente, desde debajo de la cortina.

—Ahora no hay nadie. ¡Date prisa!

Me pone la carta en la mano y se va sin decir nada más.

Del sobre sale un billete rosado, es su billete, con su olor apenas perceptible. ¡Ella va a venir!

Junto a la nota rosa hay un pequeño trozo de papel con tres líneas: “Adjunto mi billete... Cierra las cortinas, como si estuviera en tu casa... Necesito que lo crea la gente... Lo lamento mucho.”

Rompo el papel y tomo el billete para hacerle lo mismo. Pero, “quiere que hagas todo como dice la carta.”

Mis manos se debilitan y se caen. La nota rosa permanece sobre la mesa. Ella es más fuerte que yo, mucho más fuerte, y haré lo que ella quiera. Además, no sé, ya veremos, tenemos tiempo hasta esta noche... La nota rosa permanece en la mesa.

Veo mis cejas torcidas y rotas en el espejo.

Hoy necesitaría un certificado médico Me gustaría caminar, caminar sin parar, rodear el Muro Verde, luego desplomarme en la cama... En cambio, tengo que ir al Auditorio 13, apretarme fuertemente y permanecer allí dos horas, sin moverme, cuando lo que necesito es gritar, patalear.

...Voy a la conferencia. Es muy extraño que no sea una voz metálica la que sale del altavoz, como es habitual, sino una voz suave y melodiosa. Es una mujer, me la imaginaba como una ancianita encorvada, como la de la Casa Antigua.

La Casa Antigua... Todo se eleva de repente, como un surtidor recién abierto, y tengo que aferrarme a mi asiento con todas mis fuerzas, para no escandalizar a todo el auditorio con mis gritos. Palabras suaves y espumosas fluyen a través de mí, y todo lo que recuerdo es que se hablaba del cuidado infantil. Soy como una placa fotográfica: registro todo con una precisión insana e involuntaria: un reflejo de luz en el altavoz, que semeja una culebra de oro.

Debajo hay un niño destinado a servir de ejemplo vivo de la charla; extiende la mano y se mete en la boca un trozo de su diminuto *unifo*. Su puño se cierra sobre el pulgar; ese pliegue de la muñeca que tienen todos los niños se destaca con una sombra tenue.

De pronto su pie descalzo sale de la mesa, y se tambalea en el aire... Va a caer al suelo...

Oigo el grito de una mujer y la veo correr para asir al niño, besar el pliegue hinchado de su muñeca, y depositarlo en el centro de la mesa. Luego baja de la plataforma. La medialuna rosada de su boca, las puntas de la parte inferior y sus ojos, como platos llenos, están fijos en mí. Es O. Como si leyera una fórmula matemática, de repente comprendo la necesidad y regularidad de este insignificante incidente.

Ella se sienta un poco detrás de mí y a mi izquierda. Me doy la vuelta, ella aparta la mirada de la mesa donde está el niño para mirarme a mí. Ella, yo y la mesa en la plataforma formábamos tres puntos por donde pasaban tres líneas: proyecciones de acontecimientos inevitables y aún desconocidos.

Regreso a casa por calles henchidas de una oscuridad verde, a las que las luces parecen proporcionar ojos. Oigo un extraño tictac, como un reloj, en mi interior. Mi saeta interior cruzará un número, haré lo ordenado, y la gente pensará que I está en mi casa. Y la necesito, ¿qué puedo hacer para que ella me necesite? No quiero ser la cortina de otro número, no quiero y ya está.

Oigo detrás de mí el paso familiar, con sus pasos chapoteando como en los charcos. No tengo que volverme, sé que es S. Vendrá hasta mi puerta y luego, seguramente, se quedará en la acera y luego sus ojos se fijarán allí arriba, hacia mi habitación, hasta que mis cortinas caigan para ocultar el crimen de alguien...

En mi habitación, enciendo el interruptor y no puedo creer lo que veo: O está junto a mi mesa. Semeja una percha vacía. Parece que bajo su vestido ya no hay un solo resorte: sus brazos, sus piernas, su cabello están sin nervios.

—Vine por mi carta. ¿La recibiste? ¿Sí? Quiero saber ahora tu respuesta.

Me encojo de hombros. La miro fijamente a sus ojos azules, como si ella tuviera la culpa, y tardo en responder. Entonces empujo cada una de mis palabras hacia ella con cierta satisfacción:

—¿La respuesta? Sí... Tienes razón, no se puede negar... Toda la razón, del todo.

—Entonces... —su imperceptible temblor se oculta tras una sonrisa—. Bueno... está bien, me voy enseguida.

Con la mirada baja, piernas y brazos flácidos, permanece junto a la mesa, en la que reposa el billete rosa de la otra. La oculto rápidamente con mi manuscrito, aunque más a mis ojos que a los de O.

—Ya ves, estoy escribiendo siempre que puedo, ya voy por la página 73. Es algo completamente diferente a lo que tenía planeado...

Una voz, o más bien la sombra de una voz, me interrumpe:

—¿Te acuerdas que un día, en la página 7, lloré y tú…

Los ojos azules se desbordan, y silenciosas, rápidas gotas se deslizan por las mejillas; luego las palabras se desbordan también, rápidas:

—No puedo más, me voy ahora mismo... No volveré nunca. Sólo quiero un hijo tuyo, un hijo, y me iré...

La veo temblando bajo el *unifo* y pienso: “Yo también...” Cruzo las manos tras la espalda y digo sonriendo:

—¿Qué dices? ¿Quieres subir a la Máquina del Benefactor?

Y su respuesta cae sobre mí como un arroyo que ha roto su presa:

—Me da igual. Por lo menos lo sentiré en mi interior, y lo veré aunque sólo sea por unos días; me gustaría besar, aunque sea una sola vez, la pequeña arruga que tendrá en las muñecas, como ese niño en la mesa hace un rato. ¡Me basta con tenerlo un solo día!

Eso establece tres puntos: ella, yo y, sobre la mesa, un diminuto puño cerrado con un pliegue en la muñeca...

Recuerdo que una vez, cuando éramos niños, nos llevaron a la Torre del Acumulador. Al llegar a la plataforma superior, me incliné sobre el parapeto de cristal. La gente allí abajo era como puntos. Mi corazón latía con fuerza: “¿Qué pasaría si…?” Me aferré al parapeto aún más fuerte.

Ahora voy a saltar.

—Entonces ¿qué quieres? Sabes muy bien que...

Con los ojos cerrados, como mirando directamente al sol, y dirigiéndome una sonrisa húmeda, contesta con firmeza:

—Sí, sí, lo quiero.

Agarro la nota rosa de debajo del manuscrito, la de la otra, y corro a la número controladora. Lo coge y dice algo que no puedo oír.

Cuando un instante después vuelvo a casa, la encuentro sentada en el borde de la cama, con las manos entrelazadas entre las rodillas.

—¿Es... es ese su billete?

—Da igual. Pero sí, es el suyo.

Algo se rompe. Mejor dicho, O hace un gesto y un resorte cruje en la cama. Permanece sentada en silencio, con las manos entre las rodillas.

—¿Entonces? ¡Rápido...!

Le cojo la mano con fuerza y aparecen manchas rojas (mañana serán azules) en su muñeca, donde los niños tienen su pliegue.

Es la última vez; giro el interruptor y mis pensamientos se apagan... La oscuridad se cierra sobre nosotros, atravesada por una chispa: he cruzado el parapeto...

## NOTA 20
## Descarga. La materia de una idea. La Roca Cero.

El término más apropiado es “descarga”. Ahora veo que fue exactamente como una descarga eléctrica. El pulso de los últimos días se había vuelto más entrecortado, más frecuente y más tenso; Los postes se acercaban cada vez más, podía oír su crujido seco. Un milímetro más y se oyó una explosión, luego hubo silencio.

Todo está ahora muy tranquilo dentro de mí. Me siento vacío como una casa abandonada. Nos quedamos solos, enfermos, y oímos claramente el choque metálico de las ideas.

Quizás esta “descarga” me curó de ese alma dolorida y me hizo volver a ser como todos somos. Al menos puedo ver mentalmente, sin ningún tipo de sufrimiento, a O en las escaleras del Cubo, debajo de la Campana Neumática. Y si allí, en el Operativo, menciona mi nombre, tanto peor: en el último momento besaré religiosa y agradecida la mano justa del Benefactor. Respecto del Estado Único, tengo derecho a sufrir castigo. No renunciaré a este derecho. Ninguno de nosotros puede ni se atreve a renunciar a este derecho único y por tanto muy preciado.

Mis pensamientos se entrechocan suavemente, con un sonido metálico. Una nave desconocida me transporta a las regiones azules de mis queridas abstracciones. Todas mis meditaciones sobre el “único derecho”, en ese aire puro y enrarecido, explotan como un globo de goma, con un ligero estallido. Me doy cuenta de que esto es sólo un viejo recuerdo del prejuicio absurdo de los antiguos y sus ideas sobre lo que es “correcto”.

Hay ideas de barro, deleznables e ideas eternas, fundidas en oro o en nuestro precioso cristal. Para determinar la sustancia de una idea, basta someterla a un ácido muy fuerte. Los antiguos, al parecer, conocían uno de estos ácidos: la *reductio ad absurdum*, pero lo temían y preferían ver cualquier cielo, un cielo de arcilla, antes que la nada azul. Gracias al Benefactor, hemos superado esa etapa y ya no necesitamos juguetes.

Tratemos la idea de “derecho” con ácido. Los más sabios de los antiguos ya sabían que la fuerza es la fuente de la ley y que la ley sólo es una función de la fuerza. Supongamos dos platillos; en uno hay un gramo y en el otro una tonelada, yo estoy en uno, y los demás, es decir, “Nosotros”, el Estado Único, estamos en el otro. ¿No es obvio que es lo mismo pensar que tengo ciertos “derechos” sobre el Estado, a creer que el gramo puede contrarrestar a la tonelada? De ahí una distinción natural: la tonelada es el derecho, el gramo el deber. La única manera de pasar de la nada a la grandeza es olvidar que eres un gramo y sentirte como una millonésima parte de una tonelada...

Oigo vuestras protestas en mi silencio azul, habitantes purpúreos de Venus, habitantes de Urano, tiznados como los metalúrgicos. Recordad que todo lo grande es simple. Sólo las cuatro reglas de la aritmética son inquebrantables y eternas. Sólo la moral basada en las cuatro reglas es inquebrantable y eterna. Es la sabiduría suprema, la cima de esta pirámide a la que los hombres, rojos de sudor, jadeantes y resoplando, suben desde hace siglos. Desde esta altura, todo lo que pulula en el fondo, todo lo que nos queda de la barbarie de los antiguos, presenta la misma grandeza: la maternidad criminal de O, el asesinato, o incluso la locura de aquel loco que se atrevió a escribir versos contra el Estado Único. Para ellos, la sentencia es la misma: la muerte. Éste es el juicio divino con el que soñaban los hombres de las casas de piedra, iluminados por los rayos rosados e ingenuos del alba de la historia: su “Dios” castigaba del mismo modo el sacrilegio contra la Santa Iglesia y el asesinato.

Vosotros, los uranianos, severos y tiznados como aquellos antiguos españoles que tan bien sabían quemar a los herejes, guardáis silencio. Creo que estáis de acuerdo conmigo. Pero escucho a

las venusinas rosas hablar de tortura, de castigo, de regreso a tiempos bárbaros. Pobres amigas mías, me dais pena, no sois capaces de razonar filosófica y matemáticamente.

La historia de la humanidad avanza en espiral, como un aeroplano. Sus circunferencias pueden ser de oro o de sangre, pero siempre se componen de 360°. Desde cero contamos 10°, 20°, 200°, 360° y luego cero nuevamente. Ciertamente hemos vuelto al cero, pero para una mente que razona matemáticamente, este cero es completamente diferente del anterior. Empezamos desde cero hacia la derecha y volvimos a cero desde la izquierda, por lo que en lugar de estar en cero positivo, estamos en cero negativo. ¿Lo entendéis?

Este cero se me aparece como una roca inmensa y silenciosa, firme y afilada como un cuchillo. Abandonamos el lado oscuro de la Roca Cero y, como Cristóbal Colón, navegamos en una oscuridad salvaje durante siglos conteniendo la respiración. Damos la vuelta al mundo y finalmente: "¡Hurra! ¡Todos a los mástiles!" Nos encontramos ante un Dios hasta entonces desconocido, aureolado por el resplandor polar del Estado Único, ante una masa azul de arcoíris, soles, miles de soles, miles de millones de arcoíris...

¿Qué importa que estemos separados del lado tenebroso de la Roca Cero por el grosor de un cuchillo? El cuchillo es el invento más sólido, más inmortal, más ingenioso que ha hecho el hombre. El cuchillo sirve como guillotina, es el medio universal para cortar todos los nudos. El camino de las paradojas sigue su filo, es el único camino digno de una mente intrépida…

## NOTA 21
## El deber de un autor. El hielo se dilata. El amor más difícil.

Ayer fue su día y todavía no ha venido. I me envió una segunda carta incomprensible, sin explicar nada. Pero estoy tranquilo del todo. Si voy a actuar como me pide en su carta, si llevo su billete rosa a la número de control, y luego regreso y bajo las cortinas de mi habitación, obviamente no es porque no tenga la fuerza de voluntad suficiente para ir contra sus deseos. Suena extraño pero no lo es. Es muy sencillo: por un lado, aislado gracias las cortinas de todas las sonrisas que podrían curar mis heridas, puedo escribir estas líneas con calma. Por otra parte, sin I temo perder la única clave de todos los misterios: el del armario, el de mi inconsciencia momentánea, etc. Siento que tengo el deber de sacarlos a la luz, aunque sólo sea como autor de estas notas, por no hablar de que la ignorancia es la mayor enemiga de la naturaleza humana. El *Homo sapiens* sólo se convierte en humano, en el pleno sentido de la palabra, cuando en su gramática ya no hay signos de interrogación, sino sólo de exclamación, comas y puntos.

Impulsado, me parece, por mi deber de autor, tomé el aeroplano a las dieciséis y me dirigí hacia la Casa Antigua. Tenía un fuerte viento en contra y mi nave avanzaba con dificultad a través de la espesura del aire cuyos vórtices transparentes silbaban y aullaban. La ciudad parecía una masa de hielo azul. De repente, una nube veloz, una sombra oblicua, vino a teñir el hielo de un azul plomizo; se hinchó como la primavera. Algo así como cuando tu corazón late aguardando en la orilla del río helado a que todo se agriete, se agite, se arremoline y sea arrastrado; pero el hielo permanece inmóvil y es tu corazón el que es arrastrado, cada vez más rápido... Además, ¿por qué escribo todo esto y de dónde vienen estas extrañas impresiones? Sin embargo, no hay ningún deshielo que pueda romper el cristal puro y sólido de nuestra vida.

No había nadie en el umbral de la Casa Antigua. Caminé y encontré a la guardesa cerca del Muro Verde. Se protegió los ojos con las manos y miró hacia arriba. Al otro lado del Muro se deslizaban los triángulos negros y puntiagudos de unos cuantos pájaros. Se precipitaban con un graznido contra el Muro, se golpeaban el pecho contra la sólida defensa de las ondas eléctricas y huían para luego regresar.

Vi la mirada vivaz de la anciana posarse sobre mí. Las sombras cruzaron su rostro, oscurecido por las arrugas.

—Aquí no hay nadie, absolutamente nadie. No hace falta que entres.

¿Cómo que no es necesario? ¿Y qué es esta manera de considerarme como la sombra de alguien? ¿Será que vosotros mismos sois sólo mis sombras? ¿No he poblado yo con vosotros estos países que hace un momento no eran más que blancos desiertos cuadrangulares? Sin mí, ¿aquellos a quienes guío por los estrechos caminos de mis líneas os habrían conocido alguna vez?

Por supuesto, no le cuento todo esto a la anciana. Sé por experiencia personal que es extremadamente cruel insinuar en alguien dudas sobre su realidad, como ser tridimensional. Simplemente le contesté secamente que su trabajo era abrir la puerta y ella me dejó entrar.

La casa estaba vacía y silenciosa. El viento soplaba desde lejos, tras las paredes, como el día que subimos desde los corredores, hombro con hombro, los dos como uno solo, si es que realmente así ocurrió. Seguí los arcos de piedra, mis pasos resonaban bajo las bóvedas húmedas y se quedaban atrás, dándome la impresión de que alguien caminaba sobre mis talones. Las paredes amarillas, salpicadas de manchas rojas, me observaban a través de los ojos oscuros y cuadrados de sus ventanas. Observaban cómo abría la puerta chirriante del cobertizo, y cómo examinaba cada uno de los rincones y callejones sin salida.

Advertí una pequeña puerta en la empalizada que daba a un campo de ruinas, el recuerdo de la gran Guerra de los Doscientos Años: arcos de piedra desnuda que emergían del suelo, las mandíbulas amarillas de paredes quemadas por el sol, una antigua caldera con un tubo vertical que la hacía parecer un barco petrificado entre olas de ladrillos y tejas amarillas y rojas.

Estas mandíbulas amarillas desencajadas me recordaban algo, como si estuviesen en el fondo del mar; comencé a buscar. Caí en hoyos, tropecé con piedras; espinas y punzones oxidados se enganchaban en mi *unifo,* y gotas de sudor se deslizaban hasta mis ojos.

No pude encontrar por ningún lado la abertura por donde habíamos salido de los corredores el otro día. No había ninguna. Quizás fue lo mejor, demostró que todo sólo había existido en mis absurdos sueños.

Cansado, cubierto de polvo, sintiéndome atrapado en una especie de telaraña, abrí la portezuela para regresar al patio principal. Entonces oí el sonido de pasos chasqueando detrás de mí, me giré y vi frente a mí las alas rosas y la sonrisa de S.

Parpadeó, me miró y preguntó:

—¿Vas a dar un paseo?

Me quedé callado, no sabía qué hacer con los brazos.

—Entonces, ¿te sientes mejor ahora? —continuó.

—Sí, gracias. Parece que estoy volviendo a la normalidad.

Se apartó un poco y miró hacia arriba. Tenía la cabeza echada hacia atrás y noté por primera vez su nuez de Adán, que parecía el resorte de un sofá sobresaliendo de la tapicería.

Los aviones descendieron a cincuenta metros del suelo. Los reconocimos como pertenecientes a los Guardianes, por su vuelo lento y bajo y sus dispositivos colgantes de observación. No eran dos o tres, como era habitual, sino diez o doce; por desgracia, tengo que contentarme con una cifra aproximada.

—¿Por qué hay tantos hoy? —me atreví a preguntar.

El resorte de sofá volvió a su lugar y sus ojos se hundieron nuevamente en los míos:

—¿Por qué? ¡Mmm! Un buen médico empieza a tratar a un hombre que aún está sano, mucho antes de que enferme, no el día siguiente, ni el otro, ni una semana después. A esto se le llama profilaxis.

Me saludó y se alejó sobre las losas del patio; luego se giró y me dijo por encima del hombro:

—¡Cuídate!

Estaba solo una vez más. Todo estaba tranquilo y vacío. A lo lejos, más allá del Muro Verde, los pájaros y el viento se arremolinaban. ¿Qué quiso decir con eso?

Mi aeroplano se deslizaba rápidamente por el viento. Vi las sombras ligeras de las nubes; abajo, cúpulas azules, cristales de hielo, adquirían el color del plomo...

*Por la tarde.*

Había abierto mi manuscrito para escribir en sus páginas algunas observaciones fundamentales sobre el gran Día de la Unanimidad, que ya se acercaba. Me di cuenta de que no podía escribir en ese momento. Escuché el viento golpear las paredes de cristal con sus alas oscuras, miré a mi alrededor, esperé. ¿El qué? No lo sabía. Cuando las branquias de color marrón rosado de U aparecieron en mi habitación, me alegré mucho, lo admito. Se sentó, tapándose las rodillas con su falda, y me bañó con una sonrisa que saneaba mis heridas. Me resultó agradable, me sentí tan protegido como un niño entre sus mantillas.

—Sabes, llegué esta mañana temprano a mi aula —trabaja en el Instituto de Cuidado Infantil — y vi una caricatura en la pared. Me habían representado con forma de pez. A lo mejor...

—No, ¿qué me estás diciendo?

Me apresuré a tranquilizarla. De cerca, no tiene nada que recuerde a un pez y fue completamente inapropiado el que me refiriera a sus branquias.

—De todos modos no me importa —continuó—, aunque sí el propio acto en sí. Naturalmente, llamé a los Guardianes. Amo mucho a los niños y creo que el amor más grande y difícil es la severidad, ¿comprendes?

Claro que sí. Esto coincidía tanto con lo que yo pensaba que no pude evitar leerle un pasaje de la nota 20, que comienza: "Mis pensamientos se entrechocan suavemente, con un sonido metálico."

Vi, sin mirarlas, como sus mejillas de color rosadas se hinchaban y se acercaban cada vez más a mí. Sentí sus dedos secos, duros y hasta un poco espinosos en mis manos.

—Dámelo, dámelo. Lo registraré en discos y haré que los niños se lo aprendan de memoria. Los habitantes de Venus no lo necesitan tanto como nosotros: ahora, mañana, el día siguiente...

Luego miró a su alrededor y me dijo en voz baja:

—¿Has oído las noticias? Dicen que el Día de la Unanimidad...

Salté:

—¿Qué pasa con el Día de la Unanimidad?

Las paredes de mi habitación ya no me contenían. Me sentí arrojado al exterior, donde el viento desatado azotaba los tejados y las nubes oscuras e amenazadoras flotaban cada vez más abajo...

Me agarró firmemente por los hombros y noté que, mientras razonaba conmigo, sus dedos temblaban.

—Siéntate, querido, no te preocupes. No deberías creer todo lo que se oye. Y luego, si quieres, estaré contigo ese día. Dejaré a los niños con otra persona y me quedaré contigo. Tú también eres un niño y necesitas...

—No, no —protesté—, por nada del mundo. Terminarás tomándome por un niño y creyendo que, solo... Por nada del mundo —reconozco que ya había hecho mis planes para este día.

Ella sonrió: el significado de esa sonrisa era obviamente éste: "¡Ah, qué chiquillo más testarudo!" Volvió a sentarse y bajó la mirada. Su mano comenzó a arreglar castamente de nuevo los pliegues de su *unifo*.

—Creo que tengo que decidir... por tu bien... No, por favor, no me insistas, todavía tengo que pensarlo.

No la presioné, aunque comprendí que me sentiría halagado, pues no hay mayor honor que coronar el otoño de la vida de una mujer.

...Toda la noche oí el batir de alas, de las que me protegí escondiendo la cabeza entre mis manos. También vi una silla, no como las nuestras, sino un modelo antiguo y de madera. Esta silla avanzaba moviendo simultáneamente dos patas opuestas hacia adelante, como un caballo; luego se subió a mi cama. Me gustan las sillas de madera porque son incómodas y duelen.

Es extraordinario que no se pueda encontrar ninguna manera de curar estas pesadillas enfermizas, o hacerlas razonables e incluso útiles.

## NOTA 22
## Las olas congeladas. Todo está mejorando. Soy un microbio.

Imagínate que estás en la orilla del mar: las olas suben y bajan con un ritmo determinado. De repente, después de ponerte de pie, las ves congelarse y permanecer erguidas. Pues bien, sentí una emoción semejante cuando nuestro paseo, establecido por las Reglas, se vio interrumpido y paralizado. Nuestros libros de historia relatan que un acontecimiento similar ocurrió hace ciento diecinueve años, cuando un meteorito cayó del cielo en medio de la multitud, con un fuerte silbido y mucho humo.

Caminábamos como de costumbre, es decir, siguiendo la forma en que se representan las ondas en los monumentos asirios: mil cabezas sobre dos mil pies completamente sincrónicos y dos mil manos soldadas en un balanceo idéntico, cuando vimos al final del bulevar, en el lugar donde zumba la Torre del Acumulador, un cuadrilátero que venía hacia nosotros. A cada lado marchaban guardias y, en el medio, tres hombres en cuyos uniformes ya no brillaban los números dorados del Estado. Estaba perfectamente claro.

La inmensa esfera de la torre, con forma de cara, se asomaba entre las nubes y aguardaba indiferente, escupiendo los segundos. Eran exactamente las 13:06 cuando se produjo un movimiento en el cuadrángulo. Todo esto ocurrió muy cerca de mí y pude ver los más mínimos detalles. Recuerdo muy bien a un hombre de cuello delgado y largo, y en las sienes una red de venas azules, semejantes a los ríos de un mundo pequeño y desconocido. Obviamente era un hombre muy joven. Se dio cuenta de que había alguien en nuestras filas, se detuvo, se puso de puntillas y estiró el cuello. Uno de los guardias lo azotó con la chispa azul de un látigo eléctrico; él sólo emitió un quejido ahogado, como los perritos. Los golpes se sucedían entonces cada tres segundos aproximadamente, seguidos de un grito: un golpe seco, un grito; un golpe, un grito.

Reanudamos el camino con paso firme, al estilo asirio, y al ver el elegante zigzag de chispas, pensé: “Todo en la sociedad humana se perfecciona sin cesar, y debe ser perfeccionado. ¡Qué instrumento tan tonto era el viejo látigo, y qué belleza la de éste!”

Entonces mismo, como un rayo que se dispara a toda velocidad, una figura femenina esbelta, flexible y ágil se desprendió de nuestras filas y se precipitó hacia el cuadrado, gritando: “¡Basta, parad de una vez!” Esto produjo un efecto similar al del meteorito de hace ciento diecinueve años: toda la masa se congeló y nuestras filas se convirtieron en las crestas grises de las olas presas del frío.

Por un segundo la consideré, como a los demás, una extraña: ya no era un número sino un individuo, no era más que la materialización de la ofensa que acababa de cometer contra el Estado Único. Un gesto suyo, al inclinarse hacia la izquierda, girando sobre sus caderas, me hizo reconocerla: conocía ese cuerpo flexible como una fusta; mis ojos, mis labios, mis manos lo conocían, estaba absolutamente seguro de ello.

Dos de los guardias intervinieron, sus caminos estaban a punto de cruzarse en un punto de la calzada, estaban a punto de apoderarse de ella... Mi corazón se detuvo y, sin pensar si era posible o no, si era razonable o absurdo, me precipité hacia ese punto.

Sentí miles de ojos, redondos y horrorizados, fijos en mí, pero esto sólo dio más fuerzas a ese salvaje de manos peludas que acababa de escapar de mí con la alegría de la desesperación. Corría cada vez más rápido. Estaba a dos pasos de ella cuando se dio la vuelta...

Un rostro tembloroso, salpicado de pecas, cejas rojas... No era ella, no era I...

Una alegría insensata y punzante se apoderó de mí. Quería gritar algo como: “¡Deténganla!” Pero no lograba emitir ningún sonido. Una mano pesada cayó sobre mi hombro y me llevaron lejos mientras luchaba por explicarles:

—Oíd, tenéis que comprender, pensé que era...

Pero ¿cómo podía explicarles mi caso y toda mi enfermedad tal como está retratada en estas notas? Me detuve y los seguí obedientemente... Una hoja arrancada del árbol por una ráfaga repentina de viento cae sumisa, pero al caer gira, se da vuelta, se aferra a cada rama, a cada bifurcación, a cada nudo. También me aferré a cada una de las cabezas silenciosas y esféricas, al hielo transparente de las paredes, a la aguja azul de la Torre del Acumulador.

Justo cuando la pesada cortina estaba a punto de separarme de todo ese magnífico mundo, vi cerca de mí una enorme cabeza, que se deslizaba sobre el camino de cristal, agitando sus orejas, y reconocí su voz:

—Considero mi deber informar que el número D-503 se encuentra enfermo y no puede controlar sus emociones. Estoy seguro de que se dejó llevar por la indignación natural.

—Sí, sí —respondí—. Incluso grité: “¡Detenedla!”

Alguien replicó tras de mí:

—¡No gritaste nada!

—No, pero quería hacerlo. Juro por el Benefactor que quería...

Los punzones fríos y grises de sus ojos me buscaron por un segundo. No sé si vio que era casi la verdad, o si tenía alguna razón secreta para perdonarme temporalmente, pero escribió unas líneas en un trozo de papel que le entregó a uno de mis guardias. Yo era libre, es decir, volví a la tropa asiria, regular e interminable.

El cuellilargo de las sienes surcadas de las venas azules de los mapas desapareció para siempre tras la esquina. Nuestro cuerpo de mil cabezas reanudó su marcha y en cada uno de nosotros reinaba esa alegría medida que las moléculas, los átomos y los fagocitos sin duda conocen. Esto es lo que los cristianos, nuestros únicos predecesores, aunque muy imperfectos, entendieron en su día. Ellos conocían la grandeza de la iglesia “del único rebaño” y, si sabían que la humildad es una cualidad y el orgullo un vicio, nosotros sabemos que el “Nosotros” viene de Dios y el “Yo” del diablo.

Caminé al paso de los demás, pero, a pesar de todo, separado de los demás. Yo todavía temblaba por mi última emoción, como un puente sobre el cual acaba de pasar un viejo tren de hierro. Era consciente de mí mismo. Pero sólo el ojo en el que acaba de caer una mota de polvo, el dedo lastimado, el diente enfermo, tienen conciencia de sí mismos, sólo ellos reconocen su individualidad. El ojo, el dedo y el diente no existen cuando están sanos. ¿No está claro, en este caso, que la conciencia personal es una enfermedad?

Es posible que ya no sea un fagocito, devorando silenciosamente microbios (microbios con sienes azules y cuellilargos): es posible que sea un microbio, que sea un maravilloso microbio diabólico y tal vez ellos, las miles de personas que nos rodean, todavía imaginan, como yo, que son fagocitos.

¿Qué pasaría si todo lo que ocurrió hoy, en sustancia un pequeño acontecimiento, algo insignificante, fuera el primer meteoro de una serie de aerolitos ardientes y giratorios, arrojados por el infinito sobre nuestro paraíso de cristal?

## NOTA 23
## Las flores. La disolución de un cristal. ¿Si solamente?

Dicen que hay plantas que sólo florecen una vez cada cien años. ¿Por qué no hay ninguna que florezca tan solo una vez cada mil o doscientos mil años? Quizás la hemos ignorado hasta ahora, precisamente porque ese momento único va a ocurrir hoy.

Bajaba las escaleras, feliz y embriagado, con la impresión de que esos brotes milenarios estaban a punto de estallar y florecer; los sillones, los zapatos, las placas doradas, las pequeñas lámparas eléctricas, los ojos oscuros, las barras pulidas de la barandilla, el pañuelo perdido en los escalones, la mesa manchada de tinta de la número de control y, ante la mesa, las mejillas morenas y moteadas de U. Todo era inusualmente nuevo y tierno.

U tomó la nota rosa mientras sobre su cabeza, a través de la pared de cristal, la luna azul y fragante colgaba de una rama invisible. La señalé triunfantemente y dije:

—¿Ves la luna?

Me miró, luego observó el número del talón y, con un movimiento familiar y encantador, acomodó el pliegue de su uniforme entre sus rodillas y me dijo:

—No tienes tu aspecto habitual, se te ve mal, amigo. Te estás arruinando, ¡y nadie te lo dice, nadie!

Ese “nadie” naturalmente se refería al número del billete: I-330. Pareció subrayarlo una mancha de tinta que cayó al lado del número.

¡Querida y admirable U! Tienes toda la razón. No soy normal, estoy enfermo, tengo alma, soy un microbio. ¿Pero acaso florecer no es una enfermedad? ¿No duele que te reviente un grano? ¿No crees que el espermatozoide es el peor de los microbios?

Regresé a mi habitación. ¡I estaba recostada en el sillón! Me senté en el suelo, abracé sus piernas y apoyé mi cabeza en sus rodillas. En el silencio sólo podíamos oír nuestros latidos. Me sentí como si fuera un cristal disolviéndose dentro de ella. Sentí muy claramente como las facetas que me separaban del espacio se derretían, desaparecí en sus rodillas, en ella. Al mismo tiempo yo me iba haciendo cada vez más pequeño, cada vez más grande, cada vez más inmenso. Ella era, no una mujer, sino el universo. Por un segundo, el asiento junto a la cama y yo fuimos uno. La guardiana de la Casa Antigua, con su magnífica sonrisa, los espacios salvajes al otro lado del Muro Verde, las ruinas plateadas que dormían como la anciana, un portazo a lo lejos, todo eso estaba dentro de mí; I escuchó las pulsaciones de mi corazón al mismo tiempo que yo y tomó vuelo durante este segundo divino...

Con palabras absurdas y confusas traté de explicarle que yo era un cristal, que hasta la puerta estaba dentro de mí y que sentía lo feliz que era el sillón. Expresado en palabras, se volvió tan tonto que me detuve, me dio vergüenza:

—Querida mía, perdóname. No entiendo por qué digo tantas tonterías...

—¿Por qué desprecias las tonterías? Si la estupidez humana hubiera sido mimada y protegida durante siglos, del mismo modo que la inteligencia, es posible que se hubiera convertido en una cualidad muy valiosa.

—Sí… —le contesté. Pero... ¿seguro que tenía razón? ¿Cómo podría estar equivocada?

—Te amo mucho más que antes por la estupidez que hiciste ayer durante el paseo.

—¿Pero por qué me torturaste? ¿Por qué no viniste? ¿Por qué me enviaste los billetes rosas? ¿Porque me obligaste...?

—Quizás necesitaba ponerte a prueba. O tal vez necesitaba comprobar que harías cualquier cosa que te pidiera, que ya eras completamente mío.

—¡Sí, completamente!

Tomó mi cabeza entre sus manos y la alzó:

—¿Y tu obligación de actuar honradamente?

Vi su sonrisa y sus dientes blancos, suaves y afilados. Parecía una abeja en el amplio cuenco del sillón: tenía el aguijón y la miel.

Sí, mi tarea... Mentalmente repasé mis últimos apuntes. Básicamente no había ni rastro del deber que tenía...

Me quedé en silencio. Sonreí triunfante (y sin duda, algo tontamente) mientras la miraba a los ojos. Pasé de uno al otro y me vi en cada uno de ellos, diminuto e infinitesimal, encerrado en esos oscuros arcoíris. Y luego, de nuevo, los labios de la abeja, el dulce dolor de la flor...

Hay, en cada uno de nosotros los números, un metrónomo invisible. Sabemos la hora con una precisión de cinco minutos, sin reloj. Me di cuenta que el metrónomo se había detenido dentro de mí, no sabía cuánto tiempo había estado allí. Asustado, agarré mi reloj de debajo de la almohada.

¡Gloria al Benefactor! ¡Todavía me quedaban veinte minutos! Pero eran ridículamente pequeños; ¡Huían mientras yo todavía tenía mucho que contarle sobre mí! También tuve que contarle sobre la carta de O y la terrible noche en que le di un hijo, y luego sobre mi juventud, sobre el matemático Pliapa, sobre la raíz de menos uno, sobre el día en que estuve por primera vez en el festival de la Unanimidad y lloré tan amargamente por una mancha de tinta en mi uniforme.

Alzó la cabeza y la apoyó en el brazo. Dos líneas cortantes corrían desde cada comisura de su boca, formando una cruz con el ángulo de sus cejas levantadas.

—Puede ser que ese día… —sus cejas se oscurecieron, tomó mi mano y la apretó con fuerza —. Dime, ¿no me olvidarás? ¿Me recordarás siempre?

—¿Por qué dices eso? ¿Qué quieres decir? ¡Querida I!

Ella se quedó en silencio y su mirada se volvió distante. De repente oí el viento golpeando las paredes con sus inmensas alas (había estado soplando todo el tiempo, pero no lo oía) y recordé el canto de los pájaros sobre el Muro Verde.

Negué con la cabeza como para librarme de un pensamiento indeseado. Por un segundo, me abrazó de nuevo con todo su cuerpo, como un aeroplano que rebota en el suelo antes de detenerse.

—Vamos, pásame mis medias, rápido.

Sus medias estaban sobre mi mesa, tiradas en la página 93 de mis notas. En mi prisa, hice tambalear el manuscrito y algunas páginas se dispersaron. Nadie podrá ordenarlas, y aunque lo hicieran, ya no sería su verdadero orden. Siempre quedarán no sé qué huecos, qué incógnitas...

—Esto no puede seguir así —le dije—. Estás aquí, a mi lado, y al mismo tiempo pareces estar detrás de uno de esos viejos muros opacos. Siempre pareces estar ocultándome algo. Ni siquiera me dijiste dónde estabas el otro día en la Casa Antigua, ni qué eran esos corredores, ni por qué el doctor... ¿Pero acaso nada de eso existe?

Colocó sus manos sobre mis hombros y lentamente penetró profundamente en mis ojos.

—¿Quieres saber todo esto?

—Sí, lo quiero, lo necesito...

—¿Y no tienes miedo de seguirme a todas partes, hasta el final, dondequiera que te lleve?

—¡Llévame donde quieras!

—Eso está bien, sobre todo viniendo de ti... Cuando termine la fiesta, si tan solo... Por cierto, ¿y tu *Integral*, estará terminado pronto? Siempre me olvido de preguntártelo.

—¿Qué significa ese “si tan solo”? ¿Por qué “si tan solo”?

Ella ya estaba cerca de la puerta:

—Lo verás por ti mismo...

Estaba solo. Un aroma apenas perceptible, como de polen dulce, flotaba en la habitación: era todo lo que quedaba de ella. Además, aún conservaba en mí los pequeños anzuelos de sus preguntas, similares a los que utilizaban los antiguos para ir a pescar y que se encuentran en el Museo Prehistórico.

Pero... ¿por qué me habló del *Integral*?

# NOTA 24
## Los límites de la función. Pascua. Debemos tachar todo.

Parezco una máquina que gira demasiado rápido, los ejes están al rojo vivo, el metal está a punto de derretirse y todo se está yendo al infierno. Deberíamos echarle rápidamente agua fría, algo de lógica. La vierto a borbotones, pero la lógica silba sobre el mecanismo ardiente y se disipa en vapor blanco...

Está claro que para determinar el verdadero valor de la función es necesario fijar sus límites. Está claro también que la absurda “disolución en el universo” de la que hablé ayer, llevada hasta su límite, es la muerte. La muerte será la disolución más completa de mí mismo en el universo. Por lo tanto A = f (M), es decir que el amor es una función de la muerte...

Sí, eso es, eso es. Por eso tengo miedo de I, y me resisto. Pero ¿por qué al mismo tiempo están presentes en mí un “no quiero” y un “quiero”? ¡Eso es lo terrible! Y aún así, quiero saborear esa feliz muerte de ayer. Aún ahora, cuando la función lógica ha sido integrada y ha quedado claro que contiene la muerte, deseo labios, manos, pechos, cada milímetro...

Mañana es el Día de la Unanimidad. Ella seguramente estará allí y la veré, pero sólo desde la distancia. Será doloroso, porque tengo que estar absolutamente cerca de ella, para que sus manos, sus hombros, su cabello... Pero también necesito este sufrimiento, ¡lo estoy esperando!

¡Gran Benefactor! ¿Es absurdo querer sufrir? ¿Quién no ve que los sufrimientos son cantidades negativas que disminuyen la suma de lo que llamamos felicidad? Por lo tanto...

No existe el “por lo tanto”. Todo es simple, vacío.

*Al atardecer*.

Una puesta de sol ventosa y febril perfora los muros. Giro la silla para que el resplandor rojizo no me lastime los ojos y hojeo mis apuntes. Me doy cuenta una vez más de que he olvidado que no escribo para mí, sino para vosotros, lectores desconocidos, para vosotros a quienes amo y compadezco, para vosotros que estáis varios siglos por detrás de nosotros.

Debo hablaros acerca del Día de la Unanimidad, el Día más grande de todos. Siempre lo he amado desde mi infancia. Me parece que para nosotros es algo así como la “Pascua” de los antiguos. Recuerdo que, de niño, el día anterior trazábamos una tabla de horas y tachábamos triunfalmente cada una que pasaba. Si estuviera seguro de que nadie lo sabría, juro que haría lo mismo para contar hora a hora cuánto tiempo me queda hasta mañana, hasta el momento en que la vea de lejos...

(Me acaban de molestar: me trajeron un *unifo* nuevo, recién salido de fábrica. Siempre los entregan nuevos las vísperas. Se oyen pasos en el pasillo, voces alegres, mucho alboroto.)

Continúo. Mañana veré este espectáculo conmovedor que se repite cada año y nos parece siempre nuevo: la inmensa copa de manos piadosamente levantadas en un gesto de perfecta unanimidad. Mañana es el día de la elección solemne del Benefactor. Entregaremos las llaves de nuestra Felicidad al Benefactor.

Debería ser innecesario explicar que esta elección no tiene nada en común con las elecciones desordenadas y desorganizadas que tenían lugar entre los antiguos y cuyo resultado se ignoraba de antemano: ¡qué ridiculez! ¿Qué podría ser más insensato que organizar un Estado a partir de contingencias absolutamente impredecibles y a ciegas? Y lo más curioso es que se necesitaron siglos para comprender esto.

No hace falta decir que con nosotros nada queda al azar. Nada inesperado puede suceder. Constituimos un único organismo con millones de células y, para hablar el lenguaje del “Evangelio”, formamos una única “Iglesia”. La historia del Estado Único no conoce un caso en el que una sola voz se haya atrevido a destruir la grandiosa unanimidad de aquel Día.

Se dice que los antiguos practicaban el voto secreto, ocultándose como ladrones. Algunos de nuestros historiadores incluso afirman que llegaban a las urnas cuidadosamente enmascarados. Puedo imaginarme bien este oscuro espectáculo: de noche, en una plaza pública, figuras cubiertas con capas oscuras arrastrándose por las paredes, la llama púrpura de las antorchas bailando en el viento...

¿Por qué todo este misterio? Hoy en día no queremos nada de eso. Es probable que las elecciones estuvieran acompañadas de ceremonias místicas y, quizás, incluso criminales. Nosotros no tenemos nada que ocultar, ni nos avergonzamos de nada, por eso celebramos las elecciones de forma justa y a plena luz del día. Veo a otros votando por el Benefactor y ellos me ven a mí también. ¿Podría ser de otra manera, ya que “todo” y “yo” formamos un único “Nosotros”? Este procedimiento es mucho más ennoblecedor y más sincero que el que prevalecía entre los antiguos, el del “secreto” y la cobardía de los bandidos. Además, es mucho más acorde con su propósito, porque, suponiendo lo imposible, si ocurriera una disonancia en la homofonía habitual, tenemos a los Guardianes, invisibles entre nosotros, que pueden detener a los números que han caído en el error, preservarlos de futuros errores y así salvar al Estado Único. Para terminar...

A través de la pared de la izquierda, atrae mi atención una mujer que se desabotona apresuradamente el *unifo* ante un espejo; vislumbro, por un segundo, sus ojos, sus labios, dos puntos rosados... Entonces cae la cortina. Inmediatamente, todo lo que pasó ayer vuelve a mí y ya no sé qué quería decir para terminar... Ya no necesito nada más que a I. Quiero que esté conmigo y sólo conmigo cada momento, cada minuto. Todo lo que acabo de escribir sobre la Unanimidad es inútil y fútil. Quiero tacharlo todo y romperlo todo. No lamento esta blasfemia: mañana no habrá fiesta si ella no está aquí, junto a mí, hombro con hombro. Sin ella, el sol de mañana no será más que un pequeño globo, el cielo una lámina de metal pintada de azul y yo mismo...

Cojo el teléfono:

—¡I! ¿Eres tú?

—Sí, ¿por qué llamas tan tarde?

—¿Es demasiado tarde? Quería preguntarte... Quiero que te sientes conmigo mañana, cariño...

Dije “cariño” en voz baja. Me viene a la mente algo que ocurrió esta mañana en el Arsenal, no sé por qué. Alguien, por diversión, había colocado un reloj debajo de la prensa de cien toneladas. Un descenso vertiginoso, una ráfaga y la enorme masa apenas rozó el frágil reloj.

Hubo una pausa. Creí oír un susurro en la habitación de I.

—No, no puedo. Compréndelo... No, no puedo. ¿Por qué? Lo sabrás mañana.

Es de noche.

## NOTA 25
## El descenso de los cielos... La mayor catástrofe de la historia. El fin de lo conocido.

Cuando, al principio, todos nos pusimos de pie y el himno, interpretado por los cientos de altavoces de la Fábrica de Música y por millones de voces humanas, onduló sobre nuestras cabezas como un magnífico manto de bronce, olvidé, por un segundo, las cosas aciagas que me habían anunciado sobre la celebración de hoy, me olvidé de mí mismo, me olvidé de todo. Volví a ser el niño que lloraba por una mancha en su uniforme, una mancha tan pequeña que sólo él podía verla. Nadie a mi alrededor podrá ver las manchas negras e indelebles que me cubren, pero sé que no hay lugar para mí, un criminal, entre estos rostros absolutamente sinceros. ¡Ah, si pudiera levantarme y, ahogándome en mis propias palabras, confesarlo todo! Después todo habría terminado para mí, una lástima, pero al menos me habría sentido por un breve instante puro e inocente como este cielo infantil...

Todas las miradas se alzaron. Una mancha apenas visible, a veces oscura, a veces brillante, apareció en el azul del cielo puro de la mañana, donde las lágrimas de la noche aún no habían tenido tiempo de secarse. Era Él, que descendió de los cielos en un aeroplano, tan sabio y tan cruel como el Jehová de los tiempos antiguos. Se aproximó, y millones de corazones se levantaron para recibirlo. Me representé mentalmente la escena que contemplaría a sus pies: los círculos concéntricos de las gradas cubiertos por el azul de los uniformes, formando como una inmensa telaraña, salpicada de los microscópicos soles que reflejaban las placas doradas.

Y la araña aterrizó en el centro. Vestía la túnica blanca del Benefactor, de aquel que sabiamente nos había sostenido firmemente en las redes de la felicidad.

Finalizado el grandioso descenso del Benefactor, la música se silenció y todos nos sentamos. La telaraña era extremadamente fina, y presentí que se iba a romper y que algo increíble iba a suceder...

Me incorporé un poco, miré a mi alrededor y vi ojos preocupados inspeccionando rostros uno tras otro. Un número levantó el brazo e hizo una señal con apenas un movimiento de sus dedos. Una señal del mismo tipo le respondió. Luego otro... Entendí que eran los Guardianes. Debieron alertarse porque la telaraña estaba tensa y temblaba. Ese temblor actuó sobre mí como una radio sintonizada en esa longitud de onda y comencé a temblar también.

En el escenario un poeta leía la oda preliminar, pero no me enteré de nada. Sólo tenía oídos para el tictac del metrónomo hexamétrico y pensaba que con cada una de sus oscilaciones nos acercábamos al momento señalado. Recorrí febrilmente los rostros uno tras otro, hojeándolos como páginas sin poder encontrar el que buscaba. Teníamos que encontrarlo rápido, porque el metrónomo iba a hacer “tic” y entonces...

Era él...por supuesto. Sus orejas en forma de abanico se destacaban sobre el cristal brillante; Vi su cuerpo oscuro, en forma de S, recorriendo los pasillos de las tribunas abarrotadas. Entre S y yo tiene que haber algún hilo conductor; aún no logro entenderlo, pero lo averiguaré.

No le quité los ojos de encima a S. Seguía avanzando y el hilo se desenrollaba tras él. Entonces, de repente, se detuvo en mi misma fila, unos diez grados a la izquierda. Inmediatamente me sentí como si me atravesara una descarga eléctrica de varios miles de voltios. Saludó a I y vi a su lado al sonriente y repulsivo R-13 de gruesos labios hinchados.

Mi primer pensamiento fue correr hacia ella y gritarle: "¿Por qué estás con *él*?" ¿Por qué no has querido estar conmigo?" Pero la benefactora e invisible telaraña me ataba los brazos y las piernas. Me quedé allí sentado como un bloque de hierro, con los dientes apretados y la mirada fija en I. Aún tengo presente el agudo dolor físico que sentí en el corazón. Recuerdo haber pensado: "Si el dolor físico puede provenir de causas no físicas, entonces, claramente..."

Lamentablemente no pude concluir. Sólo recuerdo que el concepto de "alma" cruzó por mi mente. Me quedé helado: el metrónomo se había detenido... Se hizo el silencio, el silencio de cinco minutos que suele preceder a nuestras elecciones. Esta vez no estaba tan piadoso ni inspirado como de costumbre. En el pasado, cuando aún no conocíamos nuestras Torres Acumuladoras, el cielo indómito era sacudido de vez en cuando por tormentas. La atmósfera hoy era la misma que en la antigüedad, antes de la tormenta.

El aire estaba candente. Queríamos respirar con la boca abierta. El oído, alerta hasta el dolor, registraba un murmullo alarmante, que roía como un ratón, y que flotaba en algún lugar detrás. Seguía viendo a I y a R uno al lado del otro, hombro con hombro. Mis peludas y odiadas manos comenzaron a temblar sobre mis rodillas...

Todos consultábamos el reloj de nuestras placas. Uno, dos, tres... pasaron cinco minutos, una voz lenta y pesada resonó desde lo alto de la plataforma:

—¡Los que estén a favor, levanten la mano!

Me hubiera gustado mirarle a los ojos como hacía antes y decirle con sinceridad: "Aquí estoy, tómame". Pero no me atreví. Levanté el brazo con esfuerzo, como si todas mis articulaciones estuvieran oxidadas.

Seis millones de manos hicieron lo que hice yo. Oí un "Ah" apagado y sentí que algo había pasado, que algo se había caído del revés, pero no entendía por qué y no tenía ni la fuerza ni el coraje para mirar...

—¿Quién está en contra?

Es siempre el momento más emotivo de la celebración, cuando todos permanecen sentados, inmóviles, con la cabeza alegremente inclinada bajo el yugo benéfico del Número de Números. Sin embargo, se oyó con terror un leve crujido, débil como un suspiro, pero que resonó más fuerte que los altavoces de bronce que habían estado tocando el himno algún tiempo antes. Así exhala un hombre su último aliento, cuando todos los rostros a su alrededor palidecen y gotas frías caen sobre sus frentes.

Miré hacia arriba.

Duró una centésima de segundo, apenas el grosor de un cabello. Vi miles de manos subir y luego bajar. Vi el rostro pálido señalado con una cruz, con la mano levantada. Mis ojos se oscurecieron lo que dura un latido. Y de repente, como obedeciendo a la señal de un dirigente, estalló el escándalo: gritos violentos, tumulto y agitación en todos los bancos. Entreví números que corrían, aturdidos Guardianes yendo de un lado a otro, botas que subían frente a mis ojos y, muy cerca, una boca abierta de par en par, retorcida en un grito inaudible. Una imagen quedó grabada en mi mente: la de miles de bocas gritando en silencio, como en la pantalla de un cine colosal.

Vi también, como en una pantalla, muy abajo y por un segundo, los labios blancos de O. Ella estaba presionada contra la pared del pasillo y protegiendo su vientre con los brazos cruzados. Entonces desapareció arrastrada por la multitud, a no ser que hubiera dejado de mirarla...

Ya no ocurría todo como en una pantalla, sino dentro de mí, en mi dolorido corazón y en el martilleo de mis sienes. Sobre mi cabeza, a la izquierda, apareció de repente R-13, empapado, enrojecido y furioso. Sostenía a I en sus brazos. Estaba pálida, su uniforme estaba rasgado desde el pecho hasta el hombro y la sangre corría por su piel blanca. Ella se sujetaba estrechamente a su cuello, y él, repulsivo y ágil como un gorila, se la llevó consigo, dando enormes saltos de banco en banco...

Veía todo purpúreo, el color del fuego entre los antiguos, y sólo tenía un pensamiento: saltar tras ellos y alcanzarlos. No sé explicar cómo tuve fuerzas, pero atravesé a la multitud como un ariete, salté sobre los bancos, sobre los números, para llegar cerca de R, a quien así por el cuello.

—No puedes hacerlo, te lo digo en serio... —por suerte, en medio del tumulto, nadie me oyó.

—¿Qué dices? ¿Qué pasa? —se dio la vuelta, con los labios temblorosos; probablemente pensó que yo era un guardián.

—¿Cómo que qué pasa? Déjala ir ahora mismo.

Chasqueó los labios, giró la cabeza listo para seguir corriendo. Entonces —me da vergüenza escribir esto, pero es absolutamente necesario para que vosotros, lectores desconocidos, podáis estudiar a fondo mi enfermedad— le di un puñetazo entre los ojos. Entended: le pegué. Lo recuerdo perfectamente. Todavía recuerdo sentir una sensación de alivio, una liberación en todo mi ser después de darle ese golpe.

I se deslizó de sus brazos:

—¡Vete! —le gritó a R—. ¿No ves que él...? ¡Vete!

Me mostró sus dientes en una sonrisa amenazadora. Sus labios africanos me lanzaron una palabra a la cara que no entendí, se zambulló en la multitud y desapareció. Abracé estrechamente a I y me la llevé.

Mi corazón latía violentamente. Con cada latido, sentí una ola cálida, vigorosa y alegre que me inundaba por completo. ¿Qué me importaba que hubiera gente corriendo, gritando, cayendo, que algo se hubiera derrumbado y se hubiera dispersado? No me importó. Sólo pensaba en llevarla...

*Por la noche, a las veintidós.*

Estoy tan cansado después de todos los impactantes acontecimientos de esta mañana que apenas puedo sostener mi pluma. ¿Se han derrumbado los muros protectores centenarios del Estado Único? ¿Viviremos sin hogar, en el estado bárbaro de la libertad, como nuestros antepasados lejanos? ¿Ya no existe ningún Benefactor? ¡Haber votado en contra...! ¡En el Día de la Unanimidad! Me avergüenzo de ellos, tengo miedo y estoy enfermo.

Al fin y al cabo ¿quiénes son "ellos"? ¿Quién soy yo: "ellos" o "nosotros"?

Cuando saqué a I del tumulto, la conduje a un banco soleado de lo más alto de la tribuna. Su hombro derecho y el comienzo de la maravillosa curva de su pecho estaban expuestos, y una fina serpiente de sangre se arrastraba sobre ellos. No parecía darse cuenta de que estaba sangrando y que su pecho estaba desnudo... O mejor dicho, podía verlo, pero eso era exactamente lo que necesitaba en ese momento, y si su *unifo* hubiera estado abotonado, lo habría rasgado...

—Mañana… —susurró con avidez, apretando los dientes— mañana no sabemos qué pasará. Comprendes, ni yo ni nadie sabe qué pasará. Es lo desconocido. ¡Qué felicidad! ¡Todo lo conocido se acabó! Un mundo nuevo e increíble se abre ante ti.

Más abajo seguían alborotando, corriendo, gritando. Pero estaban lejos y se alejaban cada vez más, porque ella me miraba y me atraía hacia ella a través de las rendijas doradas de sus ojos. Nos quedamos así un buen rato sin decir nada. Recordé, no sé por qué, las misteriosas pupilas amarillas que había visto detrás del Muro Verde mientras los pájaros volaban en círculos encima.

—Escucha —me dijo I—, si mañana no pasa nada especial, te llevaré allí, ¿entiendes?

No comprendí, pero asentí en silencio. Me estaba disolviendo, volviéndome infinitamente pequeño, un punto...

En último término, el estado puntiforme de hoy todavía tiene una lógica. Es en ese punto donde reside el mayor número de incógnitas: basta con moverse un poco para generar miles de curvas, cientos de cuerpos.

Tengo miedo de moverme: ¿en qué me convertiré? Me parece que todo el mundo es como yo, todo el mundo teme hacer el menor movimiento. En este momento, mientras escribo estas líneas, todo el mundo está sentado en sus celdas de cristal y parece que esperan algo. El zumbido del ascensor, habitual a esta hora, no se oye. No hay risas, no hay eco de pasos. De vez en cuando veo parejas caminando de puntillas por el pasillo. Miran a su alrededor y susurran...

¿Qué pasará mañana? ¿Qué será de mí mañana?

# NOTA 26
## El mundo aun existe. El tifus. 41°.

Es de mañana. Al otro lado del techo, el cielo de mejillas rojas es tan sólido y redondo como siempre. Creo que me habría sorprendido menos si hubiera visto un sol cuadrado, gente vestida con pieles de animales de distintos colores y paredes de piedra opacas. Entonces, ¿el mundo, nuestro mundo, todavía existe? ¿O es que los engranajes siguen girando sólo por inercia? El generador se para, la rueda da dos o tres vueltas más y morirá a la cuarta...

Probablemente conoces la sensación de despertarte de repente en la noche y no saber dónde estás. Entonces miramos a nuestro alrededor buscando algo familiar y sólido, la pared, la lámpara, la silla. Bajo esta impresión es como me siento, y busco en el periódico del Estado Único, rápidamente, rápidamente. Esto es lo que encuentro allí:

*Ayer fue el Día de la Unanimidad, largamente esperado por todos. Por cuadragésima vez, el mismo Benefactor fue elegido por su inmensa experiencia, que ya ha demostrado su eficacia en numerosas ocasiones. La ceremonia se vio empañada por un doloroso incidente provocado por los enemigos de la felicidad, quienes, por ese mismo hecho, se privaron naturalmente del derecho a ser piedras angulares del Estado Único, renovado ayer. Es evidente que hubiera sido tan absurdo tener en cuenta sus voces como considerar las toses de unos cuantos enfermos que se encontraran en la sala de conciertos como parte de una sinfonía magnífica y heroica...*

...¡Oh, qué inteligente! ¿Nos hemos salvado a pesar de todo? ¿Qué objeción se puede plantear contra este silogismo cristalino?

Dos líneas más:

*Hoy a las doce horas se llevará a cabo la reunión general de la Oficina Administrativa, la Oficina Médica, y la Oficina de Guardianes. En los próximos días se publicará un decreto importante.*

¡No, los muros siguen en pie! ¡Aquí están, puedo sentirlos! Ya no tengo esa terrible sensación de estar perdido, de estar no sé dónde. Todo es como siempre, el cielo es azul, el sol es redondo, nada ha cambiado y todos, como siempre, van a trabajar.

...Caminé por el bulevar con paso firme y rotundo, y me parecía que todos caminaban de la misma manera. Pero en una intersección, después de cambiar de calle, vi a la gente distanciándose de la esquina de un edificio, como si el agua, brotando de una tubería rota, estuviera impidiendo a los peatones continuar por la acera.

Di otros cinco, diez pasos, y el agua fría me inundó también, me sacudió y me empujó hacia atrás de la acera... A una altura de unos dos metros estaba pegado un cartel cuadrado con esta palabra incomprensible y verdosa como si fuese venenosa:

*MEFI*

Abajo se movía el hombre con la espalda torcida en forma de S, sus orejas en forma de abanico se movían en señal de ira o emoción. Con el brazo derecho levantado y el izquierdo estirado hacia atrás como un ala herida, saltó arriba y abajo para arrancar el cartel, pero sin éxito. Estaba muy lejos de conseguirlo.

Es probable que todos los transeúntes tuvieran la misma idea: “Si voy a ayudarle, creerá que soy culpable y que precisamente por eso quiero...”

Reconozco que tuve esa idea, pero recordé la cantidad de veces que me había salvado y que había sido mi ángel de la guarda. Entonces me acerqué con valentía, extendí mi mano y arranqué la hoja.

S se dio la vuelta y rápidamente dirigió los punzones de sus ojos en mí. Luego levantó la ceja izquierda y señaló la pared donde había estado el pasquín del “Mefi”. Percibí en su rostro una muy breve sonrisa que, para mi sorpresa, era alegre.

Pero ¿por qué me sorprendo? El médico siempre prefiere el tifus y los cuarenta grados de fiebre, al lento aumento gradual de ésta durante el período de incubación. Al menos entonces sabe de qué enfermedad se trata. Ese “Mefi” que brotaba esta mañana en las paredes era una erupción de la piel, y comprendí la sonrisa de S...[4]

Fui a la estación del ferrocarril subterráneo; bajo mis pies, sobre el cristal puro de los escalones, dormitaba el mensaje blanco: “Mefi”. Así mismo, en las paredes, en los bancos, en el espejo del compartimento, por todas partes se extendía la misma erupción blanca y horrible.

En el silencio se adivinaba el zumbido venenoso de los engranajes, como el de la sangre caliente. A un viajero le tocaron en el hombro, se estremeció y dejó caer un rollo de papeles. A mi izquierda, otro seguía leyendo la misma línea en un periódico que temblaba imperceptiblemente. Sentí que en todas partes, en las calles, en las manos, en los periódicos, en las pestañas, el pulso latía cada vez más rápido y que tal vez hoy, cuando I y yo nos encontráramos, una línea negra en el termómetro marcaría 39, 40, 41 grados.

En el Arsenal todavía reinaba el silencio, interrumpido por una hélice distante e invisible. Las torres estaban en silencio y sonaban ásperas. Sólo las grúas se deslizaban, silenciosamente, como si estuvieran de puntillas; se doblaron, prendieron masas de aire congelado con sus garras y las apilaron en los tanques del *Integral*. Nos estábamos preparando para nuestro vuelo de prueba.

—En ocho días habremos terminado de cargar —le dije al Segundo Constructor.

Su rostro es de loza ligeramente coloreada con flores azules y rosas suaves: son sus ojos y sus labios. Hoy estaban descoloridos y empañados. Empezamos a calcular en voz alta, cuando me detuve en mitad de una palabra y me quedé allí con la boca abierta: un pequeño cuadrado blanco, apenas visible, estaba pegado debajo de la cúpula, sobre la masa azul levantada por la grúa. Me estremecí alocadamente, quizás de la risa. Me oí reír. ¿Alguna vez te has oído reír?

—Imagínate —le dije al Segundo Constructor— que estás en un aeroplano anticuado. El altímetro marca 5.000 cuando se rompe un ala. Mientras caes cada vez más rápido, te pones a pensar que mañana de doce a dos harás esto, de dos a cuatro otra cosa, a las cinco tomarás el té... etcétera. ¿No sería ridículo?

Las pequeñas flores azules se abrieron de par en par. ¿Qué habría ocurrido si yo hubiera sido de cristal? Si él hubiera podido ver que dentro de tres o cuatro horas yo estaría...

4 Debo reconocer que sólo comprendí el significado exacto de esa sonrisa después de cierto número de días, en los que ocurrieron los acontecimientos más extraños e inesperados.

## NOTA 27
## (Sin título, es imposible.)

Estoy solo, en estos mismos corredores interminables, bajo un cielo de hormigón silencioso. El agua gotea en algún lugar de la piedra. Me encuentro frente a la puerta opaca y pesada de la que sale un rumor sordo...

Me dijo que me recogería a las cuatro en punto. Son las cuatro y diez; las cuatro y cuarto, y sigue sin aparecer nadie. En un instante vuelvo a ser el mismo de antes, el que temía que se abriera esa puerta. Decido esperar cinco minutos más y, si no ha venido...

El agua gotea en algún lugar sobre la piedra. ¡Nadie! Me alegro y creo estar salvado; camino lentamente de regreso por el corredor. El parpadeo de la pequeña lámpara se vuelve cada vez más borroso...

Una puerta se abre de golpe tras de mí. Oigo unos pasos rápidos que resuenan en el techo y las paredes. Ella corre hacia mí, sin aliento y jadeando.

—Sabía que estarías aquí, que vendrías. Sabía que...

Sus pestañas se abren, me dejan entrar y... ¿Cómo puedo describir lo que sucede dentro de mí cuando se realiza este antiguo, absurdo y maravilloso rito, cuando sus labios tocan los míos? ¿En qué ecuación puedo formular ese torbellino que pasa de ella enteramente a mi alma? Sí, en mi alma, podéis reír si queréis.

Levanta los párpados lentamente y con esfuerzo; y también con dificultad dice:

—Basta, ahora tenemos que irnos.

La puerta se abre. Los escalones están viejos y desgastados. Oigo un ruido fuerte intermitente, silbidos. Aparece una luz...

* * *

Han pasado veinticuatro horas. Tuve tiempo para meditar un poco sobre lo que vi; Pero a pesar de todo, me resulta extremadamente difícil dar incluso una descripción aproximada de ello. Es como si una bomba hubiera explotado en mi cabeza. Sólo hay boquetes abiertos, y también alas, gritos, hojas, palabras, piedras, todo apilado y entremezclado...

Recuerdo que mi primer pensamiento fue: “rápido, volvamos corriendo”. Comprendí que, mientras esperaba en los corredores, habían perforado o destruido la Muralla Verde. Una ola gigantesca se abalanzó sobre nosotros y sumergió nuestra ciudad, purgada del inframundo.

Eso fue lo que le susurré a I. Se echó a reír:

—No. Simplemente hemos cruzado al otro lado del Muro Verde...

Abrí los ojos y me vi realmente, cara a cara, con lo que los números habían visto hasta entonces reducido mil veces, debilitado y borroso por el cristal turbio del Muro.

El sol ya no era nuestro sol, repartido equitativamente por toda la superficie; aquí se descomponía en no sé qué restos vivos, en manchas móviles, que te cegaban y te mareaban. Los árboles parecían velas que se elevaban hacia el cielo, como telarañas, como garras retorcidas, como fuentes verdes y silenciosas... Todo se movía, se agitaba, susurraba. Una bola peluda se arrastraba bajo mis pies. Me sentí clavado al suelo, incapaz de avanzar: no tenía una superficie plana bajo mis pies, sino algo repugnantemente suave y vivo, verde, elástico.

Me quedé atónito, me ahogaba... creo que esa es la mejor palabra. Me agarraba a una rama con ambos brazos.

—No es nada, no es nada. Se te pasará. ¡Vamos, vamos!

Vi, a un lado, sobre la alfombra verde en constante movimiento, un perfil muy delgado, como recortado en papel. Lo reconocí, era el doctor. Entre los dos me agarraron por los brazos y me arrastraron, riéndose. Mis pies se enredaban y resbalaban. Me sentí inmerso en un mar de ruido, musgo, ramas, hojas, silbidos...

Los árboles se separaron; vi una llanura verde donde se movían hombres, o mejor dicho, muchos seres distintos.

Ahora llego a lo más complicado, porque lo que sigue va más allá de toda probabilidad. Comprendí por qué nunca I me había hablado con franqueza: no la habría creído, ni siquiera a ella. Puede ser que mañana ya no me crea a mí mismo al leer estos párrafos.

En esa llanura, alrededor de una gran roca desnuda y amarillenta con forma de calavera, se agitaba una multitud de trescientos a cuatrocientos seres. Les llamo seres porque no sé cómo llamarlos de otra manera. Al principio solo vi nuestros *unifo* de color gris azulado, como cuando en una multitud al principio sólo ves las caras que reconoces. Un segundo después vi otra gente entre los *unifos*, que sólo podían ser personas: negros, rojos, dorados, marrones, etc. Todos estaban desnudos pero cubiertos de pelo corto y brillante como el del caballo disecado del Museo Prehistórico. Sus rostros femeninos eran exactamente iguales a los de nuestras mujeres: rosados y sin pelo. Sus pechos eran redondos, firmes, de una magnífica forma geométrica, y también sin vello. En cuanto a los machos, al igual que nuestros antepasados, sólo carecían de pelo en una parte de la cara.

Fue todo tan increíble e inesperado que me quedé paralizado y observé en silencio. Yo era como una báscula con un platillo demasiado pesado: no importa cuánto peso le añadas, no se mueve...

De repente me sentí solo: I ya no estaba conmigo y no sabía cuándo y hacia dónde había marchado. Sólo tenía a mi alrededor estos seres de cabello brillante. Agarro un hombro cálido y oscuro y le pregunto:

—Oye, en nombre del Benefactor, ¿sabes adónde se ha ido? Sólo hace un minuto...

Unas cejas severas y peludas me miraron:

—¡Silencio! ¡Más bajo! —e hizo un gesto hacia el centro, donde estaba la piedra amarilla.

La vi allí arriba, sobre la Roca, sobre nuestras cabezas. El sol le daba por la espalda, y a mí directamente en los ojos, de modo que ella destacaba como una silueta negra contra el cielo azul. Las nubes se deslizaban apenas más alto que ella, y me pareció que no eran las nubes, sino la piedra, con ella encima, y la multitud en el claro, y que navegaban silenciosamente como en un barco; la tierra era ligera y flotaba bajo los pies...

—Hermanos —dijo ella—, hermanos, todos sabéis que, al otro lado del Muro, en la ciudad, se está construyendo el *Integral*. Sabéis que se acerca el día en que destruiremos este Muro y todos los demás, para que el viento de los bosques sople de un extremo a otro de la tierra. El *Integral* quiere llevar estos aciagos muros a otros mil planetas que esta noche aún brillarán entre las hojas de la noche.

Las olas, la espuma y el viento golpearon la piedra:

—¡Abajo el *Integral*! ¡Abajo el *Integral*!

—¡No, hermanos! El *Integral* debe ser nuestro. Lo será. El día que vuele al cielo, estaremos en él. El Constructor del *Integral* está con nosotros. Ha cruzado el Muro, me ha acompañado hasta aquí para estar entre nosotros. ¡Viva el Constructor!

Sentí que me levantaban y vi debajo de mí cabezas, bocas que gritaban, brazos que se levantaban y bajaban. Me resultó extremadamente raro y embriagador; me sentí por encima de todos, era un mundo en mí mismo. Dejé de ser una parte y me convertí en un todo.

Me encontré cerca de la Roca, con el cuerpo magullado, feliz y roto, como después de un abrazo amoroso. Me bañé en la luz del sol y en las voces, y me llegó la sonrisa de I. A mi lado había una mujer de cabello rubio dorado, que olía a hierbas aromáticas. Tenía en sus manos una copa que parecía de madera y que me entregó después de sumergir en ella sus labios rojos. Bebí con avidez, cerrando los ojos, bebí chispas frías y punzantes para calmar el fuego que me quemaba.

Mi sangre y el mundo que me rodeaba comenzaron a girar mil veces más rápido. La tierra voló como una pluma. Todo se volvió claro y sencillo para mí.

Vi en la Roca la palabra “Mefi” en letras enormes, y me pareció que era un hilo fuerte que lo conectaba todo. Sobre esta roca se había dibujado una imagen tosca que representaba a un joven alado de cuerpo transparente que tenía, en lugar de corazón, un carbón encendido de color rojo. Me pareció comprender el significado del carbón, o mejor dicho, lo sentí del mismo modo que sentía, sin entenderla, cada palabra de I. Comprendí que en todos nosotros late un solo corazón, que todos vamos a volar, como los pájaros sobre el Muro el otro día...

Una voz fuerte se elevó de la masa de cuerpos jadeantes:

—¡Pero eso es una locura!

Creo que fui yo, sí, creo que fui yo y que salté a la Roca. Desde allí vi el sol y las cabezas que, sobre el fondo azul, formaban una especie de sierra con dientes verdes. Grité:

—Todos tienen que perder la cabeza. Es fundamental que la pierdan cuanto antes. ¡No hay duda!

I estaba a mi lado. Su sonrisa formó dos líneas oscuras que se extendían desde las comisuras de su boca. Sentí el carbón candente dentro de mí y por un momento sentí una dolorosa sensación de ligereza, fue delicioso...

De todo ello sólo quedaron fragmentos dispersos.

Un pájaro volaba lentamente a poca altura. Vi que estaba vivo como yo. Giró la cabeza hacia la derecha y hacia la izquierda como nosotros. Sus ojos redondos y negros se clavaron en los míos...

Vi una espalda cubierta de pelo brillante color marfil. Sobre su lomo se arrastraba un insecto negro, de alas diminutas y transparentes, y se estremeció dos veces para ahuyentarlo.

La gente yacía en esa sombra, masticando algo parecido a la comida legendaria de los antiguos: una fruta larga y amarilla y un trozo de materia negra. Me pusieron en la mano una de estas frutas y no sabía si comerla o no.

Y luego, otra vez, cabezas, piernas, brazos, bocas. Los rostros aparecían por un segundo y desaparecían. Estallaron como burbujas. Vislumbré por un momento, o quizá creí ver, las espigas en abanico.

Apreté el brazo de I con todas mis fuerzas.

—¿Qué ocurre?

—Él está aquí... Acabo de verlo...

—¿Quién?

—Ahora mismo... entre la multitud... S...

Sus cejas finas y negras se elevaron hacia las sienes y formaron un triángulo con su sonrisa. No entendía por qué sonreía ni cómo podía sonreír.

—¿No entiendes, I, no entiendes lo que significa que uno de ellos esté aquí?

—Qué gracioso. Nunca se les ocurrirá que estamos al otro lado del Muro. Piénsalo, ¿alguna vez te pareció posible? Nos buscan en la ciudad, no aquí. Estás delirando.

I sonrió leve, felizmente... y yo también. Sentía la tierra ebria, alegre, ligera y flotante...

## NOTA 28
## Los dos. Entropía y energía. La parte más opaca del cuerpo.

Si vuestro mundo es semejante al de nuestros lejanos antepasados, imaginad que habéis aterrizado en la sexta parte desconocida del mundo, en una especie de Atlántida, y que veis ciudades laberínticas, gentes volando por el espacio sin medios aparentes, piedras levantadas con sólo mirarlas, en una palabra, cosas que jamás habríais imaginado, ni siquiera durante un sueño enfermizo. Esto es lo que me ocurrió ayer; porque como ya os dije, ninguno de nosotros había cruzado el Muro desde la Guerra de los Doscientos Años.

Soy consciente de que tengo la obligación hacia vosotros, amigos desconocidos, de daros más detalles sobre este mundo extraño e inesperado que acaba de revelarse ante mí, pero no puedo hacerlo por ahora. Los acontecimientos se precipitan sobre mí como la lluvia, y no logro recoger todos: extiendo mis manos y los faldones de mi *unifo*: cubos llenos de agua caen sobre mí y estas páginas sólo retienen unas gotas...

Oí voces sonoras tras de mi puerta y reconocí la de I, flexible y metálica, así como la de U, severa como una regla. Entonces la puerta se abrió de golpe y arrojó a ambas mujeres a la habitación al mismo tiempo. Digo bien: “arrojó”.

I apoyó su brazo en el respaldo de mi sillón y, por encima del hombro, sonrió con malicia a U. No me hubiera gustado ser el destinatario de esa sonrisa.

—Escucha —me dijo— esta mujer parece haberse propuesto protegerte de mí, como si fueras un niño pequeño. ¿Lo hace con tu permiso?

La otra replicó, temblando de ira:

—Sí, es un niño, sí. Por eso él no se da cuenta de que tú... que todo esto... es una comedia. Claro... y mi deber...

Vislumbré la línea quebrada de mis cejas en el espejo. Me levanté y, conteniendo a duras penas a mi otro yo, el de los puños peludos, le grité a U directamente, vocalizando las palabras a través de los dientes:

—¡Fuera! ¡Vete ahora mismo!

Las branquias se hincharon y se volvieron de un rojo brillante, luego cayeron hacia atrás, grises. Abrió la boca pero no salió ningún sonido. Se fue.

Me arrojé sobre I:

—Nunca me lo perdonaré. Se ha atrevido a... Pero no pienses que yo... que ella... Todo esto ha sido porque quería darme un billete rosa...

—Por suerte ya no podrá hacerlo. Que vengan luego mil como ella, no me importa. Sé que nunca confiarás en nadie más que en mí. Después de lo que pasó ayer, soy toda tuya, hasta el final, tal como lo querías. Estoy en tus manos, puedes, cuando quieras...

—¿El qué, cuando yo quiera? —lo comprendí al instante, y la sangre me tiñó orejas y mejillas —. No me hables nunca de eso. Debes entender que ese era mi yo de antes, y que ahora...

—¿Qué sé yo? Los hombres sois como las novelas: antes de la última página, nunca sabes cómo terminarán. De lo contrario no valdría la pena leeros.

Me acarició la cabeza. No podía ver su rostro, pero lo reconocí por su voz: miraba a lo lejos, con los ojos fijos en una nube que se movía silenciosa, lentamente, nadie sabía hacia dónde...

Me apartó suavemente:

—Escucha, vine a decirte que estos podrían ser los últimos días... ¿Sabías que todos los auditorios estarán cerrados a partir de esta noche?

—¿Cerrados?

—Sí. He visto que se está preparando algo. Están llenándolos de mesas, con médicos vestidos de blanco.

—¿Qué significa eso?

—No lo sé. Hasta ahora nadie lo sabe y eso es lo peor. Lo lamento: han conectado la corriente y la chispa va a estallar. Si no hoy, mañana... Pero quizá ya sea tarde para ellos.

Hacía mucho que dejé de saber quiénes eran “ellos” y quiénes eran “nosotros”. No entendía si eran ellos los que tenían que llegar a tiempo o éramos nosotros. Sólo sabía una cosa: I había llegado al límite, al borde del abismo, y pronto...

—¡Pero esto es una locura! —le dije—. La oposición entre tú y el Estado Único es como poner la mano sobre la boca de un cañón y pensar que de esa manera puedes detener el disparo. Esto es una pura locura.

Sonrió:

—Todos necesitan perder la cabeza lo antes posible. Dijiste eso ayer, ¿lo recuerdas?

Sí, está en mis papeles. Así que todo ha ocurrido realmente. La miré en silencio: su rostro estaba marcado con una cruz oscura, especialmente nítida.

—Querida I, quizás aun no sea demasiado tarde... Si quieres, lo dejaré todo, lo olvidaré todo y me iré contigo al otro lado del Muro, a la casa de aquellos que no conozco.

Negó con la cabeza, y vi un fuego ardiendo a través de las ventanas oscuras de sus ojos, una danza de chispas y lenguas de fuego sobre madera seca y resinosa. Comprendí que ya había pasado la ocasión, que mis palabras ya no podían hacer nada.

Ella se levantó para irse.

—Estos pueden ser los últimos días, y quizás los últimos minutos.

Le agarré la mano:

—No, quédate un poco más, en nombre de... en nombre de...

I levantó despacio mi mano hacia la luz, esa mano peluda que tanto odio. Quise retirarla, pero ella la sujetó con fuerza.

—Tu mano... Tú no lo sabes, casi nadie lo sabe, que algunas mujeres de aquí, de la ciudad, amaban a los del otro lado del Muro. Sin duda tienes algunas gotas de sangre solar y selvática. Quizás por eso...

Hubo silencio. Qué extraño este vacío: el corazón siempre se acelera durante el silencio. Le grité:

—¡No! No te irás todavía. No te irás hasta que me hables de ellos, hasta que me digas por qué los amas... a ellos. Ni siquiera sé quiénes son ni de dónde vienen.

—¿Quiénes son? Son la mitad que perdimos. $H_2$ y O son dos mitades, pero para obtener $H_2O$, es decir, ríos, mares, cascadas, olas, tormentas, estas dos mitades deben unirse...

Recuerdo muy bien cada uno de sus movimientos. Cogió de la mesa un triángulo de cristal y, mientras hablaba y hablaba, presionó un lado contra su mejilla; apareció una línea blanca que enrojeció antes de desaparecer. Lo recuerdo muy bien. Pero, en cambio, apenas conservé una pequeña parte de lo que dijo, especialmente del principio. Sólo tengo en mi memoria imágenes dispersas, luces y colores confusos.

Comenzó con la Guerra de los Doscientos Años. Había rojo sobre la hierba verde, sobre la arcilla oscura, sobre el azul de la nieve, charcos rojos que no podían secarse. Luego vino el amarillo: hierba amarilla quemada por el sol, hombres y perros amarillos desnudos, unos al lado de

los otros, junto a la carroña hinchada de otros perros y hombres. Éstos, por supuesto, se lamentaban, porque la ciudad ya había vencido, y además ya había inventado la comida artificial.

Rayos pesados flotaban desde lo alto del cielo hasta lo más profundo. El humo se extendía sobre los bosques y sobre los pueblos. Se oían gemidos apagados: eran hombres, en largas filas negras, conducidos hacia la ciudad para salvarlos por la fuerza y enseñarles a ser felices.

—¿Sabías todo eso?

—Sí, más o menos.

—Pero lo que ignorabais, y muy pocos sabían, es que un pequeño grupo de estos hombres permaneció tras los Muros. Salieron desnudos hacia el bosque y allí aprendieron a través del contacto con los árboles, los animales, el sol. Se cubrieron de vello, por debajo del cual fluía sangre roja y cálida. Tu destino fue peor: estabas cubierto de cifras que se arrastraban sobre ti como piojos. Debéis deshaceros de ellas y huir desnudos hasta el bosque. Aprenderéis a temblar de miedo, de alegría, de ira, de frío... tendréis que adorar al fuego. Nosotros, los Mefis, queremos...

—Espera, ¿qué significa “Mefi”?

—Mefi, significa Mefisto. ¿Te acuerdas del joven grabado en la Roca?... Pero mejor no, te lo diré de otro modo para que me entiendas. Hay dos fuerzas en el mundo: entropía y energía. La primera persigue la feliz tranquilidad, el equilibrio; la otra busca destruir el equilibrio, tiende hacia el doloroso movimiento perpetuo. Vosotros, o más bien vuestros antepasados, los cristianos, veneraban a la entropía como a un Dios. Nosotros somos los anticristianos...

En ese momento, se oyó un golpe apenas perceptible en la puerta e inmediatamente el hombre de la frente hundida que me había traído las cartas se abalanzó dentro de la habitación.

Entonces se detuvo, y jadeó como una bomba de aire sin poder pronunciar una sola palabra. Debía haber corrido con todas sus fuerzas.

—Y bien ¿qué ocurre? —dije tomándolo del brazo.

—Ya vienen —musitó finalmente—. El guardián, con... ¿cómo se llama, el jorobado...?

—¿S?

—Sí. Están en la casa de al lado, estarán aquí en un momento. ¡Rápido, rápido!

—Está bien, tenemos tiempo... —dijo I riendo, mientras destellos de alegría bailaban en sus ojos.

O bien era increíblemente temeraria, o había algo más que aún ignoraba.

—I, en nombre del Benefactor, entiende que...

—¿En nombre del Benefactor? —me contestó girando su sonrisa triangular hacia mí.

—Bueno, por mi parte te pregunto...

—Antes tengo que hablarte de algo que... Y en fin, no importa, dejémoslo para mañana...

Me hizo un gesto alegre de despedida (sí, alegre), el otro hizo lo mismo y me quedé solo.

Rápidamente me senté a la mesa, abrí mis papeles y tomé la pluma para que me encontraran ocupado con este trabajo por el bien del Estado Único. Entonces pensé: “¿Qué pasaría si leyeran una de las últimas páginas?” Y cada cabello de mi cabeza se agitó.

Me quedé paralizado, y me pareció que los átomos que me rodeaban de repente habían crecido un millón de veces más. Vi temblar las paredes, mi pluma temblar en mi mano, las letras retorcerse y enredarse.

¿Ocultar el manuscrito?

¿Pero dónde? Todo está hecho de vidrio. ¿Quemarlo? Pero se vería desde el pasillo y las habitaciones vecinas. Y además no podría, no tendría la fuerza suficiente para destruir la parte más dolorosa y quizás más preciosa de mí...

Oí voces y pasos acercándose por el pasillo. Sólo tuve tiempo de deslizar el fajo de papeles en el sillón, y sentarme encima. Permanecí allí, sintiendo el temblor de cada átomo de la habitación: y el suelo se mecía como la cubierta de un barco...

Amedrentado y con disimulo, lanzaba miradas furtivas al exterior. Iban de habitación en habitación, comenzando por el extremo derecho del pasillo. Algunos permanecían sentados, congelados como yo, otros saltaban a su encuentro y abrían sus puertas de par en par.

¡Gente dichosa! Si yo pudiera hacer lo mismo...

“*El Benefactor es el desinfectante más perfecto que la humanidad requiere. El organismo del Estado Único no ha sido afectado por ningún movimiento peristáltico desde que el Benefactor...*” Escribí esta frase descabellada con una pluma que saltaba en mis manos, mientras una fuerza furiosa golpeaba mi cabeza. El ruido de la puerta al abrirse estremeció mis vértebras. Entró una ráfaga de viento y mi sillón empezó a bailar...

Entonces aparté la vista del papel y me volví hacia los recién llegados. “Qué difícil es disimular, pensé, ¿y quién me ha hablado hoy del teatro?” S estaba frente a mí, oscuro y silencioso. Sus ojos recorrieron mi cabeza, mi sillón, las páginas que temblaban debajo de mí. Entonces apareció en la puerta un rostro común y corriente: pude distinguir las branquias hinchadas de color marrón rojizo...

Recordé todo lo que había pasado en esa habitación media hora antes, estaba claro que ella me iba a traicionar. Todo mi ser estaba concentrado y vivo en esa parte de mi cuerpo (opaca, afortunadamente) que ocultaba mi manuscrito.

U se acercó a S, le tocó suavemente el brazo y le dijo en voz baja:

—Este es D-503, el Constructor del *Integral*. ¿Seguro que lo conoces? Siempre está en su escritorio, trabajando sin parar.

Pensé: “¡Qué mujer tan maravillosa y extraordinaria!”

S se deslizó hacia mí y se inclinó sobre mi hombro. Puse mi mano sobre lo que acababa de escribir pero él me gritó con voz severa:

“¡Muéstrame inmediatamente lo que tienes ahí!”

Avergonzado, le entregué el papel. Lo leyó y vi una sonrisa dibujarse en sus ojos, cruzar su rostro y posarse cerca de la comisura derecha de su boca.

—Es un poco ambiguo, pero adelante de todos modos. No te molestaremos más...

Se dirigió a la puerta, pisando fuerte como si estuviera caminando por un suelo encharcado. Con cada uno de sus pasos, mis piernas, mis brazos, mis dedos, volvían a la vida, mi alma se extendía por igual en todo mi cuerpo, respiraba...

Sólo permaneció U en mi habitación. Se acercó, se inclinó hacia mi oído y susurró:

—Menos mal que yo...

No comprendí lo que quiso decir con eso.

Por la tarde me enteré de que se habían llevado a tres números. Sin embargo, nadie habló en voz alta de lo que acababa de ocurrir, debido a la influencia benéfica de los Guardianes, invisibles entre nosotros. Las conversaciones giraron principalmente en torno a la rápida caída del barómetro y al cambio del tiempo...

## NOTA 29
## Hilos en la cara. Brotes jóvenes. Compresión antinatural.

Es extraño: el barómetro sigue bajando y no llega el viento, todo está en calma. Sobre nosotros, a gran altura, acaba de comenzar una tormenta que no podemos oír. Las nubes oscuras pasan veloces, y sólo quedan sobre nosotros jirones deshilachados. Es como si una ciudad estuviera siendo destruida allá arriba y bloques de murallas y torres fueran arrojados hacia abajo. Vemos estas ruinas aumentar de volumen a una velocidad vertiginosa, pero todavía tendrán que caer durante días por la inmensidad azul antes de desplomarse sobre nosotros.

Siempre hay tranquilidad en nuestra Ciudad. Unos hilos finos, incomprensibles y casi invisibles flotan en el aire. Llegan cada otoño del otro lado del Muro y revolotean lentamente. De repente sientes como si tuvieras algo en la cara, quieres deshacerte de ello pero no puedes...

Esto ocurre sobre todo en los alrededores del Muro Verde, adonde fui esta mañana: había quedado en encontrarme en la Casa Antigua, en nuestro “apartamento”.

Ya podía ver desde lejos la masa roja y opaca de la Casa Antigua cuando oí pequeños pasos apresurados tras de mí. Me di la vuelta y vi a O corriendo para alcanzarme.

Parecía extrañamente redondeada. Sus brazos, su pecho, su cuerpo, todo se redondeaba dentro de su *unifo*. Parecía a punto de atravesar la fina tela y mostrarse a la luz del sol. Imagino que allá lejos, entre la confusión verde, los brotes jóvenes perforan de la misma manera la tierra para dar a luz lo más rápido posible tallos, ramas, hojas, flores.

Permaneció frente a mí unos instantes sin decir nada, sonriendo:

—¡Te vi el Día de la Unanimidad! —dijo finalmente.

—Yo también te vi.

Inmediatamente la recosté contra la pared, mientras se protegía el vientre con las manos. Miré involuntariamente esa redondez bajo su uniforme.

Ella vio mi mirada, se sonrojó y me dijo sonriendo:

—Estoy tan feliz, tan feliz... Mira, estoy rebosante de alegría. No oigo nada de afuera, pero escucho, dentro de mí...

Me quedé en silencio, había algo extraño en mi cara y no podía deshacerme de ello. De repente, sonriendo cada vez más, agarró mi mano, en la que sentí sus labios... Era la primera vez que esto me pasaba en la vida. Era una caricia antigua que aún no conocía. Viniendo de ella, sentí tal vergüenza y tal dolor que arranqué violentamente mi mano de la suya:

—Estás loca. ¿De qué te alegras? ¿Cómo puedes olvidar lo que se te viene encima? Si no es ahora, será en un mes, en dos meses...

Su sonrisa se desvaneció, sus curvas se encogieron y se aplastaron. Sentí en el corazón una compresión desagradable, casi enfermiza, mezclada con un sentimiento de lástima. El corazón no es más que una bomba perfecta. Y una compresión o absorción mientras está bombeando es técnicamente absurda. Por eso todos los amores y lamentos del corazón fruto de esa compresión son ciertamente absurdos, antinaturales y enfermizos.

El silencio nos envolvió. A nuestra izquierda, teníamos el turbio Muro Verde y, frente a nosotros, la masa roja sombría. Estos dos colores, fusionándose, me dieron una idea brillante.

—Espera, sé cómo salvarte. Te evitaré el horror de ver un instante a tu hijo y luego morir. Podrás alimentarlo, ¿comprendes? Podrás verlo crecer y desarrollarse como una fruta en tus brazos.

Se apoyó en mí temblando.

—¿Te acuerdas de esa mujer, I, a la que conocimos durante un paseo hace tiempo? Está aquí, en la Casa Antigua. Vayamos a verla. Te prometo que arreglaremos todo de inmediato.

Ya me veía guiándola por los corredores hasta las flores, la hierba y las hojas. Pero ella retrocedió; las puntas de su media luna rosa temblaron y se curvaron hacia abajo.

—¿Esa es *la otra*? —dijo.

—Bueno... —dudaba—. Sí, es ella.

—Y quieres que vaya a verla, que le pida... que... ¡No vuelvas a hablarme de eso!

Se alejó rápidamente, pesarosa, y se giró para gritarme:

—¡Moriré, qué más da! ¡No es asunto tuyo, y a ti te da igual!

Volvió el silencio. Bloques de murallas y torres caían y crecían visiblemente a una velocidad vertiginosa, pero aún les quedaban horas, quizá días, para surcar el azul infinito. Hilos flotaban lentamente, invisibles; se me pegaban a la cara y era imposible quitármelos.

Caminé lentamente hacia la Casa Antigua, con el corazón comprimido.

## NOTA 30
## La última cifra. El error de Galileo. ¿No sería mejor...?

Ayer tuve una conversación con I en la Casa Antigua, en medio de un torbellino que dificultaba el desarrollo lógico de mis ideas. Estábamos rodeados de flores rojas, verdes, blancas y naranjas... El viejo poeta de nariz respingada nos dedicaba su sonrisa de mármol.

Reproduzco esta conversación palabra por palabra porque, me parece, tendrá una importancia decisiva en el destino del Estado Único e incluso en el destino del Universo. Además, vosotros, mis lectores desconocidos, encontraréis en ella mi justificación…

I me atacó bruscamente, sin ninguna preparación:

—Sé que el primer vuelo de prueba del *Integral* tendrá lugar pasado mañana. Tomaremos posesión de él ese día.

—¿Qué? ¿Pasado mañana?

—Sí; siéntate, no te alteres. No tenemos ni un minuto que perder. Entre los cientos de números tomados al azar de diferentes lugares, hay diez Mefis. Si dejamos pasar dos o tres días sin hacer nada, perderemos la oportunidad.

Me quedé en silencio.

—Para observar las pruebas, son necesarios electricistas, mecánicos, médicos, meteorólogos. Al mediodía, recuerda esto que te digo, cuando se les llame para almorzar y entren a la cantina, nosotros nos quedaremos en el corredor y los encerraremos. El *Integral* será nuestro... ¿Entiendes? ¡A toda costa! El *Integral* será en nuestras manos un arma que nos permitirá acabar con todo de un plumazo, rápido e indoloro. Están sus aviones, por supuesto, pero serán como mosquitos contra un halcón. Y luego, si es necesario, dirigiremos los propulsores hacia abajo y, por sí solos…

Di un salto:

—¡Es una locura! No tiene ningún sentido. ¿No ves que lo que estás preparando es una revolución?

—Sí, es la revolución, ¿por qué va a ser una locura?

—Porque no puede haber una revolución. Porque la nuestra fue la última revolución y no puede haber otra. Todo el mundo lo sabe.

Advertí cómo se formaba el triángulo burlón de sus cejas.

—Querido amigo, tú eres matemático, es más, eres filósofo-matemático. Bien, dime la última cifra.

—¿Qué? No te entiendo, ¿qué última cifra?

—¡Pues entonces dime la cifra mayor, la más grande!

—Pero, I, eso es absurdo. El número de cifras es infinito, no puede haber una última ni una mayor.

—Entonces, ¿por qué hablas de la última revolución? No hay una última revolución, el número de revoluciones es infinito. Lo último es para los niños: el infinito les asusta, y deben dormir tranquilos por la noche…

—Pero, en nombre del Benefactor, ¿qué sentido tiene todo esto? Para qué, si todo el mundo es feliz.

—Supongamos... Bueno, supongamos que es así. ¿Y después qué?

—Eso es ridículo, es una pregunta completamente infantil. Cuéntales a los niños un cuento, llega hasta el final, y aun así no dejarán de preguntarte: “¿Y luego qué pasó?”

—Los niños son los únicos filósofos audaces —dijo I—. Y los filósofos audaces son necesariamente niños. Debemos ser como niños, debemos preguntarnos siempre: “¿Y luego qué?”

—¡No hay nada más! Punto. Por todo el universo, uniformemente repartidos, por todas partes...

—¡Vaya! “Uniformemente extendido por todas partes”, ahí está, la entropía, una entropía psicológica. ¿No sabes, matemático, que sólo hay vida mediante las diferencias: variaciones de temperatura, variaciones de potencial? Y si el mismo calor o el mismo frío reinan en todas partes del universo, hay que sacudirlos para que surja el fuego, la explosión, el infierno. Los sacudiremos.

—Sí, I, lo comprendo muy bien. Eso es precisamente lo que hicieron nuestros antepasados durante la Guerra de los Doscientos Años…

—Y tenían toda la razón, la tenían absolutamente. Pero cometieron un error: creyeron que eran la última cifra, pero ese número no existe en la naturaleza. Su error es el mismo que el de Galileo. Tenía razón al creer que la Tierra gira alrededor de un centro, pero no sabía que la verdadera órbita de la Tierra no es un círculo simple…

—Y vosotros, los Mefis, ¿no os equivocáis?

—Al menos sabemos que no somos la última cifra. Quizás lo olvidaremos. Es más, seguramente lo habremos olvidado cuando nos hagamos viejos, porque todo envejece. Y entonces caeremos, como hojas en otoño, como tú pasado mañana... Pero no, querido, tú no caerás, estás con nosotros, eres uno de nosotros.

Estaba enfebrecida, deslumbrante, transformada; nunca la había visto así. Me estrechó contra sí, y yo me desaparecí en ella…

Entonces me miró fijamente a los ojos:

—¡Recuerda, al mediodía!

—Sí, lo recordaré —respondí.

Se fue. Me quedé solo en medio del torbellino: entre las flores azules, rojas, verdes, amarillas, naranjas…

“Sí, pensé, al mediodía.” Y de repente tuve la absurda sensación de que me habían lanzado algo al rostro, y no podía quitármelo. Entonces pensé en la noche anterior, en lo que U me había dicho de I... Todo era absurdo.

Corrí para llegar a la casa lo antes posible. Quedaban atrás los agudos trinos de los pájaros de más allá del Muro. Y vi ante mí, emergiendo del fuego púrpura del atardecer, las cúpulas, los enormes cubos humeantes, la cúspide de la Torre del Acumulador como un destello enhiesto en el cielo. Y pensé que yo, con mis propias manos, iba a destruir esa impecable belleza geométrica... ¿No había otra solución, otra salida?

Pasé ante un auditorio cuyo número ya no recuerdo. Dentro, los bancos estaban alineados contra las paredes. En el centro, las mesas estaban cubiertas con sábanas blancas como la nieve, teñidas de un rojo de sangre por el ocaso. Un significado desconocido se escondía en estos preparativos, y por eso la gente pensaba en el mañana con ansiedad. Es antinatural para el intelectual vivir entre irregularidades, incógnitas, X. Es como si te obligaran a caminar con los ojos vendados, a tientas, cuando sabes que estás al borde de un precipicio y que un solo paso en falso bastaría para convertirte en piltrafas de carne sanguinolenta.

Y si... ¿y si me tirara de cabeza al agua, sin esperar? ¿No sería esa una forma natural y lógica de resolverlo todo?

## NOTA 31
## La Gran Operación. Lo perdono todo. Choque de trenes.

Nos hemos salvado. Ha ocurrido en el último momento, cuando ya no teníamos nada a lo que aferrarnos y todo parecía concluido.

Estás subiendo los escalones de la terrible Máquina del Benefactor, te cubren con la Campana de Cristal: entonces, rápido, rápido, por última vez en tu vida, devoras el cielo azul con la mirada…

Y entonces te das cuenta de que todo fue sólo un sueño. Ves que el sol es rosado y alegre, te alegras al acariciar la fría pared y al hundir la cabeza en la almohada…

Eso es más o menos lo que sentí al leer el *Diario Oficial* esta mañana. Un sueño espantoso acaba de terminar. ¡Y yo, un miserable incrédulo, que ya pensaba en el suicidio! Me avergüenza releer las últimas líneas que escribí ayer. Pero da igual, permanecerán como un recuerdo de estos increíbles acontecimientos que pudieron haber sucedido y no sucederán... Los siguientes párrafos relumbraban en la portada del *Diario Oficial*:

*ALEGRAOS*

*Porque, desde hoy, sois perfectos. Hasta hoy, vuestras hijas las máquinas eran más perfectas que vosotros.*

*Cada chispa de una dinamo es una chispa de razón pura, cada movimiento de un pistón es un silogismo irreprochable. ¿No encontráis en vosotros la misma razón infalible?*

*La filosofía de las grúas, bombas y prensas es clara y completa como una circunferencia. ¿Es vuestra filosofía menos circular?*

*La belleza de un mecanismo reside en su ritmo preciso y siempre igual, como el de un péndulo. Pero vosotros, que habéis sido criados desde la infancia con el sistema Taylor, ¿no tenéis la precisión del péndulo?*

*Solamente los mecanismos carecen de imaginación. ¿Habéis visto alguna vez una sonrisa soñadora en el cilindro de una bomba mientras está en funcionamiento? ¿ Habéis oído alguna vez a las grúas suspirar y quejarse durante sus horas de descanso?*

*NO*

*Pero vosotros, ¡os sonrojáis! Los Guardianes ven vuestras sonrisas y oyen vuestros suspiros cada vez más frecuentes. Ocultad vuestro rostro: los historiadores del Estado Único quieren abandonar para no tener que registrar sucesos tan vergonzosos.*

*Pero no es vuestra la culpa: estáis enfermos.*

*Vuestra enfermedad es la imaginación.*

*Es un gusano que traza surcos denegridos en vuestras frentes. Es una fiebre que os obliga a correr más lejos, aunque ese “más lejos” comienza donde termina la felicidad. Es la última barrera en el camino a la felicidad.*

*¡Alegraos, ya ha sido vencida!*

*¡El camino está despejado!*

*El último paso que la Ciencia Estatal acaba de dar consiste en descubrir el órgano de la imaginación. Una triple aplicación de rayos X en este órgano os curará para siempre.*

*Seréis perfectos, seréis como máquinas; el camino a la felicidad se ha abierto del todo. Apresuraos, jóvenes y viejos, apresuraos a someteros a la Gran Operación. Corred a los Auditorios donde se realiza.*

*¡Viva la Gran Operación, viva el Estado Único, viva el Benefactor!*

Si en lugar de leer todo esto en mis notas, que parecen una vieja novela fantástica, hubierais tenido en vuestras manos, como lo tuve yo, ese periódico que aún olía a tinta fresca... Y si hubierais sabido, como sabía yo, que esta es una realidad que, si no ocurre hoy, ocurrirá mañana, sin duda habríais sentido lo mismo que yo. ¿No os habrían dado vueltas la cabeza? ¿No se estremecerían vuestras espaldas y brazos como por el contacto con el hielo? ¿No os habríais creído gigantes, Atlas, que de levantaros daríais con la cabeza contra el techo de cristal?

Descolgué el auricular:

—I-330. Sí, 330. ¿Estás en casa? ¿Sí? ¿Has leído el periódico? ¡Es extraordinario!

—Sí... —Hubo un largo y oscuro silencio. El auricular vibró imperceptiblemente; estaba pensando en algo—. Necesito verte hoy sin falta. Sí, en mi casa después de las dieciséis. ¡Sin falta!

Caramba, qué amable está. Dijo "sin falta", pensé. Sonreía sin parar y me pareció que llevaría esa sonrisa conmigo a la calle, como un farol, en lo alto de mi cabeza…

Afuera, el viento me azotaba. Se arremolinaba, silbaba y me dejaba sin aliento; pero eso también me llenaba de alegría. "Aúlla, sopla, no importa, ya no puedes derribar muros." Nubes de hierro fundido negro se rompieron sobre mi cabeza: "¡No oscurecerás el sol, lo hemos encadenado al cenit, somos Josué, hijos de Nun!"

En un rincón, un grupo de Josués esperaban, con la frente pegada a la pared de cristal. Dentro, uno de ellos ya estaba tumbado en la mesa blanca. Podíamos ver sus pies descalzos formando un ángulo amarillo, y a los médicos inclinados sobre su cabeza; una mano blanca con una jeringa se acercaba.

—¿Y tú, qué esperas? —pregunté al azar.

—¿Y tú? —respondió una cabeza redonda.

—Yo vendré más tarde, ahora tengo que…

Me alejé, un poco preocupado. Tenía que verla primero. No habría sabido decir por qué.

En el Arsenal, el *Integral* brillaba y relucía con toda su masa azul. Una dinamo zumbaba en la sala de máquinas, como si me repitiera la misma palabra una y otra vez, una palabra acariciadora y conocida. Me incliné y acaricié el largo y frío tubo del propulsor.

—¡Qué tubo tan delicioso! Mañana cobrarás vida, te estremecerás, por primera vez en tu vida, sentirá poderosos temblores…

¿Con qué ojos habría mirado a este poderoso monstruo si todo hubiera seguido igual que ayer? Si hubiera sabido que mañana, al mediodía, lo traicionaría...

Sentí un roce en el codo, me giré y vi detrás de mí el rostro terso del Segundo Constructor.

—¿Has oído las noticias? —me preguntó.

—¿El qué? ¿La Operación? Sí, es extraordinario. Todos, todos a la vez…

—No, no es eso. El vuelo de prueba se ha pospuesto hasta pasado mañana, todo por culpa de la Operación. Para qué sirvió tanta prisa y esfuerzo…

"Todo por culpa de la Operación"... Qué hombre tan ridículo y estrecho de miras. No ve más allá de sus narices. Si supiera que, sin la Operación, estaría encerrado mañana al mediodía, en una celda de cristal, intentando escalar la pared...

Regresé a casa a las doce y media y encontré a U en mi habitación. Estaba sentada a mi mesa, en una postura erguida y severa, con la cabeza entre las manos. Debió de haber esperado mucho

tiempo, porque al levantarse, las marcas de sus dedos —cinco vetas blancas— le marcaban la mejilla.

Pensé por un momento en aquella desafortunada mañana en que U y yo nos encontramos cara a cara, llenos de indignación. Pero solo duró un segundo; todos esos recuerdos fueron borrados por la radiante luz del sol. Si, al entrar en tu habitación a plena luz del día, sin darte cuenta, enciendes la luz, la lámpara se enciende, pero su luz parece ridícula, pobre, inútil y ahogada por la luz del sol.

Le tendí la mano sin dudarlo porque lo perdonaba todo. Los tomó y los apretó con fuerza entre sus dedos huesudos, y luego me declaró, haciendo temblar sus mejillas, que semejaban baratijas:

—Te estaba esperando... Solo me quedaré un minuto, solo quería decirte lo feliz que soy, lo feliz que me siento por ti. Mañana, quizá pasado mañana, estarás perfectamente bien, volverás a nacer.

Vi sobre la mesa las dos últimas páginas que había escrito ayer. Estaban todavía tal como las dejé. Al principio temí que las hubiera leído, luego pensé que no importaba, que era historia antigua, algo así como un paisaje contemplado a través del cristal de un catalejo...

—Sí —le dije—. Sabes, estaba en el bulevar cuando vi la sombra de un hombre caminando delante de mí. ¡Imagínate, esa sombra era luminosa! Estoy convencido de que mañana, ni los hombres ni las cosas proyectarán sombras, el sol brillará a través de todo...

—Eres una fantaseador —respondió con voz firme y dulce—. No permitiría que mis alumnos en la escuela hablaran así.

Entonces me contó que había llevado a todos sus alumnos a la Operación, que tuvieron que ser atados, que tuvieron que ser amados sin piedad, y que, por fin, había tomado una decisión...

Se ajustó el dobladillo del vestido que le había caído entre las rodillas, me envolvió con una sonrisa y se fue sin decir palabra.

Por suerte, el sol aún no se había puesto. A las dieciséis, llamé a la puerta de I con el corazón latiéndome con fuerza.

—¡Pasa

Me senté en el suelo junto a su butaca, le besé las rodillas y la miré a los ojos. Me vi reflejado en cada uno de ellos, en un maravilloso cautiverio... ¿Qué importaba si, al otro lado del muro, la tormenta rugía y las nubes se fundían? Las palabras se agolpaban en mi cabeza y se desbordaban en un tumulto. Volaba lejos, con el sol; o mejor dicho, no, ahora sabíamos adónde íbamos. Los planetas me seguían, algunos llenos de fuego y poblados de flores ardientes, otros, mudos y azules, donde las piedras se reunían en sociedades organizadas, y otros que habían alcanzado, como nuestra tierra, la cima de la felicidad absoluta, al cien por cien.

—¿Pero no te parece que la cima consiste precisamente en la unión de las piedras en sociedades organizadas? —dijo una voz por encima de mi cabeza.

El triángulo se hizo cada vez más agudo, cada vez más sombrío, y continuó:

—¿Qué es la felicidad? Todos los deseos son dolorosos, y no puede haber felicidad a menos que se reprima hasta el último de ellos. ¡Qué error hemos cometido hasta ahora al poner el signo más delante de la felicidad! Es el signo menos el que se encuentra delante de la felicidad absoluta, el divino signo menos.

Recuerdo que balbuceé distraídamente:

—El cero absoluto es −273°.

—Exactamente. Hace un poco de frío, pero ¿no demuestra eso que estamos en la cima?

Como otras veces, ella habló por mí, desarrollando mis ideas. Me pareció tan horrible que no pude soportarlo, así que le corté con esfuerzo.

—Estás... estás bromeando…

Se rió muy fuerte, demasiado fuerte, alcanzando la cima de la risa en un segundo, luego se detuvo y se hizo el silencio.

Se levantó, puso sus manos sobre mis hombros y me miró un buen rato, luego me atrajo hacia ella, y todo lo que sentí fueron sus labios suaves y ardientes.

—¡Adiós!

La palabra descendió hasta mí lentamente, tardó un minuto, quizá dos.

—¿Qué dices? ¿Adiós?

—Estabas enfermo, por mi culpa cometiste crímenes. ¿No sufriste? La Operación te curará de mí. ¡Adiós!

—¡No! —grité.

El triángulo negro se volvió implacable:

—¿Cómo? ¿Rechazas la felicidad?

La cabeza me daba vueltas; dos trenes acababan de chocar allí mismo, se habían destrozado; todo daba vueltas y crujía.

—Así que elige: la Operación y la felicidad absoluta, o…

—No puedo prescindir de ti, no puedo hacer nada sin ti —le dije, o mejor dicho, creo que lo pensé, no lo recuerdo, pero I me comprendió.

—Sí, lo sé —respondió.

Y sujetándome por los hombros y fijando su mirada en la mía, agregó:

—Entonces, nos vemos mañana. Mañana al mediodía, ¿te acordarás?

—No, el vuelo se ha pospuesto hasta pasado mañana…

Caminé solo por la calle oscura. El viento se arremolinaba en torno mío, empujándome como un trozo de papel. Los escombros del cielo derruido volaban, corrían, aún les quedaba un día para volar hacia el infinito, quizá dos... Varios *unifos* me rozaban, pero caminé solo. Estaba claro: todos estaban a salvo, pero no había salvación para mí, porque no la quería.

## NOTA 32
## No lo creo. Tractores. Desechos humanos.

¿Crees que morirás? Sí, lo sé: “El hombre es mortal, yo soy hombre, por lo tanto...” Sé que lo sabes, pero te pregunto si alguna vez lo has creído, si lo has creído no en tu mente, sino en tu cuerpo, si has sentido que los dedos que sostienen esta hoja de papel un día estarán amarillos y helados…

No, no lo crees, por eso aún no has saltado de un décimo piso, por eso sigues comiendo, pasando páginas, afeitándote, sonriendo, escribiendo.

Eres exactamente igual que yo hoy. Sé que la manecilla negra de mi reloj viajará adelante, hacia la medianoche, luego ascenderá lentamente, pasará una última línea, y comenzará el mañana. Lo sé, pero no lo creo, o mejor dicho, me parece que estas veinticuatro horas se convertirán en veinte años. Por eso todavía puedo hacer algo, ir a algún sitio, responder, trepar por una trampilla hasta la cúspide del *Integral*.

Lo siento mecerse en el agua y me veo obligado a agarrarme a una barandilla cuyo frío cristal me hiela la mano. Veo las grúas doblando el cuello, extendiendo los picos y alimentando al *Integral* con el terrible combustible explosivo destinado a los propulsores. Veo, río abajo, las venas y nudos que forma el agua levantada por el viento. Pero todo parece muy lejano, extraño y plano, como un dibujo en una hoja de papel. El rostro del Segundo Constructor se agita y dice:

—Veamos, ¿cuánto combustible necesitamos para los propulsores? Si volamos tres horas, tres horas y media…

Mi mano está ante mí, sosteniendo la regla de cálculo, donde leo: 15.

—Quince toneladas. Pero es mejor que repostes cien.

Es porque, a pesar de todo, sé que mañana... Veo, subrepticiamente, temblar mi mano.

—¿Cien? ¿Por qué tanta cantidad? ¡Hay para una semana, para más de una semana!

—Nunca se sabe...

Pero yo sí lo sé...

* * *

El viento silbaba, el aire parecía estar repleto de una sustancia invisible. Me costaba respirar y caminar. Al final del bulevar, en lo alto de la Torre Acumuladora, la manecilla del reloj avanzaba lentamente, sin detenerse ni un segundo. La Torre, con su punta azul entre las nubes, rugía sordamente mientras absorbía electricidad. Los altavoces de la Fábrica Musical resonaban.

La gente caminaba como siempre, en grupos de cuatro. Pero sus filas parecían flotar; se balanceaban y se doblaban cada vez más, quizá por el viento. Chocaban con algo en una esquina, retrocedían y se acurrucaban, petrificados y jadeantes, con el cuello estirado, como una bandada de gansos.

—¡Mira, rápido, allá!

—¿Son ellos?

—Yo..., por nada del mundo. Preferiría tener la cabeza bajo la Máquina.

—¡Más bajo! ¡Estás loco!

La puerta del Auditorio estaba abierta de par en par, y un grupo plomizo de unos quince hombres emergía lentamente. Pero “hombres” no es la palabra correcta: no tenían piernas, sino una especie de mecanismo impulsado por una máquina invisible. Se habían convertido en tractores con

forma humana. Una pancarta blanca con un sol dorado ondeaba al viento sobre sus cabezas. Alrededor del sol estaban escritas las siguientes palabras: “Somos los primeros. Nos hemos sometido a la Operación. Haced todos lo mismo.”

Se abrían paso entre la multitud, y si hubieran estado frente a un muro, un árbol o una casa, no se habrían detenido y habrían atravesado esos obstáculos. Al llegar al centro de la avenida, se tomaron del brazo y formaron una cadena, con la cara vuelta hacia nosotros. Esperamos, tensos, con el cuello estirado. El viento silbaba bajo las nubes negras. De repente, los extremos de la cadena se curvaron, se cerraron a nuestro alrededor y, tan rápido como una máquina pesada bajando una colina, nos empujaron hacia la puerta abierta de par en par…

—¡Nos rodean, cada uno que se vaya por su lado! —se oyó una voz estridente.

Todos huimos. Aún quedaba un espacio libre junto al Muro, por el que nos apresuramos. Las cabezas se agolpaban y confundían, al igual que los codos, los hombros y las caderas. Era como agua que, tras ser comprimida en una bomba, se extiende como un abanico. Vislumbré al hombre en forma de S por un segundo. Desapareció al instante, y me quedé solo, corriendo entre brazos y piernas.

Me detuve bajo un porche para recuperar el aliento y me apreté contra la puerta. Apenas había llegado cuando un desecho humano se me pegó, como una hoja arrastrada por el viento...

—Te he estado siguiendo todo el tiempo... Y no quiero... ¿entiendes? Por eso acepto...

Unas pequeñas manos rosadas se posaron en mi manga, unos ojos azules y redondos me miraron: era O. Se deslizó por la pared y se desplomó en los fríos escalones. Le acaricié la cabeza y la cara, mojándome las manos. Me pareció que yo era muy grande y que ella era una pequeña parte de mí. ¡Con I era muy diferente! Experimenté una sensación que debía de parecerse a la que sentían los antiguos hacia sus hijos.

—Todas las noches... no podré, si me operan... Todas las noches, sola en la oscuridad, pienso en él, en cómo será, en cómo podré... Ya no tendré motivos para vivir, ¿entiendes? Debes, debes...

Hablaba con las manos cubriéndose el rostro, y apenas pude entenderla.

Era algo absurdo, pero estaba convencido de que debía hacerlo. Era absurdo porque este deber sólo era un delito. Era aún más absurdo porque el color blanco no puede ser negro: el deber y el delito no pueden combinarse. ¿A no ser que, en la vida, no haya ni blanco ni negro, y el color dependa solo de ciertas premisas establecidas? Si una de las premisas consiste en haberle dado un hijo ilegalmente…

—Está bien, no llores más —le dije—. Te llevaré a I, como te propuse, y ella…

—Sí —respondió con las manos todavía sobre la cara.

Le ayudé a levantarse. Íbamos en silencio por la calle oscura, absortos en nuestras preocupaciones, que quizá eran las mismas. Caminamos entre casas plomizas, azotados por el viento que aullaba…

A pesar del ruido, oí unos pasos familiares chapoteando en los charcos. Me giré en una esquina y, entre las nubes negras que se reflejaban en el cristal turbio de la calzada, vi a S. Mis brazos dejaron de balancearse al ritmo de mis piernas; comencé a decirle a O en voz alta que mañana era el primer vuelo del *Integral*, que sería absolutamente extraordinario, maravilloso y aterrador.

—Imagínate, estar fuera de la ciudad por primera vez en tu vida y ver... ¿quién sabe qué hay detrás del Muro Verde?

O me miró con asombro, viendo cómo mis manos se agitaban violentamente sin motivo alguno. No le dejé decir ni una palabra y hablé y hablé sin parar. Dentro de mí, la misma idea se repetía febrilmente: “No puede ser, hay que pensar algo, no puedo llevar a este tipo tras de mí a casa de I.”

En lugar de girar a la izquierda, giré a la derecha. El puente nos sostuvo sumisamente. Las luces de las casas ribereñas se extendieron por el agua y se desintegraban en miles de chispas, constantemente agitadas y salpicadas de espuma blanca. El viento gemía como la cuerda de un contrabajo, y a través del ruido, podía oír los pasos de S todo el tiempo.

Llegamos a mi alojamiento. O se detuvo:

—No, me lo prometiste… —empezó.

No le di tiempo a terminar y la empujé rápidamente dentro, al vestíbulo.

Sobre la mesa de control, las mejillas que tan bien conocía, colgaban temblando de agitación. U estaba rodeada por un nutrido grupo de números que parecían discutir. Las cabezas se asomaban desde el segundo piso, y la gente bajaba una a una. Pero os lo contaré más tarde…

Llevé a O a la esquina opuesta, me senté de espaldas a la pared (en la calle vi una sombra de gran cabeza paseándose por la acera) y saqué mi bloc de notas.

O se sentó lentamente en una butaca. Su cuerpo parecía diluirse y fundirse bajo su uniforme; solo quedaba de ella su ropa, vacía, y sus ojos, igualmente vacíos, devorándome.

—¿Por qué me has traído aquí? —dijo cansadamente—. ¿Me has engañado?

—No... ¡Pero habla más bajo! Mira allá, en la calle, ¿lo ves?

—Sí, hay una sombra.

—Siempre está detrás de mí... No puedo guiarte por mí mismo, ¿entiendes? No dejará de vigilarme.

Su cuerpo volvió a la vida imperceptiblemente bajo su uniforme, y un resplandor animado coloreó sus mejillas.

Escribí una breve nota e introduje el papel en sus dedos helados; apreté su mano con fuerza y miré por última vez sus ojos azules.

—Adiós, puede que algún día…

Retiró su mano de la mía y lentamente dio dos pasos, con el cuerpo encorvado, luego se giró rápidamente hacia mí. Sus labios se movieron; con los ojos, los labios, con todo su cuerpo, me repitió una palabra, siempre la misma. Y qué sonrisa tan insoportable, qué dolor…

Entonces, ese desecho humano se dirigió a la puerta, y vi alejarse rápidamente su sombra miserable sin volver la cabeza.

Me acerqué a la mesa de U. Estaba muy agitada y me dijo, inflando las agallas:

—Se han vuelto todos locos. Aquí hay alguien que afirma haber visto a un hombre desnudo y peludo cerca de la Casa Antigua…

—Sí, y repito que yo también lo vi —dijo una voz.

—¿Qué te parece? ¡Están delirando!

La palabra “delirando” fue pronunciada con una convicción tan inquebrantable que, pensando en todo lo que había visto y hecho en los últimos días, me pregunté si yo también estaría delirando.

Mirando mis manos peludas, recordé lo que I me había dicho:

—Sin duda tienes unas gotas de sangre silvestre... Quizás por eso…

¡No, por suerte yo no estoy delirando!

# NOTA 33
## Ésta es la última. Escrita aprisa, no tiene título.

Es hoy.

Corro hacia el *Diario* y lo hojeo. Mis ojos me parecen en este momento un instrumento ajeno, como una pluma o un cuaderno.

El siguiente párrafo aparece en letras grandes en la portada.

*Los enemigos de la felicidad no duermen. Aferra tu felicidad con firmeza. Todo trabajo cesará mañana para que cada número se someta a la Operación. Los que no se presenten serán enviados a la Máquina del Benefactor.*

¡Mañana! ¿Habrá un mañana para el día de hoy?

Siguiendo mi rutina diaria, me dispongo a guardar el *Diario* de esta mañana con los demás, en una carpeta dorada.

¿Por qué lo hago? Nunca volveré a abrir esta carpeta…

El periódico cae al suelo. Miro alrededor de mi habitación para recoger y recordar como un equipaje invisible, todo aquello que lamento abandonar: mi mesa, mis libros, la butaca en la que me siento y, más allá, mi cama…

Dejo pasar otro minuto, esperando un milagro. El teléfono quizás suene, puede que me diga que...

El milagro no se produce.

Salgo a la oscuridad. Estas son mis últimas líneas. Adiós, queridos desconocidos, con quienes he vivido tantas páginas, a quienes me he mostrado enteramente, con mi alma que sufre, hasta la última clavija torcida, hasta el último resorte roto…

Me voy.

## NOTE 34
## Los renegados. La noche soleada. Una Valquiria radiotelegrafista.

¡Ojalá me hubiera reventado a mí mismo y a todos los demás, ojalá me hubiera encontrado con ella en algún lugar tras el Muro, entre las fieras, ojalá no hubiera vuelto nunca! ¡Habría sido mil veces, un millón de veces mejor! ¿Qué voy a hacer ahora? Ir a estrangular a esa... Pero no arreglaría nada.

No, D-503, recupérate. Sumérgete, aunque sea por un instante, en la lógica omnipotente, presiona la palanca con todas tus fuerzas y, como los esclavos de antaño, gira la rueda de molino de los silogismos hasta que hayas comprendido y transcrito todo lo que ha ocurrido...

Cuando subí al *Integral*, todos estaban en su puesto, todas las células de esta gigantesca colmena estaban operativas. Al otro lado del puente vislumbrábamos a los operadores de telégrafo, electricistas, pilotos, todos los operarios reducidos a las escala de un mundo de hormigas. En la cabina de mando unos números, sin duda enviados por la Oficina Científica, se inclinaban sobre los instrumentos y las tablas.

El Segundo Constructor y dos de sus ayudantes estaban con ellos. Los tres tenían la cabeza hundida entre los hombros como tortugas. Sus rostros eran de un gris otoñal apagado.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Uno de ellos sonrió forzadamente:

—¡Nada en especial! Pero quizás tengamos que aterrizar quién sabe dónde. Y es que nos va a rodear lo desconocido por todas partes...

Apenas podía mirarlos, yo que, con mis propias manos, en una o dos horas, les privaría de las Reglas, les arrancaría para siempre del seno del Estado Único. Me recordaron la trágica historia de los "Tres Renegados", que todo colegial conoce bien. Tres individuos, a modo de experimento, fueron privados de trabajo durante un mes; podían ir a donde quisieran, hacer lo que quisieran[5]. Los desafortunados deambulaban por su lugar de trabajo, al que miraban con ojos hambrientos. Durante horas y horas, realizaban los movimientos que, en ciertos momentos, se habían convertido en una necesidad para sus cuerpos: serraban y cepillaban, golpeaban clavos invisibles con martillos igualmente invisibles. Finalmente, al décimo día, sin poder soportarlo más, se tomaron del brazo y, al son de una marcha, se adentraron en el río hasta que el agua puso fin a su tortura...

Repito, me angustiaba su vista, así que me dirigí a la salida.

—Voy a echar un vistazo a las máquinas y luego nos vemos.

Me preguntaron algo: cuántos voltios se requerían para la primera explosión, cuánto lastre se necesitaba en los tanques de popa. Tenía un fonógrafo dentro de mí que respondía a todo con total precisión, mientras yo pensaba en mis propios asuntos...

En el estrecho corredor vislumbré por un instante, entre los *unifos* y los rostros grises, al hombre de la frente torcida y los ojos hundidos. Comprendí que estaban allí y que no podía escapar de ellos. Sólo quedaban unos diez minutos... Un temblor constante sacudió todo mi cuerpo como si alguien le hubiera colocado un motor enorme, excesivamente potente. Sentí vibrar todo a mi alrededor: las paredes, los cables, los puntales, las lámparas... No sabía si ella estaba allí. No tuve tiempo de asegurarme porque vinieron a buscarme para iniciar el despegue.

¿Hacia dónde...?

---

5 Este experimento tuvo lugar en el siglo III después de las Reglas.

Todos los rostros se mostraban grises y apagados. Abajo, unas gruesas venas azules se deslizaban por el agua. El cielo parecía de hierro fundido. Me resultó extremadamente difícil asir el micrófono:

—Arriba, a 45°.

Hubo una sacudida y tras la explosión sorda se levantó una montaña de agua verde. El puente se balanceaba como si fuera de goma, y toda la vida quedó a nuestros pies, y pareció alejarse para siempre... En un segundo, los contornos de la ciudad, las cúpulas, el solitario dedo de la Torre del Acumulador, todo se redujo como si cayera por un embudo. Tras atravesar una capa de nubes, vimos el sol y el cielo, cuyo azul se oscurecía, llenándose de una oscuridad en la que las estrellas parecían gotas de sudor plateado…

Entonces llegó la noche astral, negra y densa. Creímos habernos quedado sordos de repente: veíamos a los escapes bramar, pero ya no los oíamos; reinaba el silencio por todas partes. El sol también estaba en silencio.

Todo esto era natural y previsible, pues habíamos abandonado los niveles inferiores de la atmósfera terrestre. Sin embargo, este cambio había sido tan rápido que todos, angustiados, guardaron silencio. En cuanto a mí, sentí una sensación de alivio bajo este sol fantástico; me parecía que había dejado mi cuerpo en algún lugar y que me transportaban a un nuevo mundo donde todo debía ser diferente…

—¡Continuad así —grité por el micrófono, o mejor dicho, no fui yo, sino el fonógrafo que llevaba dentro de mí. Le tendí el micrófono al Segundo Constructor con mano de autómata y, sacudido por un temblor molecular que sólo yo podía percibir, bajé corriendo a buscarla...

Llegué a la puerta de la sala de mando, la misma que, en una hora, estaría cerrada... Al lado se hallaba un hombre pequeño con un rostro como el de cientos, de miles de personas. Sin embargo, tenía unos brazos extraordinariamente largos que le llegaban hasta las rodillas como si se los hubieran adjudicado por error. Extendió el brazo y me impidió el paso:

—¿Adónde vas?

Vi que no sabía que yo estaba al tanto. Le respondí en voz alta y seca:

—¡Soy el Constructor del *Integral* y dirijo las maniobras!

Bajó el brazo.

En la sala, había cabezas, algunas canosas, otras jóvenes y calvas, inclinadas sobre mapas e instrumentos. Las examiné y salí por un pasillo hacia la Sala de Máquinas. Había un ruido ensordecedor y un calor sofocante, causado por los tubos, al rojo vivo por las explosiones. Las palancas bailaban frenéticamente y las manecillas del dial temblaban constantemente.

Vi al tipo de la frente torcida cerca del taquímetro:

—Escucha —le grité al oído— ¿dónde está I?

—En la sala de Transmisiones —respondió con una sonrisa.

Corrí hacia allá.

Había tres números, todos con auriculares. Ella parecía mayor de lo habitual, alada y brillante como las antiguas Valquirias. Las chispas azules que salían de la punta de su dispositivo parecían emanar de ella, al igual que el tenue olor a ozono que impregnaba la habitación.

—Necesito a alguien... aquí, a ti… —le dije, aún sin aliento por la carrera—. Tengo un mensaje que enviar a la base. Ven conmigo para que te lo dicte.

Me senté junto a ella, cerca del dispositivo, le tomé la mano por debajo de la mesa y la apreté con fuerza.

—Y ahora, ¿qué va a ocurrir?

—No lo sé. Es maravilloso volar sin tener idea de adónde... Pronto llegará el mediodía, y no sabemos qué pasará. ¿Y esta noche? ¿Dónde estaremos los dos esta noche? Quizás sobre la hierba, sobre las hojas secas…

Brillaba y desprendía un aroma a relámpago. Mi temblor aumentó.

—Escribe —dije en voz alta, todavía sin aliento—. Hora: 11:30, velocidad: 5.800…

—O vino a verme anoche con tu nota... —me dice en voz baja—. Lo sé todo, calla. En suma, es tu hija. Ahora está al otro lado del Muro. Vivirá…

Volví al puente de mando. Afuera reinaba la misma noche, con el cielo estrellado y el sol cegador. El minutero avanzaba lentamente.

Preferiría que esto ocurriera más cerca de tierra.

—¡Alto! —se me oyó gritar por los altavoces.

Seguimos avanzando impulsados por la inercia, cada vez más despacio. El *Integral* permanece como suspendido por un hilo invisible durante un instante, y luego el hilo se rompió y el *Integral* cayó como una piedra, cada vez más rápido. Pasaron diez minutos en silencio; podía oír mis latidos. La saeta del reloj se acercaba al mediodía.

El autómata que llevo dentro tomó el megáfono, ordenó:

—Velocidad media —y la piedra detuvo su caída. Sólo rugían cuatro propulsores, dos a popa y dos a proa, así que el *Integral* pronto se paralizó. Permaneció inmóvil como si estuviera anclado, a pocos kilómetros por encima de la tierra.

Todos corrieron a cubierta ya que faltaban pocos minutos para el almuerzo. Inclinados sobre la barandilla, contemplamos con avidez el mundo desconocido que se extendía al otro lado del Muro. Vimos manchas de ámbar, verde y azul: todo eran bosques, prados y lagos. En el borde de una pequeña hondonada cubierta de ruinas amarillentas, sobresalía un dedo amenazador: sin duda el campanario milagrosamente conservado de una antigua iglesia.

—¡Mirad, a la derecha!

Una mancha se movía rápidamente en la verde soledad, proyectando una sombra marrón. Me acerqué mecánicamente el telescopio a los ojos y vi una manada de caballos galopando por la pradera, con seres marrones, negros y blancos sobre sus lomos…

—¡Estoy seguro de que vi una cara! —dijo una voz a mi espalda.

—¡Y otras más!

—Coged este telescopio…

Los caballos habían desaparecido; el desierto había vuelto a quedar inmóvil. De repente, y sobre todo este desierto, sonó la campana que nos llamaba a comer. En un minuto darían las doce...

El mundo a mi alrededor pareció dislocarse de pronto. Una placa dorada cayó a mis pies. Alguien repetía: “Seguro que era una cabeza”. La puerta del salón, abierta, dibujaba una mancha oscura en la pared. Unos dientes blancos me sonrieron…

En el momento exacto en que empezó a sonar la hora, la puerta quedó bloqueada de repente por los brazos larguísimos con los que me había topado un momento antes.

—¡Alto!

Unos dedos atenazaron mi mano; era I.

—¿Quién es? ¿Lo conoces? —me pregunta.

Se alzaba sobre todos nosotros con su rostro común, que de repente se había vuelto tan particular:

—¡En nombre de los Guardianes! Escuchadme todos, y entended. Estamos al tanto de todo. Aún no sabemos todos sus números, pero pronto los sabremos. No tendrán el *Integral*, y el vuelo de

prueba continuará hasta el final. ¡No se muevan! Seguirán desempeñando su trabajo como hasta ahora, y después... Nada más.

El silencio siguió a su discurso. Las placas de vidrio parecían disolverse y mis piernas eran como gelatina. I, totalmente pálida, sonrió. Su cabeza estaba rodeada de chispas azules. Me dijo al oído, entre los dientes:

—¡Ah, así que has sido tú! ¡Has cumplido con tu deber, ya está!

Apartó su mano de la mía, y vi cómo su casco de Valquiria se alejaba. Me quedé solo, paralizado, y seguí a los demás en silencio hasta la sala...

“¡Pero yo no he sido! No he hablado con nadie de nuestros planes, salvo con mis páginas blancas y silenciosas…”

Le grité esto en mi interior, desesperado. Estaba sentada frente a mí y no levantó la vista. Una cabeza calva estaba a su lado.

Me pareció que ella le decía:

—¿La nobleza de sentimientos? Pero, querido Maestro, el análisis filosófico de esta expresión demuestra que es un prejuicio, una reliquia de la época feudal. Nosotros…

Sentí que palidecía y pensé que todas las miradas estaban fijas en mí. El autómata dentro de mí hacía los quince movimientos de masticación prescritos con cada bocado. Me encerré en mí mismo como si estuviera en una casa vieja y opaca. Asegurá fuertemente la puerta, cerré las contraventanas...

Tomé de nuevo el micrófono de mando y partimos de nuevo, con el corazón paralizado por la angustia, a través de las nubes, hacia la noche astral. Pasaron minutos y horas... Mi motor lógico funcionaba febrilmente y a toda velocidad. Había visto, en algún lugar del vasto azul, las branquias de U inclinadas sobre mi mesa de trabajo, sobre mis hojas desordenadas. Comprendí que sólo ella...

¡Ah! Si tan solo pudiera llegar a la sala de transmisiones... Ver los cascos alados, oler las chispas...

Recuerdo haberle dicho algo en voz alta. I me atravesó con su mirada, como si fuera de cristal, y respondió con naturalidad:

—Estoy ocupada. Me están transmitiendo un mensaje desde la tierra. Díctale el tuyo a ese...

Tras pensarlo un minuto, dicté con voz firme:

—Catorce horas cuarenta. Descendemos. Propulsores desactivados. Se acabó.

Regresé al puente de mando.

El corazón del *Integral* estaba muerto. Caíamos. Pero mi corazón no caía, sino que me subía por la garganta. Atravesamos las nubes y vimos una mancha verde que se arremolinaba hacia nosotros. Era el fin...

La figura de barro del Segundo Constructor apareció ante mí. Estaba demacrado. Tuvo que ser él quien me empujó hacia atrás con todas sus fuerzas. Me golpeé la cabeza contra algo y mientras me desvanecía, oí vagamente:

—¡Rápido! ¡A toda velocidad!

Dimos un salto violento hacia arriba...

## NOTA 35
## El anillo. La zanahoria. Un asesinato.

No he dormido en toda la noche. Sigo pensando en lo mismo...

Tengo vendada la cabeza a causa del accidente de ayer. Pero no son las vendas lo que me oprime la cabeza, sino un aro, un anillo de acero inexorable. Solo podía pensar en una cosa: matar a U... Matarla, y después ir a buscar a I para preguntarle: “¿Ahora me crees?” Lo malo es que matar es repugnante. La idea de romperle la cabeza a alguien te hace sentir algo a la vez repulsivo e insatisfactorio en la boca. No pude tragar saliva, pero la escupí en un pañuelo, y tenía la garganta seca.

En mi armario conservaba un trozo de pistón que se había reventado al fundirse, y cuya estructura quería examinar al microscopio. Envolví el pistón con mi manuscrito, y mientras bajaba la escalera pensé: “Ahora podrás leerlo hasta la última palabra”. La escalera parecía interminable y los escalones resbaladizos; tenía que limpiarme la boca con el pañuelo a cada momento. Mi corazón latía con fuerza al llegar al final. Saqué el pistón del paquete y me acerqué al puesto de control.

Su escritorio estaba desierto y frío, cubierto de manchas de tinta. Recordé que hoy había que detener todo trabajo para que los números pasaran la Operación, y comprendí que no había ninguna razón para que ella estuviese aquí: no podía tomar nota de nadie.

El viento soplaba en la calle. El cielo parecía pavimentado con hierro fundido, y sentí la misma impresión que ayer, cuando el mundo pareció romperse en pedazos, cada uno de los cuales, en su caída vertical, se detuvo un instante antes de desaparecer sin dejar rastro. Fue como si las precisas letras negras que cubrían esas página se retorcieran de repente, cada una huyendo en su propia dirección, dejando sólo fragmentos de palabras. La multitud presentaba una imagen similar: estaba desordenada, la gente caminaba al azar, no en filas como antes.

La calle se vació por completo. Me detuve un instante: en un segundo piso, en su celda de cristal, un hombre y una mujer se abrazaban con fuerza; entonces, rendida, la mujer se separó. Fue su último beso…

Al girar en la esquina me topé con un bosque de cabezas sobre el que ondeaban pancartas con el lema: “Abajo la Máquina. Abajo la Operación”.

Pensé involuntariamente: “¿Es posible que cada uno de nosotros lleve dentro un dolor que sólo se puede aliviar con el corazón? ¿Tenemos que hacerles algo a todos antes de...” Por un instante, todo desapareció salvo mis manos de bestia que escondían hierro fundido.

De pronto me encontré con un niño pequeño con una marca oscura bajo el labio inferior, que parecía levantarlo y remeterselo; y así toda su cara. Gritaba y huía; detrás, un ruido de pasos…

Este niño me hizo pensar que U estaría en la escuela. Me detuve ante la primera estación del tren subterráneo que encontré. En las puertas, alguien corrió hacia mí y gritó: “¡No funciona, hoy no hay trenes!”

Descendí y presencié el delirio general. Los soles de cristal tallado iluminaban un andén abarrotado de cabezas frente a un tren vacío.

No la vi, pero la reconocí por su voz, ágil y flexible como una fusta. Sus cejas, levantadas hacia las sienes, debían de estar en alguna parte...

—Dejadme pasar. Necesito…

Sentí que me atenazaban brazos y hombros, y quedé inmovilizado.

—No, vuelve a subir. Te curaremos, te colmaremos de felicidad. Cuando estés sano, soñarás despierto en paz y roncarás. ¿No oyes ese gran ronquido sinfónico? No te resistas: ¡queremos librarte de estos signos de interrogación que se retuercen dentro de ti como gusanos y te torturan! ¡Corre y sométete a la Gran Operación!

—¿Qué os importa si no quiero lo que queréis para mí, si quiero querer por mí mismo, si quiero lo imposible?

Una voz grave y lenta respondió:

—¡Ah, ah! ¡Lo imposible! Es decir, soñar con quimeras idiotas que ondean ante tus narices como un cebo. No, cortaremos este cebo y…

—Y os lo comeréis, y necesitarais otro. Parece que los antiguos tenían un animal llamado "asno". Para que caminara, le ataban una zanahoria ante su hocico de modo que no pudiera atraparla. Porque si la pillaba, se la comía.

Las tenazas que me sujetaban se aflojaron y corrí hacia donde estaba ella. Pero en ese momento, el caos aumentó aún más. Oímos gritos: "¡Aquí están, ya vienen!" La luz explotó y se apagó; alguien había cortado los cables. Era una mezcla indescriptible de gritos, gemidos, cabezas, miembros…

No sé cuánto tiempo estuvimos a empellones en el pasadizo subterráneo. Finalmente llegamos a unas escaleras, la oscuridad se disipó y nos encontramos en la calle, donde nos dispersamos cada uno por su lado. Me quedé solo, en el viento y el crepúsculo gris que se cernía sobre mi cabeza. Las paredes y los hombres se reflejaban, boca abajo, a lo lejos, en el cristal de la acera. Mi pesada carga me arrastraba hacia el fondo de este abismo. Volví a casa.

U aún no estaba en su mesa, y su local estaba desierto y oscuro.

Subí las escaleras y encendí la luz. Mis sienes, apretadas por el anillo de acero, palpitaban. Caminé en círculos, siempre dentro de un mismo círculo: la mesa con el paquete blanco, la cama, la puerta, la mesa con el paquete blanco... Las cortinas de la habitación de la izquierda estaban corridas. En la de la derecha, la cabeza calva de frente parabólica estaba inclinada sobre un libro. Las arrugas de su frente eran como líneas amarillas indescifrables, y cuando nuestras miradas se cruzaron, sentí que esas líneas se referían a mí.

Y exactamente a las veintiuna horas, U apareció en mi habitación. Una cosa está profundamente grabada en mi memoria: por más que lo intenté, no pude acallar mi respiración jadeante. U se sentó y se ajustó el pliegue de la falda, con las branquias palpitando...

—Ya veo que es cierto que estás herido. Acabo de enterarme y he corrido hacia aquí enseguida.

El pistón roto estaba en la mesa, frente a mí. Me puse de pie, respirando aún más fuerte. U se detuvo a media frase y también se levantó. Localicé en su cabeza el punto en el que debía... Se me llenó la boca de saliva rancia y busqué mi pañuelo. No lo encontré y escupí al suelo.

Al otro lado de la pared, a la derecha, seguía el hombre de las arrugas indescifrables. No debía verme... Presioné el botón aunque no tenía derecho a hacerlo, pero no me importó, y las cortinas se cerraron.

Ella creyó comprender y corrió hacia la puerta. Pero fui más rápido que ella y cerré la puerta sin apartar la vista del lugar exacto de su cabeza...

—¿Estás loco? No vas a...

Retrocedió hacia la cama y, temblando, juntó las manos entre las rodillas. Sin apartar la vista de ella, extendí lentamente la mano hacia la mesa y agarré el pistón...

—Te lo suplico, concédeme un día, sólo un día. Volveré mañana...

Me abalancé hacia ella.

Lectores desconocidos, tenéis todo el derecho para llamarme asesino. Le habría dejado caer el pistón en la cabeza si ella no hubiera gritado:

—En nombre de... en nombre de... consiento, del todo...

Se arrancó el uniforme con manos temblorosas y arrojó su gran cuerpo amarillo sobre la cama.

Entonces lo entendí: pensó que había bajado las cortinas porque quería...

Me sorprendí tanto y me pareció tan cómico que me eché a reír. Mi tensión interna se aflojó, mi mano perdió fuerza y el pistón cayó al suelo.

Comprendí entonces, por experiencia propia, que la risa es el arma más terrible; con la risa se puede matar cualquier cosa, incluso el asesinato.

Me senté a la mesa y reí desesperadamente, sin encontrar una salida a esta ridícula situación. No sé cómo habría terminado todo si no hubiera ocurrido algo inesperado. Sonó el teléfono. Corrí al auricular. Quizás era I.

—Espera un momento —me dijo una voz desconocida.

Se oyó un zumbido punzante, luego se oyeron pasos pesados, cada vez más pesados...

—¿D-503? Te habla el Benefactor. Ven a verme inmediatamente —y la comunicación se interrumpió.

U seguía en la cama, con los ojos cerrados y las branquias abiertas en una amplia sonrisa. Recogí su ropa del suelo y se la tiré.

—¡Vamos, rápido!

Se incorporó apoyándose en un codo, con los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué?

—¡Vístete!

Agarró su ropa y la estrechó.

—Date la vuelta.

Me giré y apoyé la frente contra la pared de cristal. Chispas y siluetas parpadeaban en el espejo húmedo. O mejor dicho, no, esas imágenes estaban dentro de mí. ¿Por qué me ha llamado? ¿Lo sabrá...?

—¡Dame la llave!

Era U, de pie junto a la puerta. Di dos pasos y le apreté la mano con todas mis fuerzas, como si quisiera exprimir, gota a gota, todo lo que necesitaba.

—Escucha... Su nombre, ya sabes a quién me refiero, ¿la denunciaste? ¡Di la verdad!

—¡No!

—¿Seguro que no? ¿Pero fuiste allí e informaste?

Su labio inferior estaba curvado hacia atrás como el del chico antes, las lágrimas corrían por sus mejillas:

—Fue porque, si no, yo... tenía miedo de que no me quisieras... Ay, no puedo, no podría…

Vi que decía la verdad, la ridícula y humana verdad. Abrí la puerta.

## NOTA 36
## Páginas en blanco. El Dios de los cristianos. Mi madre.

Tengo una página en blanco en la cabeza. No recuerdo nada: cómo llegué ni cómo esperé (sé que esperé); no recuerdo ni un solo sonido, ni una sola cara, ni un solo gesto. Es como si todos mis lazos con el mundo exterior se hubieran cortado.

Me encontré ante Él. No me atreví a levantar la vista y sólo vi sus enormes manos apoyadas en sus rodillas. Esas manos pesaban y oprimían sus piernas. Su rostro se perdía en la niebla, y probablemente fue porque su voz me llegó desde tan alto que no me ensordeció como un trueno, y me pareció como todas las voces humanas.

—Así que ¿tú también? Eres el Constructor del *Integral*, aquel a quien se le otorgó el derecho de ser el más grande de los conquistadores, cuyo nombre serviría de título para un nuevo capítulo en la historia del Estado Único...

La sangre me afluyó a las mejillas. No sentía nada más que el latido de mis huesos temporales y no comprendía las palabras de la voz tenue que seguía hablando. Sólo recuperé la conciencia cuando él guardó silencio. Un dedo de su mano se alzó lentamente y se posó sobre mí:

—Entonces, ¿es cierto o no? ¿Callas? ¿Eres un verdugo?

—Un verdugo —repetí sumisamente.

—¿Crees que esa palabra me asusta? ¿Has intentado abrir su piel para ver qué hay dentro? Te lo explicaré. Recuerda la cruz en la colina con la multitud alrededor. Algunos, en la cima, cubiertos de sangre, clavan un cuerpo a una cruz. Otros, abajo, salpicados de lágrimas, observan. ¿No crees que el papel de los de arriba fue el más difícil y el más importante? Si no hubieran estado allí, esta grandiosa tragedia no se habría podido llevar a cabo. El pueblo los abucheó, pero el autor de la tragedia, Dios, los recompensó aún más. ¿Y acaso este Dios cristiano y compasivo no fue un verdugo al quemar lentamente a todos los infieles? ¿Acaso los quemados por los cristianos son menos que los cristianos que fueron quemados? Y, sin embargo, este Dios ha sido glorificado durante siglos como el Dios del amor. ¿Dirán que esto es absurdo? No, al contrario, es la prueba, firmada con sangre, de la indestructible sabiduría del hombre. Incluso entonces, salvaje y velludo como era, había comprendido que el verdadero amor por la humanidad debe ser inhumano y que la señal inequívoca de la sinceridad es la crueldad. La mejor manera de reconocer el fuego es quemando. Muéstrame un fuego que no queme. Muéstrame uno, búscalo...

¿Cómo podría discutir mis propias (viejas) ideas? Nunca había sabido expresarlas así ni revestirlas con una armadura tan brillante. Me quedé en silencio...

—Si tu silencio significa que estamos de acuerdo, hablemos como hablan los hombres cuando los niños se han acostado. ¿De qué se preocupa la gente desde que está en pañales? De encontrar a alguien que defina la felicidad para ellos y los encadene a ella. ¿Qué más hacemos ahora? Estamos cumpliendo el viejo sueño del paraíso. Recuerda: en el cielo no conocemos el deseo, ni la compasión, ni el amor. A los santos los operan: les han arrebatado la imaginación, y sólo por eso conocen la dicha. Los ángeles son esclavos de Dios... Y ahora, en el momento en que alcanzamos este ideal, cuando lo agarramos así —cerró la mano, y si hubiera estado sosteniendo una piedra, la habría hendido—, cuando sólo faltaba repartir la felicidad en pedazos, tú... tú...

El zumbido cesó de golpe. Me sabía sonrojado como un hierro sobre el yunque. El martillo estaba sobre mi cabeza, esperaba...

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y dos.

—Eres el doble de ingenuo que un chico de dieciséis. ¿Nunca se te ocurrió que sólo les eras útil a ellos, a los otros, como Constructor del *Integral*? Y toda esa gente, cuyo número aún desconocemos, pero que descubriremos a través de ti, te estaba usando para...

—¡Basta, detente! —grité.

Era como si quisieras extender las manos y gritar "¡detente!" a una bala que se dirigía hacia ti. Todavía puedes oír tu ridículo "¡detente!" mientras la bala te atraviesa y tú te retuerces en el suelo.

Ciertamente, fui un buen Constructor del *Integral*. Recordé la cara de U, con sus branquias temblorosas, rojo ladrillo, la mañana en que las dos se enfrentaron...

Me eché a reír y levanté la vista. Un hombre calvo como Sócrates estaba sentado frente a mí. Gotas de sudor le perlaban la cabeza. Todo parecía simple y banal.

La risa me ahogó y brotó a borbotones. Me tapé la boca con la mano y salí corriendo.

Un solo pensamiento me obsesionaba: volver a verla, verla por última vez.

Otra página en blanco, vacía. Recuerdo haber visto pies, no personas, sino pies, que caían desde lo alto sobre la carretera y caminaban. ¡Todo un chaparrón de pies! Oí una canción alegre y una llamada que probablemente era para mí: "¡Oye, oye, ven con nosotros!" Llegué a una plaza desierta, azotada por un viento huracanado. Una masa siniestra se alzaba en su centro: la Máquina del Benefactor. Me recordó a una almohada blanca sobre la que yacía una cabeza, con los ojos entornados, su sonrisa revelando dientes afilados... Me recordaba tanto a la Máquina que ahuyenté el recuerdo con todas mis fuerzas…

Cerré los ojos y me senté en los escalones que conducían a la Máquina. Debía de estar lloviendo porque tenía la cara mojada. Oía unos gritos lejanos, pero nadie me oía clamar: "¡Sálvame! ¡Ahórrame esto!"

Ojalá tuviera una madre como las antiguas, una madre propia, para quien yo no fuera ni el Constructor del *Integral*, ni el número D-503, ni una molécula del Estado Único, sino simplemente una parte de ella misma, un hijo herido... Y si mientras me clavaban, o mientras yo clavaba a otros, que era lo mismo, ella pudiera oír lo que nadie oía, y sus labios arrugados...

## NOTA 37
## Los infusorios. El Juicio Final. Su habitación.

Esta mañana, en el comedor, mi vecino de la izquierda me susurró al oído:

—¡Come, que te están mirando!

Sonreí y sentí esa sonrisa como sabañones en mis mejillas. Los sabañones crecieron y me dolieron aún más.

Apenas había logrado pinchar un pequeño cubo de masa con mi tenedor cuando mi mano temblorosa lo hizo caer. Resonó en el plato y me pareció que las mesas, las paredes, los platos, el aire mismo reflejaban ese ruido hasta el cielo, que retumbó como un trueno.

Inmediatamente vi caras pálidas, bocas que dejaban de masticar, tenedores que se detenían a mitad del movimiento. Entonces todo se confundió, se desvió, todos se levantaron desorganizados (sin haber cantado el himno) a preguntar al vecino con la boca llena: “¿Qué? ¿Qué ha ocurrido?” Y los restos de la gran máquina, antaño tan bien ensamblada, se esparcieron por la calle. En el ascensor y en las escaleras se oían pasos, fragmentos de frases como los que se leen en los trozos de una carta arrancada y arrojada al viento...

Los habitantes de las casas vecinas también se dispersaron por la avenida, que pronto pareció una gota de agua llena de infusorios colocada bajo un microscopio.

—¡Observad! —dijo una voz triunfante.

Vi frente a mí una cabeza y un dedo que apuntaban hacia el cielo. Recuerdo claramente una uña amarilla y un dedo que parecía una brújula. Todas las miradas se dirigieron al cielo.

Unas nubes negras se apelotonaban y se agitaban al desplazarse. Enmascaraban con su sombra los aviones de vigilancia de los Guardianes.

Más lejos, al oeste, pudimos ver algo así como… Al principio nadie supo de qué se trataba, ni siquiera yo, que desgraciadamente sabía más que los demás. Bien podría haber sido un enorme enjambre de aviones que, a la increíble altura a la que volaban, parecían puntos negros. Cuando estuvieron sobre nuestras cabezas, vimos que eran pájaros. Llenaron el cielo de triángulos negros y afilados y se precipitaron girando sobre las cúpulas, los tejados, las columnas; estaban en todas partes.

—¡Observad! —giré la cabeza y reconocí al tipo de la frente torcida. Parecía como si hubiera escapado de su frente, y su rostro estaba todo radiante.

—Ya ves —me gritó por encima del silbido del viento y el zumbido de los motores—, ¡el Muro ha sido volado!

Al fondo, unas figuras corrían a refugiarse en las casas. En medio del camino, una tropa de operados, con sus pasos automáticos, se dirigía rápidamente hacia el oeste.

Así la mano de mi interlocutor:

—¿Dónde está ella? ¿Al otro lado del Muro o aquí? Tengo que verla ahora mismo...

—Ella está aquí —gritó alegremente a través de sus fuertes dientes amarillos—. Ella está aquí, en la ciudad. ¡Está trabajando, todos trabajamos!

—¿Todos? ¿Y yo?

Estaba rodeado de unas cincuenta personas como él, alegres, ruidosas y de dientes fuertes que, con la boca abierta, parecían tragarse la tormenta. Con sus electrocutores en mano (¿de dónde los habían sacado?), siguieron a la tropa de autómatas para rodearlos.

El viento me hizo tropezar. ¿Para qué ir a verla? Yo no sabía nada. Con las calles desiertas, la ciudad parecía hostil, llena del trinar victorioso de los pájaros. Era el día del Juicio. La transparencia de las paredes me hizo ver, en algunas casas, números acoplándose cínicamente, sin haber bajado las cortinas, seguramente sin billetes rosas, a plena luz del día.

Llegué a su casa, la puerta estaba abierta de par en par. No había nadie en el control y el ascensor se había detenido a mitad de camino. Subí las escaleras y llegué, jadeante, a su pasillo. Los números en las puertas pasaban ante mí como los radios de una rueda giratoria: 320, 326, 330. Allí estaba.

Vi a través de la puerta de cristal que todo en la habitación estaba arruinado. Una silla estaba volcada, con las cuatro patas en el aire, como un animal muerto. La cama estaba torcida en el medio de la habitación y el suelo estaba cubierto de pétalos de rosa, billetes arrugados.

Me agaché para recoger algunos. Tenían mi nombre: D-503. Estuve en cada uno de ellos, eso fue todo lo que quedó...

No podían permanecer en el suelo, expuestos a ser pisoteados. Tomé otro puñado, los coloqué sobre la mesa y los inspeccioné cuidadosamente.

Antes no lo sabía, ahora lo sé, y probablemente tú también, que hay risas de distintos colores. Éstos son los ecos lejanos de una explosión que ocurre dentro de nosotros. Pueden ser los cohetes rojos, verdes o dorados de unas vacaciones, o los pedazos destrozados de un cuerpo en explosión.

En uno de los billetes apareció un número completamente desconocido. Sólo recuerdo la letra: F. Tiré todos los billetes al suelo, los pisoteé con el talón y me fui.

Me senté en el alféizar de la ventana frente a la puerta y esperé obstinadamente durante mucho tiempo. Oí pasos que venían desde la izquierda. Un anciano se acercó. Su cabeza parecía un odre de vino vacío y arrugado que aún goteaba. Comprendí vagamente que estaba llorando. Sólo cuando ya estaba lejos me recuperé y le grité:

—Oye, ¿conoces a la número I-330?

El anciano se dio la vuelta, hizo un gesto desesperado con la mano y se alejó cojeando.

Caminé a casa en la oscuridad. Hacia el oeste, el cielo se retorcía con espasmos eléctricos acompañados de un ruido sordo. Los tejados estaban cubiertos de pájaros con cabezas negras y soñolientas.

Me acosté en la cama y el sueño vino a ahogarme, como una fiera...

## NOTA 38
## (No sé qué título ponerle a este capítulo; podría ser: el final del cigarrillo.)

Me despertó una luz brillante y dolorosa. Entrecerré los ojos y sentí un humo cáustico en la cabeza.

—Pero no he encendido nada, ¿cómo es posible que...

Me incorporé: I estaba sentada ante mi mesa, sonriéndome burlonamente, con la barbilla apoyada en su mano...

Sobre esa misma mesa estoy escribiendo ahora mismo. Los diez o quince minutos, comprimidos como un resorte, que he pasado con I, ya han quedado muy atrás, y sin embargo me parece que la puerta acaba de cerrarse tras ella, que puedo alcanzarla, tomarla de la mano y que quizá ella diga, riendo...

Quedamos en que estaba sentada ante mi mesa. Corrí hacia ella.

—¡Eres tú, tú! Estaba... Fui a tu habitación, pensé que tú...

Choqué a mitad de camino con las saetas que emergían entre sus pestañas y me detuve. Recordé que ella me había mirado de la misma manera en el *Integral*. Vi que tenía que contarle todo de una vez para que lo creyera, si no, nunca más...

—Escucha, tengo que... tengo que... espera, voy a beber un poco de agua.

Tenía la boca tan seca como si la hubieran forrado con papel secante. Me serví un poco de agua que no podía beber. Puse el vaso sobre la mesa y tomé la jarra con ambas manos.

Me di cuenta de que su cigarrillo humeaba. Lo levantó hasta sus labios, tragando con avidez el humo, de la misma manera que yo bebía agua.

—No es necesario, calla. Ya ves, he venido de todas formas. Me están esperando abajo y tú quieres estos últimos minutos...

Arrojó la colilla lejos de ella, y se inclinó sobre el brazo del sillón para alcanzar el botón en la pared. Aún puedo ver la silla balanceándose y sus dos patas levantándose. Las cortinas descendieron.

Se acercó a mí y me abrazó. Sentí sus rodillas a través de su vestido, me penetraron como un veneno lento y cálido...

Y de repente...

Sucede que cuando estás completamente inmerso en un sueño dulce y cálido, algo te pincha y te despierta... Eso fue lo que me pasó a mí. De repente volví a ver los billetes rosas de su habitación, algunos de los cuales tenían números desconocidos... No puedo, aún ahora, explicar lo que pasó dentro de mí, pero la apreté tan fuerte que gritó de dolor...

Pasó un minuto. Su cabeza estaba echada hacia atrás sobre la almohada blanca, sus ojos estaban medio cerrados y podía ver sus afilados dientes. Todo esto me recordó dolorosamente algo imposible, algo en lo que no debería pensar por el momento. La abracé cada vez con más ternura y crueldad. Las manchas azules que mis dedos dejaron en su carne se hacían cada vez más oscuras.

Ella me preguntó con los ojos medio cerrados:

—Dicen que fuiste al Benefactor, ¿es cierto?

—¡Sí, es verdad!

Sus ojos se abrieron de par en par y vi con deleite que su rostro se puso pálido como el hielo y se derretía; sólo los ojos permanecieron vivos.

Le conté todo. Sólo le oculté una cosa, no sé por qué, o mejor dicho, sí sé por qué. No le conté lo que me había dicho el Benefactor al final de su discurso, cuando afirmó que me habían buscado tan sólo porque...

Su rostro reapareció poco a poco, como una imagen fotográfica en el revelador. Se levantó y caminó hacia el armario de luna.

Mi boca todavía estaba seca. Me serví un poco de agua, pero beberla me resultó repugnante, así que volví a poner el vaso sobre la mesa.

—Por eso has venido, para preguntar...

Reflejado en el espejo, el ángulo burlón de sus cejas estaba dirigido hacia mí. Se giró para decirme algo pero ningún sonido salió de sus labios.

No merecía la pena. Sabía lo que estaba pensando.

Me acerqué a ella para despedirme. Mis piernas de autómata chocaron contra la silla, que cayó con los pies en el aire, como la otra, la de su habitación. Sus labios estaban fríos como alguna vez estuvo el suelo junto a mi cama.

Cuando se fue, me senté en el suelo y me incliné sobre la colilla del cigarrillo...

Ya no puedo escribir más. Ya no quiero nada más.

# NOTA 39
# El fin.

Todo ocurrió como en una solución sobresaturada a la que se le arroja un pequeño cristal de sal. Todo se eleva, se cristaliza y se congela a la vez.

Estaba decidido: “Mañana por la mañana lo haré”. Era lo mismo que matarme, pero tal vez resucitaría. Sólo los muertos pueden resucitar.

El cielo hacia el oeste estaba sacudido constantemente por un espasmo púrpura. Mi cabeza ardía y palpitaba. Pasé toda la noche así y sólo me dormí alrededor de las siete, cuando la oscuridad ya se estaba disipando y comenzaba a intuir los tejados cubiertos de pájaros...

Cuando me desperté eran las diez (era evidente que hoy no había sonado el timbre). El vaso de agua estaba sobre la mesa. Lo tomé y lo vacié antes de vestirme apresuradamente. Tenía que hacerlo todo lo más rápido posible.

El cielo estaba azul y ausente, vaciado completamente por la tormenta. Los objetos parecían frágiles y tallados en el aire otoñal, y uno tenía miedo de tocarlos por temor a que todo se desmoronara y se convirtiera en polvo. A mí me pasaba lo mismo, no podía pensar, no debía pensar, si no...

De modo que no pensé en nada y me limité a registrar, quizá sin ver, las cosas como realmente eran. Las ramas cubrían el camino, arrojadas de quién sabe dónde, sus hojas eran verdes, ámbar, púrpuras. Aeroplanos y pájaros se cruzaban en sus rápidos vuelos. Me encontré con rostros con la boca abierta, brazos agitando ramas, todo parecía estar zumbando y aullando...

De pronto las calles quedaron desiertas, como despejadas por la peste. Recuerdo tropezar con algo blando e inmóvil. Me agaché y vi que era un cadáver. Estaba acostado boca arriba con los brazos extendidos.

Reconocí sus labios gruesos y sus dientes sonrientes. Se reía en mi cara, con los párpados fuertemente cerrados. Pasé por encima y continué mi camino, pues tenía que moverme rápidamente, de lo contrario sentía que me rompería como un riel sobrecargado.

Afortunadamente, estaba a sólo una docena de pasos de distancia y ya podía ver las letras doradas: “Oficina de Guardianes”. Me detuve en el umbral, respiré tan profundamente como pude y entré.

Vi dentro una larga cadena de números con papeles y pesadas libretas en sus manos. Dieron un paso o dos lentamente y luego se detuvieron.

Me pasaron a lo largo de la cadena, y mi cabeza ya no estaba sobre mis hombros. Asía a la gente por la manga y les rogaba como el enfermo que suplica por un remedio que acabe con todo, incluso a costa de un dolor intolerable.

Una mujer, elegante en su *unifo,* se me rió en la cara:

—Tiene cólicos. Llevadlo al baño, es la segunda puerta a la derecha...

Todos se rieron, y la risa hizo que algo subiera a mi garganta. Sentí que iba a gritar...

Alguien me agarró del brazo. Me di la vuelta y me encontré cara a cara con el hombre de las orejas abiertas, que esta vez no eran rosadas como de costumbre, sino de un rojo vivo. Su nuez de Adán se balanceaba como si estuviera a punto de perforar su delicado caparazón.

—¿Por qué estás aquí? —me preguntó, mirándome fijamente con sus ojos.

Me aferré a él:

—Rápido, llévame a tu oficina, enseguida... Debo decirte... Es bueno que seas tú quien... Quizás sea horrible que seas precisamente tú quien... pero, en el fondo, es lo mejor...

Él también la conocía, y eso hizo mi tarea aún más difícil. Quizás él se estremecería al escuchar mi historia y entonces seríamos dos para matarla, y yo no estaría solo durante el último minuto que me quedara de vida.

La puerta se cerró de golpe detrás de nosotros, y recuerdo que arrastraba un papel por el suelo. Entonces un silencio pesado nos cubrió como con un manto. Si S hubiera dicho una palabra, cualquier cosa, lo habría explicado todo de una vez, pero él permaneció en silencio.

Comencé, pero todo mi ser estaba tan tenso que las palabras resonaban en mi cabeza como truenos:

—Creo que siempre la he odiado, desde el principio. Luché... O mejor dicho, no, no es eso, podría haber escapado, pero no quería, quería perderme. Ella era lo que más quería... E incluso ahora, cuando lo sé todo... ¿Sabes que el Benefactor me mandó llamar?

—Sí.

—Me dijo... Fue como si te faltara de pronto el suelo bajo los pies y tú, con tu mesa y tus papeles... Todo quedaría cubierto de manchas de tinta...

—¡Ve al grano! ¡Apresúrate, otros te están esperando!

Entonces le conté, tartamudeando y confuso, todo lo que consta en estas páginas. Le hablé de mi verdadero yo, de mi yo peludo; le expliqué lo que había dicho sobre mis manos, cómo no había cumplido con mi deber, cómo me engañaba a mí mismo, cómo me había conseguido certificados falsos y cómo me estaba pudriendo cada día más. Le hablé de los pasillos, del Muro Verde...

Todo esto se lo conté de manera incoherente, las frases me nacían o en racimos o a trozos. Sus labios dibujaron una sonrisa burlona, apuntándome las palabras que necesitaba, que yo le aceptaba y agradecía. Finalmente él mismo llevó la voz cantante, y yo simplemente asentía: "Sí, sí"; "correcto, así fue exactamente..."

Sentía que mi boca se paralizaba como por la acción del éter y pregunté con dificultad:

—¿Pero cómo lo supiste…?

Su sonrisa se torció aún más:

—Me ocultas algo. Has nombrado a todos los que conociste al otro lado del Muro, pero has olvidado a uno. ¿No? ¿No recuerdas haberme visto, aunque sea por un instante? Sí, sí, a mí...

Un silencio.

Y entonces, de repente, la verdad se hizo evidente: *él también...* Todo lo que había traído hasta aquí, a costa de tanto sufrimiento y agotando mis últimas fuerzas (una hazaña heroica a mis ojos), era tan conocido y ridículo como la historia de Abraham e Isaac cuando Abraham, cubierto de sudor helado, levantó el cuchillo sobre su hijo (sobre sí mismo) y la voz desde arriba estalló: "¡Para, estaba bromeando!..."

Me apoyé en el borde de la mesa con ambas manos y lentamente, sin apartar la vista de S, alejé mi silla de él, luego, dominándome, escapé a toda velocidad por las escaleras, dejando atrás de los gritos y las bocas abiertas…

No recuerdo cómo acabé en uno de los baños del ferrocarril subterráneo.

Allá arriba todo se desmoronaba, la más grande y avanzada de todas las civilizaciones se encaminaba hacia la ruina, y abajo, donde yo estaba, irónicamente, todo seguía magnífico como antes. Las paredes brillaban, el agua fluía agradablemente, y se oía una música invisible. Me decía que todo esto estaba condenado a la destrucción, que todo quedará cubierto de hierba y que sólo quedarán mitos y leyendas...

Dejé escapar un tenue gemido y al mismo tiempo sentí que tenía alguien a mi lado.

Era mi vecino de la izquierda, con su enorme cabeza parabólica y una frente surcada de líneas indescifrables.

—Te comprendo perfectamente —dijo—, pero a pesar de todo, debes serenarte: no tiene sentido que te tortures. Todo volverá a ser como antes. Lo importante es que todos conozcan mi descubrimiento; tú eres el primero con el que lo comparto. He calculado que el infinito no existe.

Lo miré con ojos desorbitados.

—Sí, repito, el infinito no existe. Si el mundo fuera infinito, la densidad media de la materia sería cero. Como no es cero, y estamos seguros de ello, se deduce que el universo es limitado. Es esférico, el cuadrado de su radio es igual a la densidad media multiplicada por... Sólo me falta encontrar la constante del coeficiente, y entonces... Verás, todo ha acabado, todo es sencillo, todo se puede calcular, y por lo tanto filosóficamente hemos vencido, ¿entiendes? Pero, amigo, me impides terminar mis cálculos con tus lamentaciones...

No sé qué me impresionó más: su descubrimiento o su seguridad en el momento apocalíptico que vivíamos. Tenía un cuaderno y una regla de cálculo. Vi que, incluso si todo se iba al traste, mi deber hacia vosotros, mis queridos desconocidos, seguía siendo el mismo: llevar mis notas a buen puerto.

Le pedí papel y escribí las últimas líneas que acabas de leer al son de esa música transparente que produce el agua en las tuberías.

Quise poner un punto, como los antiguos ponían una cruz en las fosas en las que enterraban a los muertos, pero mi lápiz se me cayó de las manos...

—Escucha —le dije a mi vecino, tirándole de la manga—. ¡Escucha, te lo digo! Respóndeme: al otro lado de la frontera de tu universo finito, ¿qué hay?

No tuvo tiempo de responderme porque un sonido de pasos venía hacia nosotros...

## NOTA 40
## Los hechos. La campana. Confío.

Hace buen día. El barómetro está en 760.

¿Fui yo, D-503, quien escribió estas doscientas páginas? ¿He experimentado alguna vez todo esto, o sólo pensé que lo hice?

La letra es mía, pero afortunadamente no son más que letras.

Ya no tengo delirios, ya no hablo con metáforas absurdas, ya no tengo sentimientos. Sólo expondré hechos. Estoy en perfecto estado de salud. Sonrío y no puedo evitarlo, porque me he quitado una astilla: siento la cabeza ligera y vacía. O más precisamente, no está vacía pero nada extraño me impedirá sonreír nunca más. Sonreír es el estado normal de cualquier ser normal.

Aquí están los hechos. Esa misma noche nos llevaron al Auditorio más cercano (era el auditorio 112, que ya conocía). Estaba mi vecino que había encontrado el límite del universo, yo y todos los que no teníamos certificado de Operación. Nos ataron a mesas para someternos a la Gran Operación.

Al día siguiente fui a ver al Benefactor y le conté todo lo que sabía sobre los enemigos de la felicidad. No entiendo por qué antes me parecía tan difícil. Sólo puede ser por mi enfermedad, por mi alma.

Por la tarde me encontré con el Benefactor en la famosa Cámara Neumática: la veía por primera vez. Trajeron a esa mujer allí para que pudiera testificar en mi presencia. Ella permaneció obstinadamente en silencio, sonriendo. Noté que sus dientes eran muy afilados, muy blancos y pensé que eran bonitos.

Luego la pusieron debajo de la campana. Su rostro se puso muy pálido, y como sus ojos eran grandes y negros, esto la hacía más atractiva. Cuando empezaron a bombear el aire, ella echó la cabeza hacia atrás y apretó los dientes, entrecerrando los ojos. Esto me recordó algo. Luego me miró, con sus manos agarrando los brazos de la silla, hasta que sus ojos estuvieron completamente cerrados. La sacaron, la devolvieron rápidamente a la conciencia mediante electrodos y la volvieron a poner debajo de la campana. Esta operación se repitió tres veces y nunca salió una palabra de sus labios.

Los demás que trajeron con ella fueron más honestos. Muchos hablaron desde el primer instante. Todos irán mañana a la Máquina del Benefactor.

La ejecución no se puede posponer porque aún existen regiones en occidente donde reina el caos y abundan las fieras y que, desgraciadamente, habitan muchos números que han traicionado la razón.

Sin embargo, hemos logrado establecer una barrera temporal en la Avenida 40 mediante oleadas de alto voltaje. Confío en nuestra victoria. Mejor dicho, estoy seguro de que ganaremos, porque la razón debe vencer siempre.

FIN

# CLÁSICOS DE HISTORIA

http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/

544 *La epopeya de Gilgamesh*
543 Joaquín Costa, *Reconstitución y europeización de España*
542 Ricardo Macías Picavea, *El problema nacional: hechos, causas, remedios*
541 Julio Cejador y Frauca, *Tierra y alma española*
540 Havelock Ellis, *El alma de España*
539 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los Césares*
538 Jacob Burckhardt, *La época de Constantino el Grande. Del paganismo al cristianismo*
537 Rufo Festo, *Breviario de las victorias del pueblo romano*
536 Lucio Cecilio Lactancio, *Cómo mueren los perseguidores*
535 Luis Zapata de Chaves, *Miscelánea o Varia historia*
534 Nicolás de Condorcet, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*
533 Martin Hume, *Historia del pueblo español, su origen, desarrollo e influencia*
532 François Plaine, *Los pretendidos terrores del año mil*
531 Juan Ximénez Cerdán, *Letra intimada al Justicia de Aragón*
530 Andrés de Mena y Francisco de Rioja, *Sobre el Conde Duque de Olivares, en su caída*
529 Luis Suárez, *Grandes interpretaciones de la Historia*
528 *La falsa vida del falsario Saavedra (relatos y refutaciones)*
527 Eusebio Jerónimo de Estridón, *Varones ilustres*
526 Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*
525 Pedro Mártir de Angleria, *Décadas del Nuevo Mundo*
524 Carlos Pereyra, *Tejas: la primera desmembración de Méjico*
523 Lorenzo Zavala, *Viaje a los Estados Unidos del Norte de América en 1830*
522 Frances Trollope, *Costumbres familiares de los norteamericanos*
521 Jesse Ames Spencer, *Historia de los Estados Unidos* (2 tomos)
520 Benjamín Franklin, *Esclavos y razas (1751-1790)*
519 Alejandro Manzoni, *Historia de la Columna Infame*
518 Alejandro Manzoni, *Los novios. Historia milanesa del siglo XVII*
517 Fernando Patxot, *Las ruinas de mi convento*
516 Marqués de Ayerbe, *Memorias sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay*
515 Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*
514 Conde de Robres, *Historia de las guerras civiles de España desde 1700 hasta 1708*
513 Isidoro de Sevilla, *Historia de los reyes godos, vándalos y suevos*
512 Ángel Salcedo Ruiz, *Contra el regionalismo aragonés (1918-1920)*
511 Juan Moneva y Puyol, *Disertaciones políticas (republicanas y regionalistas)*
510 Andrés Nin, *Las dictaduras de nuestro tiempo*
509 Francisco Cambó, *Las dictaduras*
508 Manuel Chaves Nogales, *La vuelta a Europa en avión; los reportajes del Heraldo*
507 Guillén de Lampart, *Proclama por la liberación de la Nueva España y otros textos*
506 Carlos Pereyra, *La obra de España en América*
505 Pedro Mártir de Angleria, *Cartas del Nuevo Mundo 1493-1525*
504 Juan Moneva y Puyol: *Política de represión y otros textos*
503 Francisco Cambó: *Un catalanismo de orden; textos 1907-1937*
502 Macalister y otros, *Palestina en 1911 (Encyclopædia Britannica)*
501 George Robinson, *Viaje a Palestina y Siria en 1830*
500 Augusto Conte, *Recuerdos de un diplomático*

499 Pere M. Rossell, *La Raza*
498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*
497 Marco Aurelio, *Soliloquios*
496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*
495 Francisco Raull, *Historia de la conmoción de Barcelona en... julio de 1835*
494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscriptos*
493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política… y otros textos*
492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*
491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*
490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*
489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*
488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y Méjico*
487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*
486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*
484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
478 Manuel de Galhegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*
475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*
474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*
471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*
470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*
468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*
466 Lucio Marineo Sículo, *Crónica de Aragón*
465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*
464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*
463 *Auca de l'Estatut de Catalunya*
462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
461 *Los ilustrados y la esclavitud*
460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*
457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*
456 Pedro Bosch Gimpera, *España, Para la comprensión de España, y otros textos*
455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*
454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista* (6 tomos)
452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y oros textos de la revista Escorial (1940-1942)*

449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*
447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*
445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*
444 Publilio Siro, *Sentencias*
443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*
440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*
439 Concepción Arenal, *La cuestión social*
438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*
437 Emilio Mola Vidal, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*
436 Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*
435 Vaclav Schaschek y Gabriel Tetzel, *Viaje de León de Rosmital por España en 1466*
434 Andrea Navagero, *Viaje por España 1524-1528*
433 Georg von Ehingen, *Viaje por España en 1457*
432 Francesco Guicciardini, *Relación de España 1512-1513*
431 Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*
430 Julián Ribera, *Lo científico en la historia*
429 Juan Gálvez y Fernando Brambila, *Ruinas de Zaragoza en su primer sitio*
428 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*
427 Georges Desdevises du Dézert, *Ideas de Napoleón acerca de España*
426 Wenceslao Fernández Flórez, *Columnas de la República 1931-1936*
425 Berman, Low y otros, *Antes de la catástrofe. Caricaturas políticas en* Ken *1938-1939*
424 Dolores Ibárruri "Pasionaria", *Artículos, discursos e informes 1936-1978*
423 Gregorio Marañón, *Artículos republicanos 1931-1937*
422 Emil Hübner, *La arqueología de España*
421 Alexandre de Laborde, *Grabados del Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*
420 Pompeyo Trogo, *Los asuntos de España*
419 Frederick Hardman, *Escenas y bosquejos de las guerras de España*
418 Fustel de Coulanges, *Alsacia alemana o francesa, y otros textos nacionalistas*
417 Theodor Mommsen, *A los italianos (la guerra y la paz)*
416 Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones*
415 *Historia Augusta. Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el divino Adriano...*
414 Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas (Fragmentos)*
413 Fermín Hernández Iglesias, *La esclavitud y el señor Ferrer de Couto*
412 José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones*
411 *Textos antiguos sobre el mito de las edades: Hesíodo, Platón, Ovidio, Virgilio, Luciano*
410 Tertuliano, *Apologético*
409 Flavio Arriano, *Historia de las expediciones de Alejandro*
408 Luciano de Samósata, *Cómo ha de escribirse la Historia*
407 Vasco de Quiroga, *Información en derecho sobre algunas Provisiones del Consejo de Indias*
406 Julián Garcés, Bernardino de Minaya y Paulo III, *La condición de los indios*
405 Napoleón Colajanni, *Raza y delito*
404 Ángel Pulido, *Españoles sin patria y la reza sefardí*
403 Ángel Pulido, *Los israelitas españoles y el idioma castellano*
402 George Dawson Flinter, *Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico*
401 Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España*
400 Francisco Guicciardini, *Historia de Italia… desde el año de 1494 hasta el de 1532* (2 tomos)

349 Sabino Arana, *Artículos de Bizkaitarra (1893-1895)*
348 Bernardino de Sahagún, *Las ilustraciones del Códice Florentino*
347 Felipe Guaman Poma de Ayala, *Ilustraciones de la Nueva Crónica y Buen Gobierno*
346 Juan Suárez de Peralta, *Noticias históricas de la Nueva España*
345 Étienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*
344 Tomás de Mercado y Bartolomé de Albornoz, *Sobre el tráfico de esclavos*
343 Herblock (Herbert Block), *Viñetas políticas 1930-2000*
342 Aníbal Tejada, *Viñetas políticas en el ABC republicano (1936-1939)*
341 Aureger (Gerardo Fernández de la Reguera), *Portadas de "Gracia y Justicia" (1931-1936)*
340 Paul Valéry, *La crisis del Espíritu*
339 Francisco López de Gómara, *Crónica de los Barbarrojas*
338 *Cartas de particulares sobre la rebelión de Cataluña (1640-1648)*
337 Alejandro de Ros, *Cataluña desengañada. Discursos políticos*
336 Gaspar Sala, *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña*
335 *La Flaca. Dibujos políticos de la primera etapa (1869-1871)*
334 Francisco de Quevedo, *La rebelión de Barcelona ni es por el huevo ni por el fuero*
333 Francisco de Rioja, *Aristarco o censura de la Proclamación Católica de los catalanes*
332 Gaspar Sala y Berart, *Proclamación católica a la majestad piadosa de Felipe el Grande*
331 François Bernier, *Nueva división de la Tierra por las diferentes especies o razas humanas*
330 Cristoph Weiditz, *Libro de las vestimentas (Trachtenbuch)*
329 Isa Gebir, *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley y sunna*
328 Sebastian Münster, *Cosmographiæ Universalis. Mapas y vistas urbanas*
327 Joaquim Rubió y Ors, *Manifiestos catalanistas. Prólogos de Lo gayter del Llobregat*
326 Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra en España*
325 François Bernier, *Viajes del Gran Mogol y de Cachemira*
324 Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del Globo*
323 Baronesa D'Aulnoy, *Viaje por España en 1679*
322 Hernando Colón, *Historia del almirante don Cristóbal Colón*
321 Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*
320 Rodrigo Zamorano, *El mundo y sus partes, y propiedades naturales de los cielos y elementos*
319 Manuel Azaña, *Sobre el Estatuto de Cataluña*
318 David Hume, *Historia de Inglaterra hasta el fin del reinado de Jacobo II* (4 tomos)
317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)*
316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo (Anti-Kautsky)*
314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano (artículos y discursos, 1930-1932)*
312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
311 Teofrasto, *Caracteres morales*
310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry (Selección de las miniaturas)*
309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum (selección de los grabados)*
307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg* (3 tomos)
301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia (2014-2018)*

299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra… (1793-1795)*
295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*
290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*
287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
286 Miguel Serviá († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*
272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
269 Homero, *La Odisea*
268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*
266 *El orden público en las Cortes de 1936*
265 Homero, *La Ilíada*
264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
255 Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*
254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
253 *¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario* Ahora *del 16 de febrero de 1934*
252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*

249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
248 *Citas del Presidente Mao Tse-Tung (El Libro Rojo)*
247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania… en el año de 1546 y 1547.*
246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)
240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
236 Platón, *Las Leyes*
235 Baltasar Gracián. *El Político Don Fernando el Católico*
234 León XIII, *Rerum Novarum*
233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguæ latinæ exercitatio*
231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
229 *Concilio III de Toledo*
228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
225 José Echegaray, *Recuerdos*
224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
221 *El Corán*
220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*
216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
215 *Textos de Historia de España*
214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón* (4 tomos)
200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*

199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o… de la guerra contra los indios.*
198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
194 Platón, *Critias o la Atlántida*
193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*
190 Tomás Moro, *Utopía*
189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
187 Cayo Veleyo Patérculo, *Historia Romana*
186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
179 Platón, *La república*
178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
176 Dante Alighieri, *La monarquía*
175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
173 Aristóteles, *La política*
172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico… hasta la época presente* (cuatro tomos)
157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
152 Luis Astrana Marín, *Gobernará Lerroux*
151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*

149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
148 José María Blanco White, *Autobiografía*
147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
135 *Códigos de Mesopotamia*
134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España.* Versión de Hinojosa
122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
114 *Crónica de San Juan de la Peña*
113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)

99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
82 Pomponio Mela, *Corografía*
81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
74 Egeria, *Itinerario*
73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
71 Roque Barcia, *La Federación Española*
70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus* (de *Al-Bayan al-Mughrib*)
68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
62 Conde de Romanones, *Notas de una vida (1868-1912)*
61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
51 *Historia Silense, también llamada legionense*
50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*

49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
48 *Anales Toledanos*
47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
46 George Borrow, *La Biblia en España*
45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
44 Charles Fourier, *El falansterio*
43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
33 Carlos V, *Memorias*
32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
29 Plutarco, *Vidas paralelas*
28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
21 *Crónica Cesaraugustana*
20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
18 Juan de Biclaro, *Crónica*
17 *Crónica de Sampiro*
16 *Crónica de Alfonso III*
15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
13 *Crónica Albeldense*
12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
6 Idacio, *Cronicón*
5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
4 *Ajbar Machmuâ*
3 *Liber Regum*
2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)